

1 Navidad, Niño, Libro



LibroVirtual.org



Libro Solidario

Todos los beneficios de este libro serán entregados a una ONG de Ayuda a la Infancia



redactalia

www.redactalia.com

**nos ha ayudado a conseguir
una Navidad mejor
para los niños**

1 1 1 Navidad, Niño, Libro



**Los beneficios íntegros de este Libro se
destinarán a una ONG de ayuda a la infancia.**

Esta campaña es una iniciativa de LibroVirtual.org 

Con la colaboración de:  **STRATOS**
 **safe creative**  **bubok**

 **redactalia**
www.redactalia.com

PC CITY
Digital Superstore



Obra registrada en



Los derechos de todas y cada una de las obras que se reúnen en este libro, ya sean relatos, cuentos, poemas o ilustraciones, son propiedad de sus respectivos autores.

Dichos derechos han sido cedidos a Librovirtual.org y a la asociación Escritores Solidarios para el único propósito de llevar a cabo acciones solidarias y humanitarias.

Publicado por LibroVirtual.org en diciembre de 2009.

Todos los derechos reservados.

Prohibida la parcial o total reproducción de este libro, si la intención no es difundirlo y ayudar a su función solidaria.

Portada realizada en exclusiva para este libro por **Blanca BK**.
www.blancabk.com

**¿Quieres ayudar tú también a que
consigamos una Navidad mejor para los
niños que más lo necesitan?**

Puedes hacerlo de muchas formas:

Comprando este libro en papel:

solidarios.bubok.com

o también mediante donaciones (desde 1 €).

Más información al respecto:

www.librovirtual.org/librosolidario.php

Todos los fondos recaudados serán entregados a una
ONG de ayuda infantil

¡Gracias por tu aportación!

*Dedicado a todos los niños,
y a quienes los quieren y respetan.*

Los autores.

Índice

Cenarás con nosotros, Antonio Arteaga
Como he sido buena os pido..., Lola Montalvo
El villancico antiguo, Conchita Ferrando
El pastel de Navidad, Niobe
El telescopio, Antonio Constán
Hadas por Navidad, M^a Dolores Alonso
John y el milagro de la Navidad, Silvia Ochoa
El muñeco de nieve (Invierno), Manuel Ferrer
Navidad, José Manuel López
Queridos Reyes Magos, José Ramón Marcos
Sobre estrellas y Reyes, Marta Bolet
Se acerca la Navidad, Rosario Bersabé
Una Navidad muy especial, José Gómez
Veintitrés de diciembre (Cuento de Navidad), Federico Fayerman
Eres un gran mago, Paquita Dipego
Te contaré qué es la Navidad, Belén Arteaga
El errante, Antonio Constán
La muñeca, Harol Gastelú
Los piratas que salen en Navidad, Mario Jesús Salomón
Carta a los Reyes Magos, Silvia Ochoa
Los pedidos de Papá Noel, Silvia Penedo
Fernando, el caracol, Celsa Barja
Los cuentos del abuelo o los cinco hijos del Rey, Daniel Hernández
Diciembre eterno, Mari Carmen Espinosa
El primer regalo de Reyes, Daniel Hermosel
La pájara, Emmanuel Quiñones
Queridos Reyes Magos, Daniel Hermosel
Una historia verdadera, Emmanuel Quiñones
Spooky, el elfo travieso, Natalia Linares
Quick, Almudena Romea
Regrésame la niñez, Fernando Sabido
Un secreto de Navidad, Diego Castro
Veinticinco de diciembre: noche de asombro, José Gómez
Villancicos, Mayte Moro y José Luis Latorre
El misterioso vecino de los hermanos Jimeno, Catalina Gómez
Stop, Emilio Gallego Sampedro
Pesadilla antes de Navidad, Emcharos
Maenka y Manuel, Carmen Gómez
Los ladrones de gatos vuelven por Navidad, Carolina Lorenzo

Dreamers. La isla de la cueva de los deseos, Toño Prado
El libro de Sociales, Daniyecla
El objetivo de Navidad, Benet M. Marcos
Sarah en Navidad, Yolanda Díaz de Tuesta

Cenarás con nosotros

Antonio Arteaga Pérez

www.librovirtual.org/AUT0001

—Lo siento, Luis. Me gustaría ayudarte, pero me es imposible...

—Gracias de todas formas, y si te enteras de algo dímelo, ¿de acuerdo?

—Descuida, lo haré.

Luis cerró el cuello de su abrigo todo lo que pudo, fijó la mirada en el suelo y comenzó a andar con el pensamiento puesto en todos sus problemas, como venía siendo habitual desde hacía un mes.

Otra visita infructuosa, otra puerta que se cerraba, otra ilusión que se desvanecía, y una amargura más que sumar a la larga lista que ya acumulaba.

El frío que hacía a mediados de diciembre era tremendo, pese a ser casi las dos de la tarde. Con las manos en los bolsillos, apretando los brazos contra los costados, hundió la barbilla en el pecho y se dispuso a regresar a casa, sabiendo que su esposa le preguntaría esperanzada, como siempre, si esta vez había conseguido algo, y tendría que contestarle que seguía sin haber suerte. Es difícil encontrar un trabajo pasados los cuarenta...

Al doblar la segunda esquina se detuvo extrañado. Había un contenedor de basura un poco más adelante y parecían surgir lamentos de su interior. Rezando para que no fuese un bebé abandonado a su suerte, o si lo era que aún no fuese demasiado tarde, se dirigió a toda prisa hacia allí.

Respiró aliviado al encontrarse con un hombre que tenía la parte superior de su cuerpo metida en el contenedor, tratando de alcanzar algo con los brazos, y resoplando y gimiendo por el esfuerzo.

—¿Se le ha caído algo dentro? ¿Le echo una mano para cogerlo, caballero? —le preguntó, dispuesto a ayudar.

—Es usted muy amable, señor —respondió aquel hombre, incorporándose y sacando la cabeza—, pero busco algo que sea medianamente comestible, y si usted se acerca podría mancharse la ropa.

Luis pudo por fin ver su aspecto, y se dio cuenta de que se trataba de un mendigo de unos cincuenta y tantos años, vestido con ropas viejas y raídas, y cubierto por un abrigo tan lleno de agujeros y descosidos que seguramente dejaba pasar más frío del que detenía. Las manos del indigente estaban amoratadas, y temblaban igual que su dueño, cuyos ojos mostraban una mirada cargada de tristeza. Junto al contenedor había una tienducha construida con cartones, plásticos y papel de periódico que debía de hacer las veces de vivienda. Al ver aquello Luis no pudo por menos que pensar: “¿Y yo tengo problemas? Este pobre hombre sí los tiene, y graves...”. Se dirigió a él con total resolución:

—Pues deje de buscar comida ahí dentro y venga conmigo, que le invito a comer hoy en mi casa, señor...

—Llámeme Adrián, con eso basta. Es usted muy generoso, es raro encontrar gente como usted, de verdad. ¡Acepto su invitación antes de que se arrepienta!

—No me arrepentiré, tranquilo —contestó con una sonrisa—. Mi nombre es Luis.

Un rato después estaban llamando al timbre de su casa, un pequeño piso en la quinta planta de un viejo edificio situado en un barrio periférico de la ciudad. Al cabo de unos segundos, Eva, la esposa de Luis, abrió la puerta y se quedaba sorprendida al ver a su marido acompañado del desconocido.

—Cariño —le explicó Luis a su mujer—, he encontrado a Adrián en la calle, y he decidido invitarle a que hoy coma algo caliente con nosotros en casa. Fuera hace mucho frío y...

—¡Pero bueno, Luis! —le interrumpió Eva— ¡Estas no son formas de hacer las cosas! ¿Cómo pretendes que alguien pueda sentarse a la mesa con tanta suciedad encima? —Y antes de que los dos hombres pudiesen decir nada, añadió

mirando al indigente—: Adrián, haga el favor de pasar al baño y darse una buena ducha caliente, mientras yo le busco algo de ropa limpia que pueda ponerse. Cuando se haya aseado y vestido, le esperamos en el salón para comer, ¿de acuerdo?

Una hora más tarde estaban todos disfrutando del delicioso flan casero que Eva había preparado como postre. Adrián apenas había hablado durante la comida y el matrimonio respetó su silencio. ¿De qué podrían haber hablado con él, sin recordarle su triste condición? Era mejor que comiese a gusto, a saber cuándo volvería a tener otra oportunidad. La hija de ambos, Andrea, de apenas nueve años de edad, estaba sentada en uno de los extremos de la mesa, escribiendo cuidadosamente sobre una hoja de papel.

—¿Está haciendo los deberes? —preguntó Adrián en voz baja, para no despistar a la niña.

—No, no —contestó Eva mirando a su hija con ternura—, está escribiendo la carta a los Reyes Magos; dentro de nada es Navidad y quiere pedirles que le traigan a su papá un trabajo nuevo, para que pueda ganar dinero y curarla.

El mendigo miró a su anfitrión, que le explicó en voz baja:

—Hace un mes cerraron la factoría de coches donde he trabajado toda la vida. Andrea tiene una enfermedad muy rara, que va paralizando sus músculos poco a poco; sólo hay un tratamiento efectivo, pero es costosísimo y por ahora sólo lo ofrecen en Estados Unidos. Lo que cobro del paro apenas nos llega para vivir y pagar las facturas, y nadie quiere o puede contratar a alguien que ya no es tan joven y sólo sabe pulir metal. Tal como estamos no tengo ni idea de qué cenaremos esta Nochebuena...

—Nochebuena... —repitió Adrián, dejando la mirada perdida en un punto más allá de la ventana— hace tantos años que nadie cena conmigo en Nochebuena...

—¡Cenarás con nosotros! —exclamó Eva. Los dos hombres se giraron hacia ella, sorprendidos por la determinación de sus palabras— Donde caben tres caben

cuatro, y por poco que sea lo que podamos cenar, lo compartiremos contigo.

El mendigo se volvió hacia Luis, buscando su aprobación.

—Mi mujer tiene razón. Dentro de diez días pasaré a buscarte y vendrás con nosotros a pasar la Nochebuena, ¿estás de acuerdo?

No hizo falta que Adrián contestase. Las lágrimas de agradecimiento que brotaron de sus ojos y el fortísimo abrazo que le dio a Luis fueron la mejor respuesta.

Diez días más tarde, cumpliendo su promesa, Luis se dirigió hacia el refugio de cartón de Adrián, tras haber intentado sin éxito por enésima vez encontrar a alguien que quisiera darle un trabajo. Al no ver al mendigo por allí cerca se asomó al interior, que encontró vacío, y recorrió con la vista las inmediaciones y las calles próximas.

En ese momento se acercó un individuo ataviado con un largo abrigo de color oscuro, sombrero y gafas de sol. Se detuvo apenas a un metro de él y se le quedó mirando unos segundos, antes de preguntarle, sin saludar siquiera:

—¿Busca a alguien?

Luis le miró fijamente a los ojos, pero no consiguió verlos tras los negros cristales.

—A Adrián, había quedado con él para ir a cenar —contestó desafiante— ¿Pasa algo? ¿Es usted policía?

—La persona a quien busca falleció hace tres días. Tenía instrucciones de darle esta carta si usted se presentaba aquí hoy. Tenga —respondió el hombre de las gafas de sol, entregándole un sobre cerrado de color crema. Dio unos pasos atrás y quedó a la espera.

Luis estaba anonadado, desconcertado y notando un doloroso vacío en su interior. Mientras rompía el sobre para

extraer el papel, pensaba en lo cruel que es la vida. Apenas unos días más, y el pobre mendigo habría podido cumplir su sueño de cenar en familia, después de tantos años...

Desdobló por fin la carta y leyó el mensaje que su autor le había dejado antes de su muerte:

Queridos Eva y Luis:

Hace unos meses me diagnosticaron una enfermedad terminal incurable, aunque no podían precisarme cuánto tardaría en morir. Someterme a quimioterapia y otras alternativas solamente habría retrasado ese momento. No quería irme de este mundo sin hacer algo con todas mis cosas, así que decidí empezar a buscar.

Desde que mi mujer murió hace once años he estado solo, terriblemente solo. No tuvimos hijos y ninguno de los que me rodeaban era amigo de verdad, sólo había buitres ambiciosos. Así que me eché a la calle para tratar de encontrar, al menos, a una persona buena. Tenía que haberla, en alguna parte... y os encontré a vosotros.

El abogado que os ha dado esta carta os informará detalladamente, y su bufete se encargará de todos los papeleos para que jamás os vuelva a faltar nada y la pequeña Andrea reciba el tratamiento que necesita sin reparar en gastos.

Feliz Navidad.

Adrián.



Miguel Francisco
www.rumbadesign.net

Como he sido buena os pido...

Lola Montalvo

www.librovirtual.org/AUT0016

Mordió el extremo del lapicero. El aroma de la gomita de borrar con fascinante olor a nata le inundó la naricilla haciéndole sonreír. Estrenar el estuche nuevo que le había comprado papá en esa bonita ciudad extranjera, de la que no recordaba el nombre, para escribir la carta a los Reyes Magos había sido una idea estupenda. Sacó el flamante sacapuntas de color rojo intenso y afiló un poco más la punta del lápiz.

No había pensado en otra cosa durante toda la mañana. Casi no había conseguido concentrarse en la escuela. Incluso, la señorita Matilde la había regañado al sorprenderla mirando por la ventana. «¡Pilar, que te quedas pensando en las Batuecas! —le había dicho con ese retintín tan suyo mientras golpeaba el suelo con su brillante zapato de charol—. ¡Haz el favor de escuchar lo que explico!» Y ella respondía que sí, pero era imposible. Pilar sólo pensaba en lo que iba a poner en la carta. Mamá y ella habían visitado los grandes almacenes el sábado pasado para que pudiera ver de cerca lo que le traerían los Reyes Magos...

*...Una muñeca que toma papilla y hace pis,
Un disfraz de princesa,
Un maletín para fabricar mis propios helados,
Un circo de los Playmóvil
Una bici nueva... que la otra se me ha quedado pequeña,
Un microscopio,
Un juego de Bob Esponja,
Una Nintendo DSi, que la que tengo no hace fotos...
Un juego para la Nintendo, para ver las fotos...
Un...*

Mientras escribía con letra elaborada y líneas perfectamente rectas, sacaba la lengua, la mejilla casi rozando el papel, apretando tanto con el lápiz que la cuartilla se había rizado sobre sí misma. Hizo una pequeña pausa y miró al techo

buscando en su memoria el nombre de otro objeto de su deseo, al tiempo que se daba golpecitos en los labios con la goma del lapicero, esa con fantástico olor a nata.

En la cocina mamá daba las últimas instrucciones a toda velocidad a Daniela, al tiempo que iba de un lado a otro apresuradamente mientras intentaba colocarse los pendientes y anudarse el pañuelo al cuello, todo al mismo tiempo:

—No dejes que Pilar coma nada después de las siete que, si no, luego no cena. Cuando termine de estudiar puede ver un rato la tele pero sólo dibujos, no esas series que le gustan a ella y...

Mamá salió rápidamente de la cocina sin dejar de hablar y dar instrucciones a toda velocidad. Daniela salió tras ella procurando no perder detalle de lo que le decía. No quería equivocarse. Deseaba hacerlo todo bien, así, si volvía a surgir la ocasión, la señora volvería a pedirle que se quedara con la nena Pilar para cuidarla y darle de cenar cuando los señores tuvieran otra cena fuera... ¡Y bien sabía el Dios del Cielo y la bendita Virgen María la falta que le hacía ese dinero extra! ¡Con la de problemas que tenía en casa desde que su José había perdido su trabajo hacía algo más de tres meses y...!

—¿Me estás escuchando, Daniela? ¡Pareces en babia...!

—¡Sí, señora, no sufra usted que todo lo haré como me dice! —Daniela seguía a mamá por el pasillo y se quedó en la puerta del dormitorio al tiempo que la otra se ponía un bonito y brillante abrigo de piel. La joven añadió, llevándose las manos al pecho—: La niña Pilar estará en la cama a las nueve y se cepillará los dientes y comprobaré que ha hecho los deberes...

—¡Sí, Daniela, pero espero que todo eso lo hagas en el orden correcto...! —Mamá salió del dormitorio a toda velocidad taconeando por el pasillo y dejando tras ella una nube de perfume dulce y goloso.— ¡No, si ya verás...! ¡A ver qué me encuentro cuando vuelva... seguro que nada estará...!

Daniela se quedó parada en el pasillo al tiempo que mamá, sin dejar ni por un instante de replicar y murmurar nerviosa, abría la puerta principal y cerraba tras ella con un sordo portazo.

La casa quedó, de repente, acogedoramente en silencio.

Daniela se santiguó y se acercó al dormitorio de la niña Pilar.

Pilar sonrió. Había terminado. Junto a su nombre había pintado un par de corazoncitos rosa con el rotulador de purpurina. Le había quedado precioso. Su carta sería la más bonita de todas. Los pajes reales se fijarían en la suya entre todas las demás y la leerían con más atención que las demás... sobre todo que la de Marina Torres. Marina la había chinchado la tarde anterior en el parque diciéndole que ella había dibujado unos camellos bebiendo leche y un gatito y que eso le gustaría a los Reyes y que...

—Pilar.

Se volvió al escuchar la suave y melodiosa voz de Daniela. Giró la cabeza y se la encontró junto a la puerta. Sonreía y sus perfectos y blancos dientes resaltaban como perlas en su oscura piel, joven, lisa y tersa como la seda. Pilar la imitó, devolviéndole la sonrisa.

—¿Has terminado los deberes, Pilar?

—Sí, hace un rato ya.

Le encantaba Daniela, su suave forma de hablar, su sonrisa fácil, su forma agradable de ser. Apenas la veía a diario porque se ocupaba de las tareas domésticas y cuando ella regresaba del cole ya se había ido. Le pareció fantástico cuando mamá le explicó que había surgido una cena de trabajo imprevista y que Daniela se quedaría con ella hasta que regresaran ella y papá ya de noche avanzada.

—¿Te apetece que vayamos un momentito a un sitio?
—preguntó la joven y Pilar arrugó un poquito el ceño. Nadie le consultaba nunca nada, por lo que no dejaba de ser extraño—. Debo ir a un sitio... ¡Así daremos un paseíto y la tarde será más entretenida! ¿Vale, mi amor?

—¡Vale! —contestó alegremente la niña al tiempo que se ponía los zapatos a toda prisa.

Cinco minutos más tarde salían a la calle. Daniela se tocó el bolsillo del anorak para comprobar que llevaba las llaves de la casa y el teléfono móvil. Seguro que en menos de una hora la señora la llamaría para preguntar cómo iban las cosas. Suspiró, nerviosa. «¡Jesús —pensó—, que todo salga bien, que termine pronto y estemos de vuelta en casa sin problemas!»

Tomaron el autobús. Llegaron a una parte de la ciudad que Pilar no había visto en su vida y ella lo observaba todo con gran atención. Los bloques eran altos, muy juntos unos a otros, como apretujados; los balcones llenos de macetas y ropa tendida que se mecía al ritmo del frío viento de esa tarde de principios de diciembre. Pero lo que más sorprendió a Pilar fue que las calles estaban llenas de niños jugando al balón o al rescate o a la comba, aunque casi no había parques ni jardines, sólo un suelo reseco y arenoso. Era noche cerrada ya y hacía un frío paralizante, pero los niños corrían de un lado a otro y reían en sus juegos, ajenos a todo. De repente, Pilar deseó con todas sus ganas estar con ellos y correr alegremente.

Bajaron del autobús. Las tiendas estaban aún abiertas. Un montón de gente caminaba por las aceras hablando animadamente. Se trataba de personas de diferentes nacionalidades y a algunos se les escuchaba, al pasar, hablar en sus idiomas, aunque casi todos hablaban como Daniela, un español con suave acento.

Daniela, que no le había soltado la mano ni una sola vez desde que habían salido de casa, le apretó suavemente entre los suyos sus dedos, al tiempo que le decía:

—¡Mira, ahí, en ese bloque, vivo yo! —Pilar la miró y la joven añadió señalando—: Este es mi portal.

Pilar nunca había estado en un sitio tan feo, tan oscuro, con las paredes tan desconchadas y el suelo tan agrietado. Y se preguntó cómo sería la casa de Daniela si el portal era tan estrecho y tan húmedo. Subieron por una angosta escalera hasta el quinto. En los descansillos se oía una sinfonía de voces, risas, llantos de niños, música a todo trapo y programas de televisión vespertinos... Se oía de todo excepto silencio.

Con el aliento apretado en su garganta, Daniela abrió la puerta de su casa y encendió la luz de un pequeño, minúsculo, recibidor. Pilar se quedó clavada en el descansillo. El aroma de la casa le recibió como un abrazo: olía a miel, a pastel de canela, a infusión de poleo como la que le gustaba tomar a mamá. Y Pilar comprendió que ese era el aroma de Daniela. La joven empujó suavemente a Pilar al interior de la casa:

—Entra, Pilar. Esta es mi casa. No temas.

Obedeció.

De una de las habitaciones llegó una voz infantil que se acercaba apresuradamente hacia ellas al tiempo que gritaba a todo pulmón: «¡Mami, mami, mamita!», y una niña de largo y oscuro cabello recogido en una alta coleta, algo más pequeña que Pilar, se abalanzaba hacia Daniela, que ya se había agachado y recibía al pequeño torpedo con los brazos abiertos. Madre e hija se fundieron en un abrazo al tiempo que se besaban con efusión una, dos, cinco veces. Pilar se sintió incómoda. «Mamá nunca me ha besado así», pensó, de repente triste.

—Esta es mi hija Violeta —le dijo a Pilar, y se volvió a la pequeña—: Violeta, esta niña es Pilar. Salúdala y juega un ratito con ella mientras me ocupo de Hugo.

Violeta obedeció y con una enorme sonrisa, que dejaba ver unos hoyuelos en sus mejillas y unos dientes tan grandes y blancos como los de su madre, tomó a Pilar de una mano y la llevó dentro de la pequeña casa. El piso sólo tenía dos habitaciones de pequeñas dimensiones, una cocina minúscula en la que apenas entraban dos personas al mismo tiempo, un

cuarto de baño sin bañera ni bidé y una sala de estar en la que a duras penas convivían un sofá, una mesa y un mueble alto hasta el techo, cuyo espacio se disputaban una tele enana y un millón de libros. Allí era donde Violeta jugaba y sus juguetes quedaban reducidos a dos muñecas de cabellos ralos y resecos a las que vestía con bonitos trajecitos hechos a mano. «Me los hace mi mamá», aclaró con una enorme sonrisa Violeta ante la mirada atónita de Pilar. No tenía Nintendo, ni bici, ni patines, ni videojuegos y, por el aspecto feliz de la niña, tampoco los echaba en falta.

Pilar se sentía algo rara en un ambiente tan inesperadamente pequeño aunque agradablemente acogedor. Tras un eterno minuto de duda, se quitó el abrigo y se sentó junto a Violeta a jugar.

En uno de los dormitorios Daniela hablaba con un hombre. Sus voces eran suaves y reían por lo bajo. Un ruidito conocido pero sorprendente llenaba el espacio: el gorjeo de un bebé. Violeta captó la sorpresa en la mirada de Pilar y aclaró:

—Es mi hermano Hugo. —Y añadió con gesto serio—: Es un bebé y yo ayudo a mamá y a papá a cuidarlo y a bañarlo. — Violeta se puso en pie y tomó Pilar de la mano.— ¡Ven, te lo enseñaré!

Las dos niñas se acercaron al pequeño dormitorio. Entró Violeta con resolución pero Pilar se quedó parada en el quicio de la puerta. Lo que vio le aceleró el corazón, que le saltaba en el pecho como loco. Daniela sostenía a un pequeño bebé en su regazo. Tenía la camisa medio quitada de tal forma que uno de sus pechos se encontraba a la vista. Un hombre alto estaba de pie tras ella y doblaba varios minúsculos jerséis y pantaloncitos de lana, al tiempo que miraba a Daniela con enorme ternura. La joven acercó la carita del bebé a su pecho, que ronroneaba y se quejaba agitando con energía brazos y piernas. Un gemidito de satisfacción brotó del menudo cuerpecito cuando se enganchó al pecho de su mamá y empezó a succionar ruidosamente con fuerza y ganas. Daniela sonrió y miró a Pilar:

—Este es mi bebé —le dijo con dulzura a la niña—. Le tocaba comer y él sólo come de esta manera, por eso teníamos que venir, ¿lo entiendes? Si se lo hubiera dicho a tu mamá probablemente no me habría permitido quedarme contigo esta tarde.

Pilar asintió en silencio y una enorme sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿Me puedo acercar? —preguntó la niña en un susurro, como si estuviera en una iglesia—. ¿Lo puedo acariciar?

Daniela asintió con un gesto y, sonriendo de oreja a oreja, le hizo un ademán con la mano invitándola a que se acercara. Violeta se hizo a un lado y Pilar posó unos temblorosos dedos en la manita libre del bebé. Era suave, mucho más suave que cualquier otra cosa que hubiera tocado en toda su vida. Con un temor casi reverencial acercó su rostro a la menuda y morena cabecita. Cerró los ojos y aspiró su suave y cálido aroma al tiempo que posaba un tímido beso en su cabello. Daniela acarició el rostro de Pilar, que sintió en sus mejillas las durezas y callos de su ajada piel; la joven le acarició el rostro y el pelo y la miró con una dulzura que le llenó los ojos de lágrimas. La niña retuvo entre sus manos la de Daniela y se embriagó de su calor, al tiempo que cerraba un momentito los ojos. La joven se aproximó y le dio dos besos en la frente que a Pilar le quemaron placenteramente en la piel. Y comprendió que su madre nunca la había acariciado así, nunca la había besado así, jamás la había mirado de esa manera, con tanto calor.

El resto de la tarde transcurrió de la forma más agradable posible. El papá preparó una merienda a base de leche y un bizcocho de almendras casero, el más rico que Pilar había probado en la vida. Las dos niñas ayudaron a Daniela a cambiar los pañales del pequeño Hugo y le cantaron una canción cuando lo acostaron en su cunita. Cuando el pequeño ya dormía plácidamente jugaron a las mamás y a los colegios con las muñecas, cambiándoles de ropita para cada ocasión.

A las ocho Daniela se puso el abrigo y le dijo a Pilar que debían regresar. Violeta se abrazó a ella y le pidió que volviera pronto. El papá le acarició el cabello, le dio las gracias por su visita y por su ayuda con el bebé y a ella se le hizo un nudo en la garganta.

En el autobús, Pilar pegó la frente al cristal y no apartó la vista de las calles intentando memorizar todos los detalles; necesitaba recordar para siempre. Nunca con anterioridad el regreso a su casa le había resultado tan triste, tan penoso, tan frío. Sólo la mano de Daniela anclada a la suya le daba la calidez necesaria para el vacío que amenazaba con aplastarla.

Ya en su propio portal, Daniela metió la llave en la cerradura y abrió. La casa las recibió con un suspiro seco, con un silencio ensordecedor. Pilar se quitó el abrigo y la joven lo colgó en el perchero de la entrada.

—¿Daniela?

—¿Sí, mi amor?

—¿Me llevarás otro día a tu casa?

Daniela se arrodilló de tal forma que sus ojos estuvieran a la misma altura que los de la pequeña. Le apartó un pequeño mechón rebelde y se lo pasó detrás de la oreja. Asintiendo, le dijo:

—Claro que sí, pero la próxima vez le pedimos permiso a tu mamá, ¿vale?

—Vale.

Sonó el móvil y Daniela contestó con cierto nerviosismo. Pilar se fue a su cuarto. Encendió la luz y se puso las zapatillas. Se sentó frente a su escritorio infantil y miró la carta que había escrito esa misma tarde. El sobre tenía pintados con purpurina rosa dos corazoncitos. Eran muy bonitos. Suspiró. Abrió la carta, sacó el papel y lo leyó.

Una tristeza enorme embriagó a Pilar al comprender que ya no quería nada de lo que había en esa carta. Había ido a casa de Daniela y había visto lo que tenía Violeta y comprendió que eso era lo que ella quería...

Arrugó la hoja y la tiró al cesto de los papeles.
Cogió una cuartilla nueva, su lápiz con la gomita en el extremo con olor a nata, tomó aire y escribió:

Queridos Reyes Magos:

Como he sido buena este año os pido que me traigáis una mamá como Daniela...



Fernando Prats

www.librovirtual.org/AUT0173

El villancico antiguo

Conchita Ferrando de la Lama

www.librovirtual.org/AUT0104

Manuel, el pastorcillo, estaba cuidando sus ovejas en un cerro cercano a un pueblo pequeño de la sierra. La tarde era fría, pero el sol todavía alumbraba los campos.

Manu era un chico muy alegre y se entretenía jugando con su perro de raza ovejera, de pelo brillante muy negro y pecho muy blanco, puro nervio, observador y saltarín. Le tiraba palitos para que Boro corriese a cogerlos. Con él se encontraba muy bien acompañado en aquel paraje solitario.

El cielo se iba poniendo rojizo, luego morado y, en pocos minutos, la luz desapareció como si un lobo se la hubiese tragado.

El perro fue a acurrucarse cerca del chico y le miró con sus ojos húmedos, cálidos y profundamente oscuros que indicaban absoluta nobleza hacia su amo: amor sin fronteras de un «Collie de la Frontera».

El frío era ya intenso. Manu puso en marcha el rebaño, con la ayuda de Boro, que ladraba y corría en círculos, controlando a las ovejas para conducir las al redil, situado junto a la pequeña cabaña que dominaba el cerrillo.

Mientras caminaba hacia allí se oyeron, lejanas pero muy claras a través del aire limpio y transparente, las notas del carillón de campanas del pueblecito cercano. Era la melodía de un viejo villancico castellano...

*Ya se van los pastores a la Extremadura,
ya se queda la sierra triste y oscura,
ya se queda la sierra triste y oscura...*

Sin saber por qué, Manu pensó en aquellos pastores.

«La Navidad se acerca —pensó en voz alta el pastorcillo— y ese villancico dice que ellos se marchaban lejos de sus casas, en esas fechas... ¿Tal vez yo tendré que marcharme cuando sea algo más mayor?»

El tañido de campanas del reloj carillón seguía desgranando las notas de aquel desolado y antiguo villancico. Manu sintió un escalofrío.

El perro inclinó la cabeza hacia un lado y levantó un poco una de sus orejas, sin perder de vista a su amo que se había puesto serio de pronto. Intentó darle con la patita en la pierna para llamar su atención. Ya había dejado las ovejas bien guardadas en el redil y esperaba una caricia de aprobación junto a la hoguera que Manu había encendido en una esquina de la cabaña, sobre una piedra grande y plana, para calentar la cena.

—¡No pasa nada, Boro! —reaccionó animoso Manu al ver la expresión del perro— ¡Tranquilo! Nosotros estamos bien, cerca de nuestro pueblo, aunque no podamos ir a comprar turrónes ni a cantar con los otros chicos por las calles en Nochebuena.

El perro movió la cola con gran fuerza y velocidad. Sabía que su amo no se encontraba solo estando con él. Algo se le ocurriría para pasarlo bien los dos juntos en Navidad.

—Mira —le explicó Manu— Esta cajita, que me trajo mi hermano Toño cuando vino con permiso de la mili, es un teléfono móvil, por si me ocurriese alguna emergencia.

Boro miró aquella «cosa oscura», olfateándola sin comprender qué interés podía tener algo que no se comía.

—¿Sabes qué vamos a hacer? —preguntó el chico mientras Boro inclinaba más y más su cabeza de lado, concentrado en su gesto interrogante— ¡Mira!

Manu tecleó algunos números en el aparatito. Unos sonidos misteriosos acompañaban cada cifra que pulsaba. Aquello tenía un aspecto extraordinario porque a su amo se le habían puesto los ojos chispeantes, y el perro le imitó de inmediato. Su mirada cálida y húmeda se iluminó.

—¡Oiga! —habló Manu por el aparatito— ¿Es la emisora de radio? Soy Manu, el pastor. Tengo 10 años y estoy en mi cabaña, con mi perro, al cuidado de las ovejas. Me gustaría que, en Nochebuena, dijeran ustedes por la radio que me llamen otros chicos a mi móvil, para contarnos cosas divertidas. Así me sentiré más acompañado. ¡Vale, muchas gracias!

Boro movió el rabo con fuerza. Le gustaba ver a Manu tan animado, aunque no entendiese muy bien qué geniecillo del bosque encerraba aquella cajita oscura y alargada. El asunto era que su dueño estuviese feliz, porque de ese modo él también lo estaba, y no había que buscar más explicaciones.

—¡Ven aquí, Boro! —llamó el pastorcillo, acariciando la cabeza de suave pelo del perro—. Vamos a tomar un poco de sopa caliente, que mañana con el alba tenemos que salir con las ovejas.

La noche era fría, oscura y desapacible presagiando la nevada. Al fondo se oía balar a las ovejas en el redil.

El viento soplaba fuera, racheado, pero en la cabaña calentaba el fuego. Manu compartía con su perro un jarrillo de caldo caliente y espeso, una buena porción de pan de hogaza y unos trozos de queso fresco. La vida era maravillosa para los dos amigos.

La Nochebuena traería muchas, muchas voces de aliento, risas, sorpresas y compañía. De eso estaban seguros Manu, el pastor y su perro Boro.

A las doce de la noche, cuando el silencio cubría los campos y caían los primeros copos de nieve, el carillón volvió a

tintinear en la torre de la iglesia del pueblo las notas del viejo villancico.

*...ya se queda la sierra triste y oscura,
ya se queda la sierra triste y oscura...*

Ahora, sin saber por qué, el eco de aquella música traía unos sonidos muy dulces, y reflejaban en el canto navideño toda una carga de promesas para aquel niño que dormía, sonriendo, en la cabaña de piedra cubierta por el manto de la nieve, mientras su perro ovejero vigilaba en su puerta, atento a cualquier peligro que pudiera acechar a su dueño y sus ovejas.

El pastel de Navidad

Niobe

www.librovirtual.org/AUT0048

El cielo dejaba escapar motitas de polvo blanco que, al llegar al suelo, poquito a poquito, lo cubría como si de una hermosa, mullida y blanca alfombra se tratase. Los árboles, vestidos de invierno, se saludaban unos a otros, cubiertas sus ramas de nieve. Las tejas naranjas de las casas hacía ya un buen rato que no se veían, al igual que las barandas de balcones, puentes, parques y muchas, muchas otras cosas más.

La gente caminaba con la cabeza gacha, envuelta en sus abrigo, bajo sus paraguas, intentando resguardarse del frío en alguna taberna o en sus casas junto a la chimenea, acercando sus manos al calor de las llamas. Si alguien pasaba más tiempo del debido bajo la nieve, su paraguas se cubría de aquellos hermosos y brillantes cristales.

Pero, para ver aquellos cristales, había de ser uno muy, muy chiquitito, tanto como lo eran las hadas del invierno, las cuales habían comenzado hacía apenas unos días con su trabajo.

Entre todas ellas había una más chiquita que las demás, tanto que no podía cargar los cubos de agua, ni soplar los cristales para enfriarlos, ni mover los molinos para que llegasen las nubes a por su blanca carga. Tampoco tenía sus alitas de libélula ya que aun era muy joven.

Apenas quedaban unas semanas para Navidad, por lo que sus compañeras, cansadas ya de que la joven hada intentase ayudarlas sin ningún provecho, decidieron pedir ayuda a Papá Noel en Laponia y a los Reyes Magos en Oriente. Les aclararon que las alitas crecerían al mismo tiempo que ella lo hacía, así que debían olvidarse de estas.

Papá Noel reunió a los duendes que trabajaban en su taller y a los creadores de la nieve infinita de Laponia para buscar una solución. Los Reyes Magos, que eran muy serios, preguntaban a los sabios que encontraban en el camino. Pero,

entre unos y otros, se acercaba el día de Navidad y la solución no llegaba.

Las hadas ya habían comenzado a adornar con ramas de acebo y muérdago, lucecitas de luciérnagas, árboles de Navidad que engalanaban el jardín, la entrada, el comedor, el salón de descanso; pequeños arbolitos que adornaban algunos de los rincones más pequeños, bajo los cuales se podían encontrar figuritas de un Belén por aquí, un trineo de Papá Noel tirado por sus renos por allá; algo más alejados caminaban los Reyes Magos, que hasta el día siete de enero no llegarían a Belén.

Andaban ellas algo preocupadas, así que decidieron mandarla a la cocina para que ayudara a las hadas cocineras a preparar los ricos manjares que se servirían durante la Nochebuena y el día de Navidad ya que el trabajo se les acumulaba.

Entre todas aquellas viandas, una era la favorita de las hadas: el pastel de frutas del bosque. Era muy fácil de preparar, así que dejaron que la pequeña hadita lo hiciera ella sola; estaban seguras de que no tendría problemas para realizarlo.

Y llegó la Nochebuena, pero no así las esperadas noticias de Papá Noel y de los Reyes Magos.

Las hadas estaban tristes por no haber podido ayudar a su amiguita, por lo que reinaba un ambiente algo triste para el día de Nochebuena, pero aún así siguieron con los correspondientes preparativos para tan esperada noche. Pasó la Nochebuena y llegó el día de Navidad, que todas esperaban con renovado entusiasmo, ya que Papá Noel siempre les había dejado hermosos regalos. Estaban seguras de que, entre ellos, la pequeña encontraría uno muy especial.

Tal vez un cubo mágico que apenas pesase cuando lo llenase de agua, un molino cuyas aspas girasen tan suaves y rápidas que a penas necesitase hacer esfuerzo o un pequeño fuelle que al soplarlo enfriase los cristallitos rápidamente, pero ¡oh...! Tan solo sacó de una caja un vestido blanco, cubierto de perladas gotitas de lluvia y brillantes cristales de nieve.

La pequeña parecía ser la única que estaba contenta con su regalo, ya que las demás, al verlo, se habían dejado

caer pesadamente en sus sillones de mullidas hojas de otoño, desoladas.

Al ver a sus compañeras tan apenadas, fue corriendo a la cocina a preparar un caldero de chocolate que sirvió acompañado de pastel de frutas del bosque con ayuda de sus amigas más jóvenes, brillando bajo su nuevo vestido.

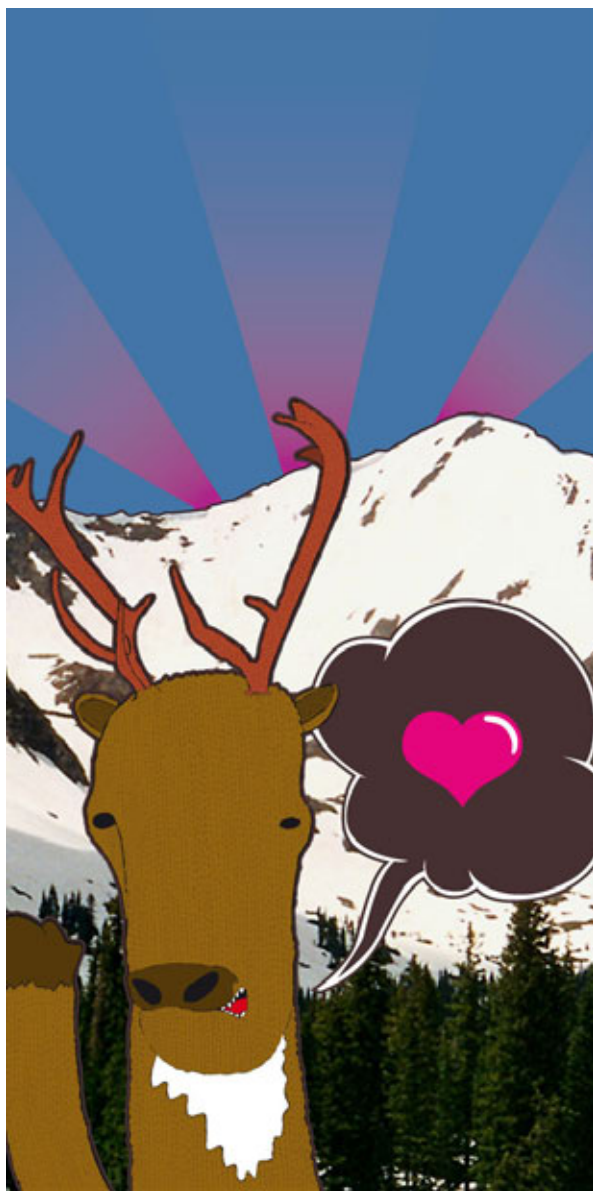
El hada de la cocina mojó un pedazo de pastel en su chocolate, apenas lo mordió, se deshizo en su boca, sorprendida calló y observó esperando la respuesta de sus compañeras.

Bajo el montón de regalos que aún quedaban por abrir, una de las haditas llevó a Madre Hada una nota que los Reyes Magos le habían enviado y otro pequeño «¡oh...!» de sorpresa surgió de varias gargantas que miraban sorprendidas a la pequeña.

Entonces comprendieron lo que había sucedido, ya que a nadie se le había ocurrido probar un pedacito de la masa del pastel antes de cocinarlo y tampoco habían pensado en el significado que tenía el vestido que Papá Noel había dejado para ella.

Tan sólo cuando Madre Hada había comenzado a leer la carta de los Reyes, había surgido una lucecita en sus interiores y es que... aquel pastel estaba tan delicioso, que no necesitaban buscar ninguna otra ocupación para ella, tan sólo debían dejarla crecer y cocinar pasteles, porque tan delicioso chocolate y pastel no podían tomarse una vez al año, sino todos los días mientras durase el invierno o, al menos, durante las fiestas de Navidad.

Por eso tomamos un chocolate bien calentito cuando tenemos mucho frío, para entrar en calor, y nos alegra un buen trozo de pastel que lo acompañe, aunque sólo sea ese nuestro regalo de Navidad.



Mario de la Cruz
www.erzio.es

El telescopio

Antonio Constán Nava

www.librovirtual.org/AUT0141

—¡Tengo una idea!

Esas fueron las primeras palabras que pronunció Adriel aquella mañana de Nochebuena al pasar por la cocina recién levantado, antes de dirigirse hacia el desván. Los niños lo observaron con curiosidad, la manera de arrastrar sus pesadas piernas escaleras arriba, apoyándose en un bastón fabricado por él mismo y haciendo crujir los viejos maderos corroídos por la carcoma, mientras una tos producida por años de tabaco ralentizaba su andar. Su mujer, curada ya de espanto ante las ocurrencias de su marido, siguió preparando el desayuno, pero observó preocupada esa tos que cada día era más constante. Sólo su nuera, que no quería que sus hijos se quedasen sin desayunar, fue detrás de la comitiva que se había formado detrás del viejo loco, intentando que los niños terminasen las tostadas.

El anciano se paró en seco al llegar al final de la escalera, introdujo su mano en un bolsillo y, volviéndose hacia sus cinco nietos, sonrió y les guiñó un ojo al tiempo que mostraba una larga llave de hierro rematada en unos dientes de casi dos centímetros. Los niños estaban expectantes. Entrar en el desván y acceder a sus tesoros ocultos era la máxima recompensa que podían tener durante su breve estancia en casa de los abuelos.

Adriel introdujo la llave mientras sus nietos contenían la respiración. Hasta Lucía, la madre de los niños, observó con curiosidad a su suegro y dio por perdida la batalla del desayuno, que acabó siendo lamido por Berta, la perra, sin que la mujer se diese cuenta. La cerradura profirió un quejido herrumbroso al ser accionada por la vieja llave. ¿Qué escondería aquella puerta, tan misteriosa y que nunca les dejaban abrir? Se preguntaba en aquellos momentos los niños que se agolpaban bajo las piernas del hombre.

Muchas veces les habían regañado sus padres con encerrarles en el oscuro desván si no dejaban de hacer ruido con sus juegos. Por eso, Leti, la más pequeña de todos, no tuvo el coraje de permanecer allí y salió corriendo hacia la cocina al tiempo que profería un pequeño grito de terror. Los otros cuatro hermanos se armaron de valor.

En ese momento, el abuelo se dio la vuelta y dijo:

—¡Hoy vamos a tener una noche fabulosa!

Y, tras decir esto, comenzó a abrir la puerta. Una pequeña capa de polvo de madera cayó desde el dintel, haciendo estornudar a algunos de los pequeños, absortos en ver como una fina abertura iba creciendo, mostrando la oscuridad de un cuarto sin apenas luz, una abertura que dejaba escapar una ligera y fresca corriente de aire enrarecido por el tiempo que llevaba aquel cuarto sin abrirse. Hubo alguna tos ligera cuando el polvo penetró en las narices, pero las miradas atentas apenas se apartaban ni con el ligero pestañeo: ojos como platos esperaban, no se sabe qué, tal vez, ver salir alguno extraño bicho sólo imaginado por las más terribles pesadillas de la niñez.

—Vamos —dijo la orden Adriel, añadiendo—, ¡pero cuidado con poner las manos en sitio peligroso!

Y las ansias dieron paso a la sorpresa y a la imaginación realizada. Una luz de poco voltaje se encendió al fondo del desván. El hombre entró en la buhardilla, desapareciendo tras la puerta, dejando a los pequeños parapetados en el marco de la puerta, temerosos de dar un paso en falso. Finalmente, Luis, el más grande del grupo, adelantó su cuerpo hacia el interior de la habitación, abriendo una comitiva de pies menudos que apenas hacían ruido al caminar con los peúcos de lana recién estrenados, regalo de la abuela.

La inhóspita habitación no era muy grande, pero al estar alargada daba la sensación de más espacio. Espacio que estaba ocupado por los más variados y raros objetos nunca

antes habían visto los pequeños. Haciendo caso omiso del abuelo, que se había perdido al fondo de la habitación, los niños empezaron a mirar a todo su alrededor. Las paredes estaban llenas de estanterías colocadas sin orden ni concierto, en las que reposaban cientos de cajas llenas de libros y revistas de épocas pasadas, y objetos sueltos en los que el polvo había encontrado un magnífico hogar. Del techo colgaban varias lámparas viejas que en algún momento decoraron las habitaciones de la casa y fueron reemplazadas por otras más «modernas» y fueron retiradas allí, donde todo objeto perecedero tendría la oportunidad de permanecer eternamente. También colgaban en las paredes un par de escopetas de caza cuyos cañones apuntaban al cielo, esperando el día en el que volver a escupir el fuego asesino que una vez llenó de comida las despensas de un joven Adriel. Aunque de eso hacía ya mucho tiempo. Pero algo llamó la atención de los chiquillos: una vitrina de cristal arrinconada entre dos estanterías. El primero en acercarse a observarla fue Leo, el segundo de los hermanos. Tuvo que pasar su diminuta mano por la superficie para poder eliminar una espesa capa de polvo que ocultaba el interior de la vitrina.

— ¡Anda! —exclamó con un tono agudo.

Cuando sus hermanos se acercaron, descubrieron el motivo de asombro de Leo: guardado en su interior se encontraba bien dispuesto y formado un ejército de figuras de plomo que representaban una escena de la Guerra de la Independencia. Bandoleros andaluces habían sorprendido a un pequeño regimiento de soldados franceses alrededor de una montaña realizada con escayola. El polvo no había podido ocultar la escena, salvaguardada por el cristal, y las figuras relucían con mil colores. El abuelo los miraba con una enigmática sonrisa en los labios, dejando que el asombro por sus tesoros fuera el primer regalo que esta Navidad iba a brindar a sus nietos. Pero aun quedaba uno más.

—Mirad, venid aquí.

Sus palabras actuaron como un resorte. Saliendo del ensueño que le brindó la imaginación, cada uno imaginando una batalla distinta a través de una única escena del diorama, se dirigieron hacia donde se encontraba su abuelo. Sobre una mesa descansaba una gran y raída caja de cartón, envuelta en tiras y tiras de precinto transparente reseca por el paso del tiempo. Esta quedaba por encima de las cabezas de los pequeños, que no podían ver qué ocultaba su interior.

—Abuelo, ¿qué es? —preguntaban.

Este no contestó, sino que se limitó a introducir sus manos en la caja para, a continuación, sacarlas con un objeto que brilló entre sus manos.

—¡Oh! —exclamaron al unísono los cuatro hermanos.

Desde la puerta del desván, Lucía sostenía en brazos a una sollozante Leti que no quería mirar hacia el interior de la habitación, agarrada a su madre como si la vida le fuese en ello.

Adriel sostenía en la mano un extraño artilugio en forma de cono, de dorado metal y de casi un metro de largo. Los extremos estaban rematados por unos cristales. Lo dejó a un lado con mucho cuidado y extrajo de la caja lo que serían los pies del misterioso objeto. Los niños observaban maravillados el meticuloso cuidado con el que su abuelo montaba el extraño objeto desconocido por ellos. Hasta que un tímido Andrés preguntó:

—Abuelo, ¿qué es eso?

El anciano tardó un rato en contestar su pregunta: quería dejar montado todo el artilugio antes de atraer a sus nietos a un mundo nuevo.

—Mi antiguo telescopio. ¡Esta noche veréis venir a Papá Noel si las nubes no lo impiden!

Apoyó el telescopio en el suelo, quedando el objetivo casi a la altura del más alto de los hermanos, que sólo habría de ponerse de puntillas para mirar por él. Adriel, cogiendo con cuidado el telescopio en una mano y, absorto en el regalo que hoy les iba a brindar a sus nietos, relegó su bastón a un lado y se dirigió hacia la puerta. Sus nietos le siguieron, nerviosos, olvidando los mil y un mundos por descubrir que dejaban atrás, ligeramente apartados de sus mentes hasta que la imaginación volviese a tirar de ellos. Hoy habían hecho su primera incursión.

El hombre pasó por delante de su frío desayuno. Algo le dijo su mujer, pero con los años, había aprendido a pasar por alto sus diarias recriminaciones. Sus nietos lo seguían, exaltados, mientras le decían a su madre que el abuelo les iba a dejar ver cómo vendría Papá Noel esa noche.

—¡Veremos cómo nos traen los regalos! —gritaban exaltados.

Se dirigieron al salón, donde el abuelo había apartado a un lado la larga mesa de las cenas colectivas y apoyado la dorada lente en el suelo, frente a un gran ventanal, apuntando al cielo. Se apoyó en el alto respaldo de una silla y, mirando directamente los pequeños ojos inquisitivos de los pequeños, les dijo:

—Pero no podéis mirar al cielo hasta que yo lo diga. Los renos de Papá Noel son muy listos y le pueden decir que hay niños vigilándolo. Y eso —advirtió— no le gusta. Pues su mayor alegría es llegar a las casas cuando nadie lo espera.

Y cogiendo el tapete de ganchillo que cubría la mesa del salón, lo extendió sobre el telescopio, ocultándolo.

—Así se quedará hasta la noche, ¿vale? Cuando las estrellas emitan su último fulgor antes de que lleguen las nieves de Navidad, entonces esperaremos los regalos.

Ese día fue el día más largo de los vividos por los chiquillos. Sus padres miraban divertidos cómo no se alejaron más de tres metros de donde estaba el artilugio. Al mediodía comieron alrededor de la mesa del salón, al tiempo que los pequeños no dejaban de pelear por los turnos para ver a través del telescopio. Tal fue la discusión que el abuelo tuvo que poner paz en la pelea y dijo que lo justo era empezar del mayor al más pequeño, y un minuto cada uno «porque los renos tardan cinco minutos en descender de los cielos». Sólo durante la siesta, algunos cayeron rendidos y se tumbaron en los sillones, arropados por las sayas de la mesa, al calor del brasero eléctrico, mientras el resto intentaba montar un abeto de Navidad artificial, colgándole las luces intermitentes y las bolas de mil colores. Fue la pequeña Leti, tras despertar de su profundo sueño, la que colocó una gran estrella de papel, dibujada y recortada por ella en parvulitos, en la punta más alta del árbol.

La tarde fue dejando paso a la noche, mientras los preparativos de la cena de Nochebuena iban dando vida al salón, dejando sin olvidar el oculto telescopio. Adriel, bajo reproches de la abuela Marta, se había vuelto a encender otro puro:

—Es Navidad, mujer —le contestaba, bajo una feroz tos producida por las primeras caladas. Marta lo abandonó a su propia terquedad.

Había vuelto a subir al desván, a por su garrote y, de paso, bajó dos viejos candelabros de tres brazos, que colocó sobre la mesa y a los que añadió unas largas velas de colores. Al poco llegó Fran, el hijo menor de los abuelos y tío de los pequeños, portando mil regalos que dejó bajo el árbol de Navidad, diciendo que Papá Noel ya había pasado por su casa. Pero prohibió a los niños que abrieran ninguno hasta la mañana siguiente, ya que «ese era el deseo del abuelo del Polo Norte». A decir verdad, pronto olvidaron sus ganas de abrir los regalos del tito Fran y pasaron a contarles lo del telescopio, mientras este miraba divertido a su hermano:

—Juan, ¿les has contado la primera vez que observamos por el telescopio y vimos cómo Papá Noel nos traía nuestros regalos?

Lo que faltaba. Juan lanzó una mirada acusadora a su hermano cuando sus hijos comenzaron a inquirirle con preguntas como: «¿Es eso cierto, papá?», «No lo has contado nunca», «¿Cómo era?», y mil preguntas más a las que contestó:

—Que sea el tío Fran quién os conteste —y huyó de allí, dejando a sus cinco vástagos al cuidado del liante Fran.

La noche llegó. A las nueve en punto, reunidos en la mesa repleta de comida recién sacada del horno, comenzaron a cenar. El vino corrió por los vasos de los adultos. Esta vez no hubo discusiones aunque los nervios infantiles iban creciendo y eso se notaba en sus cada vez más chillonas voces, mientras la música de fondo y las risas de los reunidos llenaban de alegría el salón. Sólo Adriel hubo de levantarse un par de veces al aseo, a limpiarse la boca manchada por la tos. Fueron esos momentos donde las risas se apagaban y dejaban paso a la preocupación en los ojos de los reunidos, menos en los de las mentes infantiles, ajenas a la preocupación de los mayores. Pero el abuelo siempre regresaba a la mesa con una broma en los labios, calmando la situación y volviendo a elevar el ánimo de su familia, aunque sus corazones seguían pesando más de la cuenta.

Dejaron paso al postre y descorcharon un par de botellas de sidra para brindar por la Navidad y deseándose que en el año siguiente volviesen a estar otra vez todos reunidos, y haciendo la broma de que, tal vez, si Fran se lo proponía, tendrían que poner una silla más. El tío siempre salía al paso de las menciones que se hacían al tema de su eterna soltería. Y la impaciencia de los pequeños se traslucía cada vez más, hasta que:

—Bueno, ya son casi las once de la noche. La última vez que vi a Papá Noel fue a esta hora —y preguntó sabiendo la respuesta— ¿Queréis que probemos suerte?

Un grito de alegría sonó por todo el salón. En fila india, guardando los turnos propuestos por el abuelo, se fueron colocando frente al telescopio. Sus padres observaron divertidos la escena mientras el abuelo se disculpaba, arguyendo que la cena le había sentado mal, y se ausentó del salón, no sin antes pedirle a su hijo Fran que explicara cómo debían mirar a través del telescopio. Así lo hizo. Le quitó el tapete que cubría el dorado objeto y, tras calibrar las lentes, les explicó cómo debían mirar por el telescopio y cómo debían tratarlo para no romperlo. Su hermano Juan ya conocía la retahíla: él mismo había sido objeto de la misma broma que sus hijos unos treinta años atrás.

Comenzaron a mirar a través del objetivo.

Las respiraciones contenidas, el silencio que se apoderó del salón, todo en pos de una visión: ver al orondo de las nieves vestido de rojo acercarse surcando los cielos a lomos de su carro tirado por grandes renos. Uno tras otro ponían su ojo en la parte delgada del telescopio, tocando con cuidado reverencial el frío metal del telescopio. Solamente Leti tuvo que ser ayudada por su madre, mientras los demás hermanos se las apañaban subiéndose a una pequeña silla de anea.

Pasaban los minutos y la expectación iba creciendo. Los turnos para ver a través del cristal ya habían dado la vuelta unas cuantas veces, hasta que se oyó la voz de la abuela Marta:

—¡Mirad allí! —señalaba un punto indeterminado, al frente de la ventana, y no al cielo.

Más allá del límite de luz de la farola de la casa se desdibujaba una sombra. Pertenecía a un hombre vestido con lo que parecía con un grueso abrigo rojo y lucía una larga que brillaba en la oscuridad. Estaba solo y llevaba un oscuro saco colgado del hombro y que le caía sobre su ancha espalda. Los niños no podían creer lo que estaban viendo. Sus ojos estaban

abiertos de par en par y apenas podían formular una palabra, y se agolparon contra la ventana, formando con sus resuellos unas finas capas de vaho en el cristal. Vieron como el hombre les saludaba con una mano y les hacía una señal con la cabeza. Al principio no adivinaron qué quería decir con su gesto, hasta que su padre les dijo:

—Creo que os dice que os vayáis a dormir. Si no, ¡no podrá entrar a dejaros los regalos!

No hizo falta decir nada más. Los cinco se fueron corriendo sus habitaciones, excitados con la idea de haber visto a Papá Noel, seguidos por su madre y por su abuela que, divertidas, le hicieron una seña al hombre que estaba en la calle para que entrase. Adriel regresó al rato al salón, vestido de rojo y luciendo una barba postiza que le ocultaba una gran sonrisa de placer: no había estado para ver la expresión de sus nietos, pero sólo de imaginarlo su cuerpo henchía felicidad. Ni siquiera un ataque de tos que le hizo manchar de sangre la blanca barba enturbió el momento.

En otro lugar de la casa, los niños apenas pudieron conciliar el sueño esa noche, intentando oír algún ruido allá fuera, en el salón, que les dijera que Papá Noel ya había entrado a llevarles los regalos. Finalmente, cayeron rendidos bajo el murmullo de los mayores, que no paraban de reír hasta que toda la casa se sumió en el silencio.

Solo a altas horas de la madrugada, Juan, sin poder dormir, regresó al salón a fumarse un cigarrillo. A oscuras y enfundado en una gruesa manta, se quedó mirando el telescopio. A su espalda pudo escuchar la tos nocturna de su padre y, mirando su propio cigarrillo, lo apagó. Fue entonces cuando la curiosidad tiró de él y se animó y acercó un ojo al objetivo del trasto y se puso a mirar a través de la noche, en dirección a un cielo limpio de nubes y donde las estrellas refulgían dando la bienvenida a la Navidad. Ese año tampoco habría nieves de bienvenida. Y así dejó pasar los minutos, abstraído en las estrellas y dejando que su mente evocase recuerdos del pasado, recuerdos que le hicieron encoger de nostalgia su estómago.

Antes de quitar la vista, le pareció ver un destello a lo lejos, una especie de luz revoloteando como una mariposa en algún punto indeterminado de la lente, diciéndole adiós.
Ya no oía la tos de su padre.



Ana Cristina Martín
anacrus.wordpress.com

Hadas por Navidad

M^a Dolores Alonso Casañ

www.librovirtual.org/AUT0031

La nieve caía plácidamente sobre el valle cercano al condado, eran tiempos fríos y la Navidad estaba muy cerca, pero aquel helor poco importaba para los jóvenes niños que contentos jugaban...

—¡Uno, dos, tres, cuatro, cinco y seis! —gritó contenta la niña de las pecas rosas.

—¡No me encontrarás, María! —le respondió riendo la otra niña escondida tras un matorral de zarzamoras cubierta en una gran capa de nieve.

Salió Federico deprisa detrás de un camión viejo abandonado a su suerte cerca donde las niñas pecosas jugaban al escondite.

—¡Debéis de ser tontas las dos! —rió el maleducado niño.

La niña de las pecas rosas se dirigió hasta el niño y le ofreció un terrible grito en desprecio a su incordiante insulto. Federico abrió sus manos, mostrando a la niña enfurecida la hermosura que llevaba escondida. Un hada de alas verdes escondía su pequeño rostro entre sus diminutas manos temblorosas.

—¿Qué es? —preguntó la niña sorprendida, intentando ver más de cerca lo que el niño escondía.

—¡Seguid con vuestros estúpidos juegos de niñas, pues el mío ya lo tengo! —dijo el chico mientras corría apretando sus manos arriba del camión abandonado.

—¡María, sal deprisa! —chilló la niña pecosa.

—¿Acaso te rendiste, ya no quieres buscarme? —preguntó entre risas la pequeña María.

—¡Ven deprisa y no preguntes!

Fueron las dos niñas corriendo al lado de chico, que permanecía sentado apretando fuertemente su mano, mientras por una pequeña ranura miraba cómo temblaba el hada en su mano.

—¡Tiene una mujer pequeña en su mano! —le dijo la niña pecosa a la pequeña María.

—¡Mi mamá dice que las mujeres pequeñas no existen, que sólo están en los cuentos! —dijo María mientras su mirada se perdía en el intento de ver la mano cerrada del chico.

—¡Pues dile a tu mamá que miente! —le reprochó Federico—, pues de verdad las mujeres pequeñas existen.

—¡Si es así déjame verla! —insistió María empujando a su amiga para colocarse más cerca.

—¿Y por qué he de dejarte verla, no dijiste ayer que ya no eras mi amiga? —preguntó el muchacho malhumorado a María.

—Sabes que mentía —dijo María con una sonrisa— ¡Déjame verla, por favor!

Las dos niñas abrieron más sus ojos sin perder ni un solo instante de vista las manos de Federico, que lentamente aflojaba la fuerza con que oprimía al pequeño hada.

—¡Es de verdad! —gritó ilusionada María.

La niña pecosa quedó maravillada ante tanta hermosura.

—¡Dime dónde la encuentraste, yo quiero otra!

Federico miró dubitativo a las dos niñas y nuevamente cerró su mano.

—¿Qué recibiré a cambio?

—¡Siempre exiges algo, eres un convenenciero! —protestó la pequeña María— ¡Por eso dejé de ser tu amiga!

Federico se puso en pie, dispuesto a marcharse sin decir nada.

—¡No lo decía en serio! —dijo de prisa la niña pecosa, mirando fugazmente a María, de cuyos ojos salía una pequeña lagrimita—, ¿verdad, María?

María frunció sus labios disgustada, bajando la mirada al suelo, mientras negaba con su cabeza.

—¿Qué es lo que quieres, Federico? —preguntó la niña de las pecas rosas.

—Quiero un tesoro, ¡pero no uno cualquiera, quiero uno muy grande!

Las niñas miraron al chico, pues realmente parecía estar hablando en serio. ¿De dónde sacarían ese tesoro que el niño pedía? Mas su egoísmo y avaricia eran tan grandes que saciar a aquel muchacho iba a ser todo un mal trago.

—¡Muy bien, te lo daremos! —respondió la niña pecosa guiñándole un ojo a su amiga María— Pero primero queremos ver dónde cogiste esa hada o no habrá trato.

—¿De verdad me crees tan tonto? ¿Acaso crees que te voy a decir algo sin antes ver parte de mi tesoro? —dijo el muchacho.

La niña de las pecas rosas, que era muy lista, hizo esperar al muchacho junto a su amiga María. Volvió nuevamente con sus manos llenas de grandes frutas doradas.

—¡Dámela! —exigió el niño a la niña.

—¡Me pediste ver parte del tesoro y te lo termino de mostrar, ahora cumple con tu parte! —respondió la niña introduciendo sus manos junto con la fruta en un bolsillo ancho de su delantal.

El niño, no muy convencido de lo visto, dirigió a las niñas hasta el escondite donde con anterioridad el muchacho había encontrado el hada.

La niña de las pecas rosas tenía sus manos manchadas con aquella pintura dorada y no se atrevía a sacar sus manos del pequeño delantal.

—María —dijo la niña de las pecas en voz bajita a su amiga—, déjame tu jarrita de agua fresca.

—¿Y por qué he de hacerlo? —preguntó algo molesta la niña, mientras veía al chico buscar algo entre las malezas.

La niña de las pecas mostró fugazmente las manos sucias a su amiga, comprendiendo esta la trama. Rápidamente la niña se limpió sus manos, que quedaron sonrosadas y blancas como el primer día.

—¡Aquí es! —dijo el chico, mostrando una pequeña entrada en una cueva oscura.

—¡Está muy oscuro! —dijo temerosa María.

—¡Dentro hay mucha luz! —dijo el chico— ahora, tú, me tienes que dar la fruta dorada —dijo Federico dirigiéndose hacia la niña de las pecas rosas.

La niña asustada rápidamente pensó en otro trato que le permitiese encontrar un hada antes de ser descubierta su farsa.

—Todavía no hemos visto nada, ¿cómo sabemos nosotras que realmente esta cueva es donde encontraste un hada y no nos estás mintiendo?

El muchacho frunció el ceño y, tomando un pedazo de madera del suelo, hizo una pequeña antorcha con un trozo de tela de su pantalón, guiando a las muchachas hasta bien dentro de la cueva. Un olor a miel y jazmín inundaba aquel oscuro lugar, que muy débilmente se comenzó a iluminar por diminutas luciérnagas que habitaban en la gruta.

—¡Hace mucho frío! —dijo la pequeña María, mostrando un escalofrío.

—Es el agua —dijo el chico, mientras se abría camino entre ramas y charcos.

Conforme se adentraban hacia el interior, la luz se hacía más y más intensa, haciendo inservible cualquier linterna o antorcha.

—¡Es aquí! —concluyó finalmente el niño.

Un hermoso pantano de aguas tranquilas y cristalinas, junto a flores grandes y exóticas, cubrían aquel lugar de cuento.

—¿Y las hadas? —preguntó María.

—Son curiosas —sonrió el muchacho—, pronto vendrán.

El chico, habiéndose cumplido en el trato, extendió su mano para recoger parte del tesoro prometido.

—¡No! —gritó la niña de las pecas rosas, poniéndose terriblemente colorada — ¡Aquí no es el mejor sitio!

El chico se detuvo un momento y miró a las dos niñas muy serio.

—¡Mejor te lo daremos fuera de la cueva, Federico! —dijo la niña de las pecas rosas.

—¡De eso nada, se acabaron las exigencias! —dijo muy enfurecido el chico—¡tengo derecho a ver mi fruta de oro! ¡Y no voy a esperar más!

La niña de las pecas rosas, asustada, anduvo hacia atrás, sin darse cuenta que el lago está a su espalda, y cayó en él.

—¡Socorro, socorro! —gritó la niña asustada— ¡No sé nadar, ayudadme!

—¡Primero dame mi fruta! —dijo egoísta el muchacho sin pensar más que en él mismo.

La pequeña María no sabía nadar y lloraba desconsolada, sin poderla ayudar.

Mientras, la otra niña luchaba entre las frías aguas del lago por intentarse salvar, e introducía su pequeña mano en el delantal, extendiendo hacia fuera del lago la fruta dorada cuyo color había sido borrado por la brillante agua.

—¡Ayúdame, te lo ruego! —decía la muchacha con desespero.

El muchacho, al haberse sentido engañado por las dos muchachas, decidió no ayudarla, dejándola abandonada. La pequeña María, asustada, viendo cómo su amiga se hundía en el lago, lloró y rogó a quien le oyera que, por favor, ayudara a su amiga de las pecas rosadas.

Entonces ocurrió un milagro: apareció un arco iris que sacó del lago a la pequeña pecosa atrevida, que había retado a un muchacho muy malo.

Sus labios amoratados, y su cuerpo casi sin vida, fueron testigos de cómo dos imágenes de cuento le salvaban la vida.

—¡Gracias, muchas gracias! —dijo la pequeña María secándose las lágrimas— ¿Cómo compensaros por haberle salvado la vida a mi única y buena amiga?

Un centenar de pequeñas hadas verdes se agruparon volando arriba en el lago, chapurreando alguna cosa entre ellas. Y, al cabo de un segundo, un hada voló hasta María.

—Tu amigo se llevó a una de las nuestras! —dijo la pequeña hada con una vocecita muy débil— Tráela de vuelta.

—¡Lo haré! —contestó María poniéndose en pie— ¡No sé cómo, pero lo haré!

Secó sus lágrimas en las mangas y se puso de pie, rodeando con su brazo a su amiga de las pecas rosas.

—¡Toma esto! —dijo la pequeña hada entregándole a María una diminuta hoja verde enrollada.

—¿Qué es? —quiso saber María.

—Cuando estés junto a él, házselo ver —dijo la pequeña hada guiñándole el ojo.

María asintió con la cabeza, y salió de la cueva muy contenta, pues no sólo había visto a un centenar de hadas que le habían entregado un regalo, sino lo que era más importante sin duda para ella, la vida de su amiga la pecosa.

Recuperadas ya del susto las dos niñas, cumpliendo con la palabra prometida al hada, fueron en busca del niño. Llamaron a la puerta, pero allí nadie había; sólo se oía una pequeña vocécita, en lo más profundo de la vieja cabaña, de la que un fuerte y denso humo asomaba por la ancha chimenea.

Seguras las dos chicas de que nadie las había visto y ya a solas frente aquella casa, que no era otra que la de su ahora enemigo, abrieron una ventana que se encontraba entreabierta y se colaron por ella.

Siguieron la pequeña voz cantora hasta un almacén repleto de tazas, botes, botellas, viejos cacharros y latas vacías, donde una pequeña lucecita iluminaba una pequeña jaula fabricada en madera con barrotes de acero.

—¡Venimos a ayudarte! —le dijeron las dos niñas en voz muy baja al hada.

El hada sonrió, colocándose en la parte de atrás de la jaula.

—¿Sabes dónde guarda las llaves?

El hada les señaló un cajón pero, al abrirlo, la puerta donde las niñas estaban se abrió de golpe.

—¿Qué estáis haciendo aquí, mocosas? ¿Y tú, niña pecosa? —dijo el chico señalando a la niña muy furioso— ¿Cómo es que no te has ahogado en el lago?

María, sin mediar palabra, se acercó al niño abriendo su mano, haciéndole entrega de aquella diminuta hoja que el hada le había entregado.

—¡Bueno, veo que al menos tu amiga es más sensata, aunque no sé muy bien para qué querré yo una hoja tan diminuta!

El chico abrió la hoja por completo para verla más de cerca, y entonces ocurrió.

El muchacho comenzó a hacerse muy pequeño, tan pequeño que la misma hada era mucho más grande que él. La chica abrió rápidamente la jaula y el hada salió, descendiendo rápidamente hasta donde el muchacho estaba de pie, asustado, mirando a todos los lados. El hada lo tomó en sus manos, como él antes había hecho con ella.

—Dime, muchacho ¿cómo te sientes siendo tú ahora el extraño?

Las niñas cumplieron su palabra, llevando al hada y al niño nuevamente a la cueva embrujada.

—Gracias en nombre de las hadas —dijo la más anciana— Por fin tenemos de regreso a nuestra hada más querida.

Las niñas sonrieron, mirando con tristeza cómo el hada rescatada se alejaba con su enemigo.

—¿Debéis llevároslo? —preguntó dolorida la niña de las pecas rosas.

—Es su castigo —respondió la anciana hada— ¿Acaso vosotras no lo creéis así, que lo tiene merecido?

—¡Por supuesto que sí! —gritó María— pero creo que por fin aprendió la lección.

El hada, que al niño en sus manos llevaba, voló hasta donde la anciana hada estaba con las niñas; el niño, asustado, lloraba pidiendo perdón.

—¿Realmente perdonáis su pecado de traición? —dijo la anciana mirando a las dos.

—Sí, lo perdonamos —respondieron las dos.

El niño, poco a poco, creció y creció...

Recordando su juramento, nunca más volvería a coger un hada; se terminaron las mentiras, y buen amigo sin intereses creados sería.



Juan Carlos García del Blanco
www.qunb.blogspot.com

John y el milagro de la Navidad

Silvia Ochoa Ayensa

www.librovirtual.org/AUT0099

*Dedicado a todos aquellos niños que sueñan con que
un ángel baje y les cure su enfermedad. Especialmente dedicado a
aquellos niños que sufren leucemia.
Nunca dejéis de soñar.*

John era un niño de nueve años que vivía con sus padres en Murcia. Era hijo único. Era el niño mimado de la casa. Era el único nieto. Era, era... ¡Lo era todo! El joven siempre estaba sonriente y sus ojos brillaban al unísono con la luna. A John le encantaba imaginar y siempre que podía se evaporaba en mundos fantásticos, ya que su vida no le permitía hacer realidad sus sueños: contaba con una enfermedad muy grave que no le dejaba vislumbrar más allá del horizonte.

La leucemia es una enfermedad muy dura que no se cura si no es gracias a un donante de médula, pero para eso tienes que ser compatible cien por cien y por ahora no habían encontrado a nadie que lo fuera, aunque los médicos habían hecho pruebas a toda la familia.

Una mañana veraniega de julio, concretamente el día cuatro de dicho mes, los abuelos maternos del niño llegaron a Murcia con la intención de llevarse al pequeño al campo, para que respirase aire puro. Allí, en la lejanía de un pueblo abandonado, estaba la granja de los Estanislao. Una granja poblada de cabras, vacas, gallinas con sus respectivos gallos, cerdos, caballos, burros, ocas y muchos perros y gatos.

El gran guardián de la granja era Londis, un estupendo perro pastor que contaba con cierta mezcla de lobo. A pesar de llevar sangre de animal salvaje era un perro muy fiel y nada agresivo. Eso sí, si alguien intentaba acercarse con el fin de robar algún animal Londis enseñaba sus dientes con fiereza.

John marchó con sus abuelos y sus padres a la granja con el fin de pasar unos días al aire libre, aunque tendrían que mantener contacto con los médicos del hospital donde trataban al joven, por si aparecía algún donante que le devolviese la vida que tanto le faltaba.

El aire puro y el calorcito le vinieron muy bien a John ya que su tez, pálida por la enfermedad, cambió radicalmente gracias a ellos. El joven pronto hizo buenas migas con Londis, y el perro nunca se separaba de su vera. La casita donde habitaban los abuelos era muy acogedora. Tan sólo contaba con una planta, pero aún así el espacio entre la cocina, las habitaciones, el salón... estaba muy bien definido. Nada faltaba, nada sobraba. Toda la casa era de madera silvestre, construida especialmente por el abuelo del niño.

El salón estaba estupendamente alumbrado gracias a la gran chimenea de ascuas humeantes. Justo allí, en un rincón del salón, se mecía un gran sofá en el que John pasaba la mayoría del tiempo, ya que su enfermedad no le dejaba estar mucho de pie porque se mareaba continuamente. Las paredes estaban empapeladas con miles de cuadros, en los que figuraban recuerdos preciosos, de esos que obligatoriamente tienen que estar retratados. El mejor de todos era aquel en que la madre de John y sus padres se abrazaban sonrientes a pesar de que parecía, por sus vestiduras, que hacía mucho frío. Y es que no siempre hacía calor en la granja, el invierno era muy crudo.

Días después, cuando John estuvo un poco más fuerte tras el viaje, el abuelo lo llevó a una llanura donde se asentaban los animales. Como John no podía andar su abuelo, a pesar de los años, lo llevó a volandas sin pensárselo. Primero fueron a ver los caballos, que relinchaban de emoción al advertir que alguien se les acercaba. John quedó estupefacto al ver los ágiles movimientos de los caballos y por un momento soñó que cabalgaba por un gran campo de trigo verde junto con Mario, el gran semental. Seguidamente, el abuelo le llevó junto a los burros.

—¡John! ¿Ves estos burros? Son los únicos que quedan por las cercanías, porque están en peligro de

extinción— dijo el abuelo mientras sentaba al joven en el verde del prado.

—Vaya —dijo el joven, anonadado— Abuelo, ¿crees que algún día podré montar en un caballo o en un burro...?

—¿Quién te impide que lo hagas ahora mismo? —dijo el abuelo con una sonrisa agradable y tierna mientras montaba una silla en el regazo de un burro, al que llamaba Cariñoso.

—Creo que la enfermedad, abuelo. Los médicos dicen que estoy muy débil.

—Pamplinas de médicos, ¡no les hagas caso! Si quieres montar, monta. Si quieres soñar, sueña —dijo el abuelo, mientras se disponía a poner al joven sobre la montadura.

— ¡Gracias, abuelo, por estos momentos!

El abuelo no contestó al agradecimiento de forma verbal, pero sí le hizo una mueca simpática. John se sentía libre. Libre como un delfín mular. Libre como una mariposa. Libre como una hoja caída de un árbol. Simplemente libre de la enfermedad.

Tras dar un buen paseo John estaba fatigado, así que el abuelo lo desmontó y lo llevó hacia una hamaca larga, que se sujetaba gracias a dos cipreses enormes. Durante un buen rato el abuelo le contó la historia de aquellos cipreses, y John escuchó con atención. Poco después volvieron a casa con el fin de llevarse algo al estómago porque con aquel paseo les había entrado hambre. Hacía mucho tiempo que John no comía decentemente, porque casi no tenía ganas a causa de la enfermedad, pero aquel día se puso morado con los quesos curados del abuelo, con la leche recién ordeñada de las vacas y las cabras, las cuajadas, el pan recién horneado, el jamón y los chorizos caseros.

Los padres del John quedaron estupefactos con la mejora del joven y decidieron que aquel sitio era el mejor para vivir, así que allí permanecieron una temporada. Ver así a su hijo les hacía muy felices.

Llegó la Navidad con una gran nevada en el exterior, y la casa se llenó de adornos decorativos que John puso con la ayuda de su abuelo.

—John, ahora te toca a ti poner el ángel en el abeto, es la tradición— le dijo el abuelo.

—De acuerdo, abuelo —dijo John mientras el abuelo le aupaba con el fin de que llegase a la cima de aquel árbol azulado.

Ese momento fue muy emocionante y al abuelo se le cayó alguna que otra lagrimilla, al igual que a los padres y a la abuela del joven, que dejó por un momento de hacer la cena para ver a su nieto coronar el abeto con el ángel. Tras este momento cenaron junto a la chimenea humeante, sin prisas. Justo cuando terminaban de cenar vislumbraron por la ventana pequeños copos de nieve que caían desde un cielo rosado.

John no se lo pensó y decidió salir con el abuelo a la intemperie, para sentir la nieve caer en sus rostros. Sus padres estuvieron un poco reticentes, pero la ilusión del joven pudo con ellos. John se despezó con los copos y por un momento su mundo se paró, para quedarse impreso en su memoria como una gran bola de adorno, de esas que volteas y ves caer la nieve sobre una ciudad, aunque en este caso caía sobre la granja de los abuelos. Tras un rato de diversión, John volvió a casa y su abuela le proporcionó una manta para taparle y que no cogiese un resfriado. Antes de dormir la mamá del joven le dio un buen baño caliente en aquella bañera antigua que tantos recuerdos le traía de su propia niñez.

Después del baño John se metió en la cama con cierta emoción en su corazón, que palpitaba ansioso tras ese día lleno de sorpresas. Pero, antes de que el niño cerrase sus ojitos, la abuela se acercó a él, le dio un beso en la frente y le contó un cuento fantástico, de esos que tanto le gustaban a John, pero antes de que pudiera terminarlo ya se había quedado dormido.

Aquella noche algo maravilloso ocurrió en la granja, sin que nadie viera nada, aunque sí pudieron sentir algo especial en su interior.

Un ángel bajó desde el cielo, se acercó a John, lo besó y le acarició con sus alas mientras el joven soñaba con mundos fantásticos. La granja se iluminó durante varios minutos con una luz celestial, y los animales también lo sintieron y se alborotaron por completo. Aquel ángel tenía una misión: conseguir evaporar la enfermedad de John. Así lo hizo, y así consiguió que el resto de la vida de John tuviera un significado simbólico, un significado que solo él entendió.



Juan Carlos García del Blanco
www.qunb.blogspot.com

El muñeco de nieve (Invierno)

Manuel Ferrer

www.librovirtual.org/AUT0081

Aquella noche, en vista de cómo estaba el cielo, Leugim deseaba que a la mañana siguiente todo el pueblo y los campos amanecieran nevados. Su madre le había asegurado que una gran nevada era inminente. La luna se vislumbraba traslúcida tras el cielo encapotado de blanco grisáceo, y el frío era soportable. Miró atento a través de la ventana de su habitación para no perderse los primeros copos, hasta que se durmió.

Soñó que jugaba con sábanas blancas, limpias y frescas, con bolas gigantescas de nieve y que pisaba el crujiente manto níveo hundiendo sus pies hasta casi la rodilla. Imaginaba un muñeco de nieve como había visto en las ilustraciones de los cuentos, y que juntos, como inseparables amigos, disfrutaban de grandes aventuras en exóticos y lejanos territorios.

Aunque en el pueblo que vivía Leugim, en un valle rodeado de montañas muy altas y frondosas de amplios bosques de pinos, alcornos y abetos, nevar era muy frecuente.

Y en aquel sueño nocturno, de un invierno frío, cayó una copiosa nevada durante varios días que cubrió todos los campos, casas, calles y montañas, de tal manera que, cuando llegó la Navidad, el ambiente festivo y el entorno eran los más apropiados para la deseada llegada de los Reyes Magos.

Leugim no tenía muchos amigos, a lo sumo formaban una pandilla de cuatro traviesos compañeros de colegio, y siempre andaban por lugares inhóspitos y en solitario.

En las horas de descanso escolar disfrutaban jugando con la nieve arrojándose bolas y pisando los lugares que nadie todavía había mancillado. Eso sí le proporcionaba un verdadero placer: pisar la nieve limpia y virgen. Era como recorrer y descubrir nuevos territorios en mágicos países, y

dejar su huella y su bandera como posesión del nuevo descubrimiento.

Pero donde mejor disfrutaba de ella era vagando y caminando por el monte. Allí, los árboles frutales, desnudos de sus primaveras, en estado de hibernación; los pinos siempre con su hoja perenne; los sauces; los olivos; todos cubiertos de nieve. Las orillas del río, los caminos... todo. Le parecía maravilloso el blanco manto ofreciendo claridad incluso en la noche, y le encantaba caminar a esas horas; eso sí, siempre bien abrigado, con bufanda, guantes y el gorro de lana que le había tejido su madre.

Para el cinco de enero, por la noche, Leugim y sus compañeros fueron a presenciar la cabalgata por las calles del pueblo. Los tres Reyes Magos engalanados en ricos y majestuosos trajes con bordados dorados y de colores; los caballos adornados con riendas plateadas. Los pajes conduciendo los caballos y los asnos cargados con repletas cajas de juguetes envueltas en papel brillante de colores y lazos luminosos. Todos corrían tras la cabalgata para recoger, entre la nieve, los caramelos y peladillas que los Reyes Magos lanzaban contra la chiquillería.

Leugim, como todos los años, sólo recibió un juguete. Pero los que no tenía, se los inventaba. Esta vez fue un coche de color rojo; le daba cuerda y luego corría solo. Para él era una novedad y se divertía alegre y siempre en solitario.

Pasadas la cabalgata y las fiestas, Leugim regresó a la escuela. Fue doloroso y, al mismo tiempo, divertido. Porque de nuevo comenzó a nevar y los alrededores de la escuela, alejada del pueblo, y el espacio reservado para el recreo se cubrió de nieve abundante. ¡Mucha nieve!

Así que una mañana, aunque seguía nevando levemente, Leugim comenzó a fabricar un muñeco de nieve haciendo girar la bola, frente a la escuela. Al principio pequeña, pero fue creciendo poco a poco hasta que se hizo más grande. Llegó un momento en que no podía moverla, y entonces se acercó un compañero, Edu, y otro, y otro.

—¡Venga, ayudad todos! —gritaba Leugim.

Entre varios hicieron una gran bola, porque Leugim había decidido y anunciado que quería un muñeco muy grande, que se viera bien desde todos los puntos de las calles adyacentes.

Entre una mañana y una tarde, terminaron el muñeco. Como boca, Leugim alojó el tacón de un zapato de caballero, no muy grande, y el muñeco siempre estaba riéndose con la boca abierta. A todos les hizo mucha gracia. Dos botones negros de abrigo eran los ojos. Como nariz, el tubérculo rugoso y torcido de las raíces de caña, y hasta lo calzó con unos zapatos viejos que introdujo hasta la mitad bajo la nieve del muñeco.

En la bola central, la que parecía el pecho, simuló unos brazos y le dispuso una escoba de enea; y en la cabeza una boina. Y, por supuesto, los botones de la chaqueta como había visto en los cuentos y en los libros.

El muñeco había quedado casi perfecto. Hasta los profesores se habían alegrado de la idea, que había partido de una forma espontánea, y no permitieron que otros chicos tocaran y estropearan la obra. Así que Leugim estaba realmente contento por lo que había hecho, prácticamente, él solo.

Gracias a las heladas de los días siguientes cuando dejó de nevar, el muñeco se mantuvo entero durante mucho tiempo. Leugim le cuidaba y lo mimaba en atenciones como si estuviera vivo, manteniendo siempre que la nieve estuviera en perfectas condiciones.

En los momentos de descanso y a la hora del recreo, Leugim se aproximaba al muñeco y compartía con él sus aventuras y sentimientos. Le contaba cuentos, como «El árbol de Odín», o «La aventura del botijo» cuando se rompió, como si aquel tuviera la capacidad de hablar y responder, de entender su voz infantil. Con frecuencia se les veía a los dos en animada charla ante el asombro de los compañeros de clase que pensaban que Leugim se había vuelto loco, pues hablaba con el muñeco como si este tuviera vida propia. «Era su amigo», decía. El único que le escuchaba y atendía aceptando sus impresiones sobre los estudios o cuando cazaba pájaros en el río.

Pero las estaciones y los ciclos naturales no entienden de muñecos de nieve, y el sol tampoco. Irremisiblemente, la luz solar comenzó a calentar la nieve y el muñeco empezó a derretirse poco a poco. La cabeza se ladeaba, la nariz quedó torcida y la boca se desprendió, y ahora parecía un grotesco montón de nieve sin vida.

Para que el muñeco no desapareciera y mantenerlo vivo, Leugim, ingenioso, se fue a los alrededores de la escuela durante las horas de descanso y recreo, y recogía nieve en los lugares umbríos donde el sol no podía derretir la nieve, porque siempre estaba en sombra. Así que la dureza de la nieve, casi hielo, la transportaba hasta el muñeco y lo rellenaba, pacientemente, en aquellos lugares más expuestos al calor. Las manos se le quedaban rojas y heladas recomponiendo la nariz, la boca y todo aquello que se desprendía por los rayos del sol.

Lo mantuvo así durante bastante tiempo. Sus compañeros y profesores le aconsejaron que lo dejara, que abandonara la idea de mantenerlo en pie, que de todas formas el muñeco, más pronto que tarde, se derretiría igualmente y desaparecería. Era una tontería mantener algo a lo que le había llegado su hora. Pero Leugim no hacía caso y siguió rellenándolo de nieve y hablando con él.

—¡Leugim es tonto! —decían sus compañeros—
¡Leugim es tonto! ¡Leugim es tonto! ¡Habla con un muñeco!

La nieve desaparecía, y no había rastro de la misma en ninguna parte excepto la del muñeco. No sólo la nieve se evaporaba como las ilusiones que Leugim había puesto en él, también desapareció la boina y la escoba. Alguien, algún chico envidioso de otra clase, se las había llevado.

Para Leugim era una pena que el muñeco, su amigo, fuera muriendo lentamente. A veces, desde la escuela, y tras los grandes ventanales acristalados en esos días blanquecinos y tristes, contemplaba al pobre muñeco viendo como cada día era un poco menos. Su amigo se moría, se desvanecía en una triste agonía; era un moribundo al que la naturaleza consumía tan despacio que hasta le causaba dolor.

Ya no quedaba ninguna señal ni signo de lo que fue, mucho más pequeño, y menguando lentamente, lo que se hizo en su día.

Pero lo peor estaba por llegar. Para que el proceso natural del sol, calentando la nieve, no lo convirtiera en agua, Leugim le vistió con un viejo abrigo verde oscuro, pero esta vez le puso un sombrero de paja y la rama de un árbol. Y aguantó. Aguantó hasta que sucedió lo inevitable: la lluvia. Llegó la época de lluvias, y algunos días sin detenerse.

Contra eso, Leugim nada pudo hacer. Pensó en colocar un paraguas, pero sus compañeros se le reían con burla, y los profesores le aconsejaron, insistentemente, que abandonara la idea de mantener intacto el muñeco. ¡Sólo era un muñeco! Y había sido magnifico, sin embargo ya nada se podía hacer.

—¿Sólo un muñeco? ¡No! —contestó Leugim— ¡Es más que un muñeco! ¡Es mi amigo!

La idea de mantenerlo en pie era una utopía; sí, porque él había puesto en ese muñeco algo más que un sombrero, una escoba y unos zapatos viejos. Él había puesto ilusión, creación, vida. Él había hecho un amigo, un buen amigo. Por eso le rellenaba de nieve para que no muriera, para que no desapareciera, y le vestía para que estuviera siempre firme a su lado. No podía abandonarlo, a los amigos no se les abandona.

Ya a finales del invierno, no quedaba ni rastro del pobre muñeco; sólo los zapatos viejos en el suelo y el abrigo mugriento sobre un charco de agua, que un día recogió y arrojó a la basura. Su amigo imaginario había decidido ausentarse de su vida.

Mientras esto hacía, tristemente, tuvo la sensación de que había recibido una sabia lección: el valor de la amistad no se puede mantener con un muñeco de nieve.

Leugim comprendió que los amigos no se hacen al capricho de cada uno, para que te sirvan silenciosos tus órdenes y antojos; y que cuando se hace, desaparecen como se crearon hasta que dejan de interesarse por nosotros, hasta

que nos rechazan por el abuso indebido que hacemos de ellos y desaparecen.

Así que decidió buscar amigos permanentes, que sigan siempre juntos uno al lado de otro, aunque haya que ponerles abrigos para guarecerles del frío, sombreros para protegerles de la lluvia y zapatos para caminar con ellos, para hablar con ellos y que te respondan.

La luna no apareció esa noche tras el blanquecino cielo. Ocultaba su cara nívea y sus mágicos rayos no iluminaron su rostro adormecido. Se durmió pensando en el muñeco de nieve, en la visión de un amigo imaginario que, al menos durante la fantasía, compartió sus deseos y sus sueños.

Cuando despertó, el sueño lo recordaba tan real, que cuando llegó a la escuela su primera acción fue dirigir sus ojos al lugar donde debería estar el muñeco. No, no había nada, ni rastro de él.

Su amigo Sisco se acercó por la espalda y le dijo:

— El año que viene, si nieva, haremos otro muñeco, ¿eh?

Leugim se giro rápidamente, y pensó: «Luego no fue un sueño».

Moraleja: Mantener un sueño latente sustenta nuestra persistencia y nos hace fuertes ante los embates que desean derribarlo. Alimenta tus sueños para que no se diluyan.

Navidad

José Manuel López Martín

www.librovirtual.org/AUT0164

Cae blanca nieve
en mi ciudad,
las calles se adornan
de viva luz,
de calor especial,
que llena el corazón.

Hace frío en mi ciudad,
pero no cala en mí,
al ver a los niños soñar.

Cae blanca en mi ciudad,
y me ayuda a caminar,
entre tanto pesar.

Hoy es un día
que no podré olvidar,
por verte llegar,
por saber que aquí estarás,
que te tendré unos días,
a mi lado,
a mi lado,
por Navidad...



Alexandrina Pinto

www.librovirtual.org/AUT0013

Queridos Reyes Magos

José Ramón Marcos Sánchez

www.librovirtual.org/AUT0103

Queridos Reyes Magos:
todavía no he nacido,
y posiblemente no me conozcan,
pero como ustedes son mágicos
seguro que si les explico podrán saber quién soy.

El nombre que quieren ponerme es Abel,
creo que por mi abuelo materno,
que se fue con un tal señor Dios
cuando era muy joven
porque tenía algo malo que se llama SIDA.

Voy a nacer en un sitio
que le dicen Namibia.
Es un país que está en África
y, aunque no estoy seguro,
creo que África también está en el mundo,
por lo tanto espero que hayan oído hablar de él.

Es un sitio donde casi todas las personas deben portarse mal
porque les castigan con eso del SIDA
y tiene que venir el señor Dios a llevárselos.
Yo también lo tengo
y sé que es porque soy malo
y no sé cómo se hace eso de portarse bien.

Mi mamá sufre y llora mucho
porque sabe que a mí también me llevarán.

Bueno, sólo quería decirles
que yo quiero aprender a ser bueno,
para que mami sea feliz.
Y por eso quería pedirles

que si me podían quitar el castigo.
Yo les prometo que me esforzaré mucho
y que nunca les volveré a pedir nada.

De todas maneras,
a lo mejor no pueden hacerlo,
porque no me lo merezco.

Si no pudieran hablar con el señor Dios,
para que me levante el castigo,
les pediría que me lleven con Él.
A lo mejor así mi mamá dejaría de preocuparse por mí
y podría volver a sonreír.
Casi nunca lo hace,
pero se ve preciosa cuando se ríe
y yo creo que ella sí es buena.

Muchas gracias por atenderme
y ojalá puedan traerme lo que les pido.

Un beso muy grande,

Abel.

Sobre estrellas y Reyes

Marta Bolet

www.librovirtual.org/AUT0132

La pequeña estrellita lloraba con toda su alma. Durante los segundos que paraba de gritar, hipaba desesperadamente mientras buscaba fuerzas para volver a llorar. Su madre la mecía entre sus brazos mientras le cantaba para tranquilizarla, pero todo era inútil. Entonces, un cometa pasó raudo cerca de ellos iluminando la noche con su estela y la pequeña estrellita calló mientras lo miraba boquiabierta.

—¡Mamá! ¡Mamá! —gritó mientras lo señalaba con su dedo— ¿Qué es esto que corre tanto y que tiene una cola tan brillante?

—Es un cometa, hija mía. ¿Nunca te he contado su historia?

—No, mamá, nunca me la has contado. ¿Cómo es que él puede moverse? ¿Es que no está pegado al cielo como nosotras?

«Hace mucho tiempo —empezó a contar la madre—, en ese pequeño planeta tan azul llamado Tierra, vivían tres magos que eran los reyes de tres países pequeñitos. Un día, los tres vieron en una bola de cristal que, muy lejos de sus respectivos países, nacería un niño muy especial: el Hijo de Dios, dirían, que traería al mundo la paz, la esperanza y alejaría el dolor y el sufrimiento. Los tres Reyes, que se llamaban Melchor, Gaspar y Baltasar, como tenían mucho oro en los bolsillos y mucho tiempo libre para perder, decidieron cruzar medio mundo para llevarle a aquel niño regalos de sus lejanos países. Pero, durante el camino, cuando estaban en medio del desierto, hubo una terrible tormenta de arena y los tres Reyes se separaron de la caravana, perdiéndose. Arriba en el cielo, medio adormilada mientras esperaba que el sol se escondiera para poder brillar con fuerza, había una estrella cuya luz se veía incluso de día. El llanto de los tres Reyes

perdidos la despertó y, como no tenía otra cosa que hacer mientras esperaba el atardecer, decidió observarlos para ver qué hacían.

Eran curiosos, pensó mientras miraba, esos homrecitos tan pequeños como tres pequeñas manchas en mitad de un mantel. Pero como lloraban con tanto dolor y tan fuertemente, hubo un momento en que dejaron de hacerle gracia para pasar a darle lástima.

—¡Nos moriremos aquí! —gritaba Melchor tirándose de sus barbas blancas.

—¡Cuando nos encuentren seremos esqueletitos, con los huesos bien peladitos!— gritaba Gaspar, que siempre hablaba haciendo pareados.

—¡Ay, ay, ay! ¡Este sol nos va a quemar! —gritaba Baltasar.

—¡¡¡Tenemos seeeeeed!!! —gritaron todos a la vez.

Y seguían llorando y chillando desesperados, sin saber qué hacer.

Cuando se hizo de noche, la estrella, cansada ya de oírlos, les llamó.

—¡Hey, hey! ¡Vosotros! ¿Se puede saber qué os pasa, que no paráis de llorar?

Los Reyes, asustados, miraban a su alrededor pero no sabían de donde venía aquella voz.

—¡Aquí arriba, chicos! ¡Aquí, en el cielo!

—¡Anda, una estrella que habla! —exclamó Melchor.

—¿Se puede saber qué os pasa, que no me habéis dejado dormir en todo el día? —preguntó la estrella, más curiosa que irritada.

—Nos hemos perdido —dijo Gaspar—. La tormenta de arena nos ha separado de la caravana en la que viajábamos y ahora no sabemos hacia dónde ir.

—¿Y a dónde ibais? —preguntó la estrella.

—Hacia Belén.

—Pues no es tan difícil. Sólo tenéis que seguir recto hacia aquella estrella tan brillante que se ve en lo alto y...

—Espera, espera. ¿No sería más fácil si nos acompañaras? —dijo Gaspar.

La estrella se rió con ganas.

—¿Pero no ves que estoy pegada al cielo? No me puedo mover.

—¿Lo has intentado alguna vez? —le preguntó Melchor.

La estrella se quedó sorprendida. ¡Pues claro que no lo había intentado! ¿Por quién la tomaban? Las estrellas han de estar en el cielo, bien pegaditas, cualquiera sabe eso. ¡Siempre ha sido así! Pero entonces, una voz muy suave surgida de su corazón de fuego, le susurró: “¿Por qué no lo pruebas? Va, venga, no tengas miedo”.

—Pero ¿cómo se te ocurren estas cosas? ¿No ves que si me desengancho del cielo, me caeré?

El rey Melchor, que por edad era el que tenía más experiencia, se sentó en la arena con las piernas cruzadas y se puso a pensar. Mientras, Gaspar y Baltasar discutían con la estrella intentando convencerla para que probase a moverse.

—¡Que sí, que puedes moverte!

—¡Que no, que me caeré!

—¡Que no te caerás! ¿No ves que estás demasiado lejos de la Tierra para caerte?

—Si estoy tan lejos, ¿cómo es que podéis oír mi voz, eh? Anda, listo, contéstame a eso.

No supieron qué contestarle y, poco a poco, comenzaron a hacer pucheros de nuevo, imaginándose solos y

perdidos para siempre en aquel horrible desierto. Entonces, Melchor dio un grito y se puso en pie de un salto.

—¡Ostras, Melchor, no sabía que tuvieses tanta energía! —exclamó Baltasar. Recordaba perfectamente el día que iniciaron el viaje y las quejas de Melchor: “Soy demasiado viejo para estas cosas, si las piernas a duras penas me sostienen...”.

Melchor no hizo caso de la burla de Baltasar y le preguntó a la estrella:

—Si pudieses despegarte del cielo sin caerte, ¿nos acompañarías hasta Belén?

—Sí, pero eso es imposible. Todas las que lo han intentado, se han caído.

—Y si te digo que he encontrado una forma, ¿lo intentarías?

La estrella le miró con los ojos entrecerrados, desconfiada. ¿Quién se creía que era, este humano, que pensaba que podía cambiar algo que era como Dios así lo había decidido? Pero por otro lado...

—De acuerdo, si tú consigues hacerme volar, yo os guiaré hasta el mismo portal donde ha nacido este niño. Pero si no lo consigo, que sepas que haré todo lo posible por caer encima de tu cabeza y achicharrarte, ¿entendido?

—Entendido. ¡Gaspar! ¡Baltasar! ¡Dadme vuestras manos!

Los tres, cogiditos de las manos, daban la impresión de ser tres niños jugando al corro de la patata y que en cualquier momento empezarían a cantar. Pero, en lugar de eso, empezaron a hablar en una lengua muy rara que la estrella no había oído nunca ¡y las había oído todas, desde allí arriba! De repente, una gran fuerza se apoderó de ella haciéndola sentir ligera como el pan de bizcocho y, poco a poco, su cuerpo se fue desprendiendo de la tela de araña del cielo mientras le fue creciendo una cola hecha con polvo de hada.

—¡Ahora ya puedes volar, estrella! ¡Y nunca caerás al suelo!

La estrella cumplió su palabra y los guió hasta el portal donde había nacido Jesús. El Niño, feliz por su visita, agradeció a la estrella su valentía regalándole la sonrisa más dulce y maravillosa que nunca haya existido. La estrella se puso tan contenta, que empezó a saltar de alegría y a correr por todo el cielo. ¡Han pasado dos mil años y aún le dura!»



NinaR

www.librovirtual.org/AUT0039

Se acerca la Navidad

Rosario Bersabé Montes

www.librovirtual.org/AUT0188

La Navidad ya se acerca,
la Navidad ya se siente,
y rauda atraviesa el cielo
la hermosa estrella de Oriente,
la que anuncia el nacimiento
de Jesús en el pesebre.

Todos los niños del pueblo
hacen cola para verle
y admirar la comitiva
de los pajes y los Reyes.

Que ha nacido el niño Dios
y todos les traen presentes
los Reyes incienso y mirra
los pajes le traen aceite
para encender el candil
e iluminar el ambiente.

Los pastores traen corderos
y los cazadores liebres
y las mujeres pañales
y ramitas de laureles

Los niños le traen su amor
para que con él caliente
el frío de sus manitas
y la paja del pesebre.

Pedrito le trae la leña
y Manolito la enciende,
y Raquel le da sus guantes
y Julia le da su leche.

Pablo le regala un cuento
que quiere que se lo cuente
como si fuera una nana.
La Virgen, mientras, le duerme.

Y Samuel le ha regalado
su hermosa guitarra nueva.
Yolanda, las coordenadas
que figuran en su estrella.

Y Jonathan le ha traído
su lápiz y su libreta
y un corazoncito tierno
que está dibujado en ella.

Daniel le da su bufanda,
Said le trae su chaqueta,
Niara le da sus libros,
Nayan le da su cometa.

Y el niño Jesús dormido,
feliz y contento sueña
que los niños de este mundo
por Belén corren y juegan.

Que todos tienen amor
y que para todos llega
la salud, el pan y el agua,
los libros y las escuelas.

Una Navidad muy especial

José Gómez Muñoz

www.librovirtual.org/AUT0017

Hoy es ya veinticuatro de diciembre

Navidad. Felicidades de corazón de parte de él y mías. Me acabo de levantar ahora mismo y lo primero que he hecho ha sido mirar a ver si han llegado nuevas tuyas. No ha llegado nada. En estos momentos quisiera irme a la pradera a ver a Sinombre porque esta noche me he acordado de él. De los dos: de ti y de él. No he dormido nada en toda la noche pensando en vosotros y por eso quisiera irme a la pradera ahora. Pero voy a esperar hasta media mañana a ver si mientras tanto vienen noticias nuevas. Se lo llevaré corriendo y mientras lo leemos ya me paso el rato con él y veo cómo está. La melancolía que ayer por la tarde vi en él me ha preocupado. Nunca en mi vida he visto a un burro llorar por el cariño de un ser humano, y también es la primera vez que veo a Sinombre tan apenado. Y yo sé que es por mí y por ti.

Cuando me lo regaló el pastor, tardé un par de días en llegar desde su cortijo a este campus universitario donde ahora vive. A lo largo de ese tiempo viviendo juntos, él se empapó hasta lo más hondo de su corazón del cariño que en mi alma hay. Me vio rezar por ti y contarte todas las cosas y sentimientos en cada momento. Ya desde aquellos días, dispuso en su corazón que para mí deseará siempre lo mejor. Me di cuenta de esto y por eso yo también y, desde aquellos días, deseo para él lo mejor. Por eso ahora sé que su pena en parte es porque sabe que yo lo estoy pasando mal. Y mi pena también, y en parte es porque yo sé que él lo está pasando mal. Es una preocupación mutua por el deseo de querer cada uno lo mejor para el otro, y por eso sufre cada vez que descubre que no llega ninguna carta tuya. Sabe que con una simple carta todo volvería a ser resplandeciente y por eso te considera importante. Entre nosotros, eres la más importante

porque tienes en tus manos la posibilidad de regalar dicha y hacer feliz y lo contrario. Y lo contrario es lo que no entiende Sinombre, y sufre por ti y por mí y porque no le expreses tu amistad. Él no comprende que los humanos seamos capaces de tratarnos de este modo porque sabe que no es bueno y produce dolor y por eso tiene pena.

Son ya las nueve y media de la mañana. Vuelvo a mirar a ver si ha llegado algún mensaje. La respuesta a la felicitación que anoche te mandé. No ha llegado nada. Miro por la ventana y lo busco entre los pinos. No lo veo pero sí descubro a las tres hijas del jardinero. Suben por la ladera y van a su encuentro. Estas tres niñas lo quieren mucho. La que más lo quiere es Lucía, la rubia alta, de pelo corto, ojos castaños y tierna como ninguna niña en este mundo. Ella es la que siempre peina y perfuma a Sinombre, mientras lo acaricia y le canta canciones como:

*Burro blanco de algodón
y tierno como la nata,
eres mi amigo mejor.
Si tuvieras alas,
contigo me iría al sol.*

Yo sé que Sinombre se da cuenta del cariño que la niña le regala y por eso siempre se está quietecico cuando lo peina y lo perfuma. De vez en cuando trae de su colegio algún dibujo que se lo regala, y a mí también. Su hermana Caty, la segunda de las hijas del jardinero, es menos romántica y cariñosa pero tiene un corazón de oro. Caty es alta, con pelo y ojos negros como una noche sin luna, y es la que siempre le trae a Sinombre grandes manojos de hierba fresca. La hierba que su padre el jardinero arranca de los rosales, las lilas, los jazmines, narcisos y tulipanes del jardín. Esta hierba su padre se la guarda en montoncitos y ella la recoge y se la trae a Sinombre para que coma y esté gordo y sano. Lo quiere y el burro a ella también porque me doy cuenta.

Pero la más mimosa de las tres niñas amigas de Sinombre es Mary, la rubia de pelo largo, ojos azules como el

mar y regordita pero guapa como ella sola. Mary parece una muñeca de caramelo cuando lleva suelto su pelo rubio y largo hasta la cintura. Y es todavía más muñeca cuando se pone a trabarle flores a Sinombre por todas las partes de su cuerpo. Hace manojitos de violetas y con una brizna de hierba se las engancha por las orejas, por el lomo, en la barriga, por la cola... también le pone ramos de narcisos, rosas, flores de romero y tulipanes. Pero a ella le gustan las violetas. Sigo mirando por mi ventana y veo a las tres niñas que avanzan por la pradera en busca de Sinombre. ¡Me están entrando unos deseos de irme para allá! Pero voy a esperar hasta media mañana a ver si mientras tanto llega algún mensaje. Voy a mirar, que ya son las diez.

Otra vez ha salido el letrero de «Ningún mensaje nuevo». Lo siento mucho. Volveré a mirar a las doce y mientras tanto voy a ir a misa, a rezar para que llegue un mensaje y se nos espabile el alma en un día como el de hoy, y luego cogeré unas cuantas naranjas mandarinas para llevárselas a Sinombre. Vuelvo enseguida. Y he vuelto en un periquete. Con un par de naranjas y con el deseo de mirar a ver si hay mensajes. Ni por esas. Me levanto y salgo de la habitación algo triste. Recorro el pinar y, antes de llegar, ya lo veo. Sigue acostado cerca de la roca pero ahora frente al sol de la mañana. La temperatura es baja, seis grados, el cielo brilla con un azul intenso y luce un sol de lujo. Como si se calentara con estos rayos del sol, Sinombre se acurruca contra la roca. Las niñas se han ido pero por delante de su cabeza han dejado un buen montón de hierba fresca.

Entre las patas y en la barriga, al calorcito de sus pelos brillantes, se acurrucan los dos gatos que también comparten la pradera con Sinombre. Uno es color ámbar blanco y el otro gris plateado y los dos son mansos. Lo he saludado con una caricia sobre su frente y me ha mirado. He leído en sus miradas y ya sé que no está bien. No le falta de nada en esta pradera con hierba fresca, agua cristalinas en la fuente de los nenúfares, sol puro, silencio, niñas que juegan con él, las ardillas correteando entre las ramas de los pinos, dos gatos

que se calientan entre los pelos de su barriga y un sol precioso en la mañana de Navidad. Lo tiene todo pero su corazón está triste. Y los estudiantes de la universidad, los que siempre se meten con él para humillarlo y despreciarlo, hoy están de vacaciones. El campus universitario esta mañana es un mar de silencio. Pero Sinombre tiene un dolor por dentro que no lo deja vivir. Me ha preguntado: «Ha escrito nuestra amiga?».

La única respuesta que puedo darle sé que le va a doler. Ayer lloró desconsolado pero no le puedo mentir ni siquiera con una de esas mentiras piadosas que a veces usamos los humanos. No lo puedo engañar porque para él y para mí la única realidad de nuestras vidas es la sinceridad. No tenemos más en este mundo aunque aparentemente parezca que lo tenemos todo. Sólo la sinceridad y nuestros corazones llenos de cariño por ti. Por eso le he dicho:

—¡Lo siento, pero no ha escrito!

Ha seguido con su hocico apoyado sobre el fresco manojito de hierba que le ha traído Caty. No ha llorado. Tampoco se ha movido ni ha dicho nada. Como si estuviera rezando porque no entiende pero sí siente pena. Intento comprenderlo pero no sé qué hacer. Y en el fondo me digo que es tremendo. Me asombro de los sentimientos que un ser no humano, en este caso un burro, puede tener. Más sentimientos y corazón que muchos humanos, y esto es tremendo. Lo miro y sé que me sobran todas las palabras. No hay palabras ni hacen falta porque aquí ahora mismo lo que reluce es el amor. Un volcán de amor atravesado por una pena que no tiene nombre ni se justifica.

La noche de Navidad

Después de la Misa del Gallo, salgo y me voy con él. He pensado que a lo mejor le podría llevar algunos mantecados. Algunos dulces de los que por Navidad todo el mundo tiene en sus casas. Pero no se los llevo. A Sinombre lo

que más le gusta es la hierba fresca y el agua limpia de la Fuente de los Nenúfares. Las naranjas mandarinas son para él como una golosina pero tampoco se vuelve loco por ellas. No le llevo nada de las cosas que en la noche de Navidad todo el mundo come en sus casas. Al menos todo el mundo de este país donde Sinombre y yo vivimos. Sólo le llevo mi amistad y lo que no se espera. Tampoco me lo esperaba yo y ahora mismo lo tengo en el bolsillo.

Son ya casi las doce de la noche de este veinticuatro de diciembre. No hay nubes en el cielo pero sí hace frío. Está helando. La hierba de la pradera, la que no cae debajo de los pinos, está blanca por la escarcha. Me lo encuentro acostado junto al tronco de la vieja encina. Al llegar me mira y lo primero que le digo es:

—Hace falta una lumbre. Ahora mismo lo preparo todo y la enciendo. Y anímate porque tengo buenas noticias. En cuanto la lumbre eche llamas nos arrimamos a su calor y, mientras la noche corre, calentamos el cuerpo y el alma y nos damos compañía.

Parece que estas palabras le han animado. Preparo la leña, enciendo las ramas más delgadas y secas y en cuanto las llamas empiezan sus danzas bailarinas sobre la densa oscuridad de la noche se viene conmigo. Se acuesta por el lado de arriba y sobre su blandica barriga me recuesto. No pronunciamos palabras en un buen rato. Miramos a las llamas y gozamos del silencio que hay a nuestro alrededor. Por la ciudad sobre la amplia vega se oyen los petardos típicos de esta noche y brillan las luces de la clásica iluminación de Navidad en las calles y pueblos de este país. Meditamos y los dos sabemos que en nuestros corazones estás, así como otros amigos que también tenemos lejos. No me pregunta pero adivino que se pregunta: «¿Dónde estarás en este momento y qué vivirás?». Es casi lo mismo que me inquiero yo.

Ya que nos hemos calentado un poco y la noche ha avanzado casi hasta la una o más, como no duerme ni yo tampoco, le digo:

—Ha escrito. Cuando hoy me fui y te dejé con tu pena en esta pradera, al llegar, me encontré su carta. Te la voy a leer y si quieres no digas nada ni ahora ni luego. Quizás es lo que más te apetece: no decir nada y dejar que la noche transcurra mientras el corazón recapacita lo que tiene que meditar. Te leo su carta, que trae un apartado especial para ti. Dice así:

¡Buenos días! Perdonadme por esa carta que os iba a enviar, pero es que estamos en unas fechas críticas y no hay mucho tiempo. Estamos siempre aquí preparando cosas para no dejarlas para el último momento y estamos siempre liadillos. Hoy por ejemplo nos toca hacer unas compras y unas tartas para algunos días de estas vacaciones. La primera es para mañana. Así que hay que ponerse las pilas ya. Y entre eso, los regalos, envolver, adornar las bandejas con cosas ricas de Navidad y toda la historia, estamos de tiempo un poco mal.

Por cierto, antes de nada, ¡feliz día de Nochebuena! Si es que se puede felicitar así. ¿Qué haréis vosotros? ¿Los de la facultad estáis juntos estas fechas o está cada uno en su casa por Navidad con la familia? ¿Tú no vas con tu familia? Por cierto, nunca me has hablado de ella, ni si tienes hermanos ni nada de eso. Bueno, no entro en detalles, cuéntame lo que quieras, yo no voy a presionarte ni a hurgar, sin permiso, en algunas partes de tu vida.

Me gustó mucho el sueño de Sinombre. Era precioso. Anda que no me gustaría a mí ir en esa carroza y que me enseñara todos esos lugares. Pero claro, sólo era un sueño y eso es imposible cumplirlo. No porque sea un burro, sino porque ningún animal puede volar, a no ser que se trate de un ave. Y menos a la luna. Es sólo un sueño que tan sólo en el mundo de la fantasía y la imaginación puede cumplirse. Así que habrá que ir allí para cumplirle su deseo. Dile de mi parte que encantada habría ido con él. Y que ese sueño no terminó ahí. Siempre continúa cuando nosotros lo retomamos aunque sea en nuestros pensamientos. Así que, si quiere, que se imagine cómo termina el sueño y que luego me lo cuente. ¿Vale?

¿Cuáles son tus planes para hoy? ¿Qué vas a hacer? ¿Habrá regalos estas fechas? ¿Le regalarás algo a alguien? Yo sí, tengo un regalo para cada miembro de la familia. Para cada uno de mis hermanos y para mi abuela un jarrón ovalado que dentro contiene tierra de colores y piedras de colores con tres tipos de cactus así en miniatura. Queda bien de decoración. Y están vivos. Para mi madre una «mini pimmer» o algo así. Para que te hagas una idea, es un robot de cocina. Para mi padre un ratón óptico e inalámbrico, porque siempre se queja del que hay en su ordenador. Y para mi novio unos altavoces para su ordenador.

¿Qué harás esta noche? ¿Con quién cenarás? Nosotros nos juntamos los cuatro: mis padres, mi abuela y yo. Y comeremos lo de siempre. El famoso pavo de Nochebuena. ¿Tú también vas a comer pavo? ¿O comerás otra cosa? Y en Nochevieja, ¿qué harás? Nosotros cenar, comernos las uvas y felicitar a todos los que podamos. Y después a salir de marcha. Bueno, la verdad es que es curioso, porque siempre digo que salgo de marcha, pero luego no es así. Al final acabo dándome una vuelta por el paseo marítimo, por la rambla... pero no llego a meterme en ningún local de baile. No es que no me guste bailar. Todo lo contrario, me encanta. Pero en esas fechas están todos los locales abarrotados. No cabe ni un alma y te agobias. La música es siempre la misma, ese bacalao o pachangueo de toda la vida y encima la ponen más alta que el sonido de las películas del cine. Yo no le veo mucho de especial a eso. Pero la gente va, porque es lo tradicional. Lo que hace la mayoría, así que tendremos que ir. Seguramente es lo que haremos. Nos juntaremos con la hermana de mi novio y con su chico y nos iremos a algún pub. Lo malo es que hay que pagar, y si lo haces, mejor no salgas en toda la noche de ahí, porque pagar diez mil pesetas o más por un par de horas, para eso no te metes. Y tampoco te vas a quedar en la casa o en la calle aburrido sin saber qué hacer. ¡Que es Nochevieja! Y todo el mundo lo está celebrando por lo alto. ¿Por qué nosotros no vamos a hacer lo mismo? Así que tocaré eso.

Y bueno, esos son más o menos los planes para estos días. Ahora me tengo que ir a comprar unas cosas con mi madre y a

ver si hacemos algunas tartas y a comprar un movilete. Venga, te dejo que me reclaman.

Besos y saludos a los dos. ¡FELICES FIESTAS!

Al amanecer en este día veinticinco

En este tan singular día nos despierta el canto de los mirlos. Es raro porque los mirlos cantan en primavera pero ahora en invierno no es normal. Pero nos despiertan los mirlos con su melódico canto aflautado. La barriga de Sinombre es una buena almohada, calentita y blandica. Sobre ella tengo mi cabeza y parte de mi cuerpo. Tal como estoy miro y lo veo con su cabeza apoyada sobre la roca. ¿Se habrá enterado de la carta que le he leído hace un rato? La tuya del día veinticuatro. Esto me pregunto mientras lo dejo un poco más que descansa. La lumbre casi se ha apagado y hace frío. La hierba amanece blanca de escachar y el poco aire que corre parece hielo de tan frío. Sobre la almohada de su barriga me quedo recostado gustando los colores del nuevo amanecer armonizados por el canto de los mirlos, el cacareo de las urracas y el juego de las ardillas mirando desde los pinos. Parece que el ruido en la ciudad, el jolgorio de la gente celebrando la Navidad, ya no es tanto. Parece que con el nuevo día se han ido a dormir y ahora la ciudad se despierta con una cara desconocida y un silencio extraño. Y me pregunto: ¿en este día de Navidad habrá alguien en la Tierra que como yo se despierte recostado sobre la barriga de un burro, en medio de una pradera de hierba y entre pinos? Creo que nadie más que nosotros y por eso me digo que esto nuestro no es el mundo normal. Pero somos felices y creo que Dios nos abraza.

En cuanto sale el sol me pongo sobre la roca y saludo al nuevo día elevando una oración al cielo en acción de gracias. Y le pido a Dios por él y por ti. Pero desde la roca descubro que por las avenidas de este campus universitario hay muchas cosas rotas. Veo que casi todas las papeleras están rotas, algunas farolas y los cristales en la parada de los autobuses.

Se lo digo a Sinombre y mientras lo dejo que se levante a su aire y cuando quiere me voy para la Fuente de los Nenúfares y me lavo la cara. Bebo luego y después me voy a la huerta a saborear un par de naranjas mandarinas. Este es mi desayuno en el especial día de Navidad. ¿Qué has desayunado tú? A media mañana vuelvo otra vez con él y le llevo un pequeño trozo de turrón. Mientras nos lo comemos a medias, emprendemos una pequeña marcha hacia el Puntal de los Almendros de troncos retorcidos. Es otro de los rincones en la pradera de este borriquillo y queda entre las facultades, cerca de la residencia de los alumnos universitarios, por encima del viejo monasterio y frente por completo a la gran vega por donde se derrama la ciudad. Este rincón de los almendros da buena hierba pero Sinombre no quiere venir a él cuando los alumnos universitarios tienen clase. Cerca pasan continuamente y siempre le dicen algo en plan mofa y con desprecio. Los alumnos universitarios tendrán mucha cultura porque estudian carreras pero se meten con este noble animal y con las ardillas diciéndoles palabrotas y tirándoles piedras. A Sinombre le duele y por eso no quiere venir a este lado de la pradera cuando ellos tienen clase. Ahora están de vacaciones de Navidad y hay mucha paz.

Le digo:

—Un bocadillo me he traído para quedarme contigo todo el día. Este será nuestro día de Navidad tan especial. Como si no fuéramos de este mundo y por eso al margen del jolgorio y los tinglados de las personas del mundo y en otro silencio. ¿Cómo lo ves?

No me dice nada. Creo que sigue dolido. Con su dolor un tanto misterioso pero dolido y parece que le cuesta remontarse. Le pregunto:

—¿Qué estará haciendo ella hoy? ¿Cómo habrá pasado la Nochebuena? ¿Nos escribirá y nos lo dirá? Por cierto: ¿te leí anoche su carta, la que nos escribió el mismo día de

Nochebuena, y no me has dicho nada? Es bonita y nos cuenta muchas cosas.

Me mira y se va a la hierba que hay entre los almendros. El sol le da en el lomo y sus pelos plateados brillan como si estuvieran recién lavados. Le vuelvo a decir:

—Y en su preciosa carta dice que le gustaría que siguieras soñando con ella para que ese sueño tan bello que tuviste aquella noche llegara a un fin. Porque es normal que todos los sueños tengan un fin. El tuyo tiene que tenerlo y se lo tenemos que contar. Ella nos ha felicitado por Navidad y hasta nos manda un beso para los dos. ¿Qué me dices?

Y no dice nada. Está dolido. Sinombre no es rencoroso ni se enfada con las personas por más cosas que las personas le hagan o digan pero él hoy tiene un dolor interno que parece le cuesta superar. De nuevo le digo:

—Le voy a escribir y le contaré cómo ha sido nuestra particular Nochebuena y este especial día de Navidad. Le diré que la hemos recordado, que en estos momentos también la recordamos. Que no tenemos nada que regalarle porque somos pobres. Sólo naranjas mandarinas tenemos, una fuente con agua clara de manantial, ardillas que corren por la pradera donde comes hierba, los mirlos que nos cantan al amanecer y nada más. Praderas con hierba fina, almendros, silencio, el cielo azul y aire puro. Y eso sí, tenemos mucha soledad. Sólo los dos frente a la gran ciudad de Granada en este día tan especial y sin nadie que nos felicite ni nos regale cosas. Le diré esto y también que la queremos y que tú no la olvidas. ¿Te parece bien?

Veintitrés de diciembre (Cuento de Navidad)

Federico Fayerman

www.librovirtual.org/AUT0175

Mis primeros recuerdos me sitúan con siete años en el muelle abarrotado de un puerto de mar; me hablan de gritos, carreras, empujones; me traen la imagen de mi madre agarrándome con fuerza de la mano, tirando de mí y a la vez de ella misma.

Tropiezo continuamente con el adoquinado y cada vez que lo hago mi madre me aprieta la mano con más fuerza. A veces finjo que tropiezo sólo para notar su presión protectora.

Ella no se da cuenta porque el dolor que siente le impide pensar. Tiene los ojos colmados de lágrimas y fijos en el barco anclado al final del embarcadero.

El barco es negro y me parece muy largo y estrecho, con una chimenea enmohecida en el centro. Tiene grúas delante y detrás y sus anclas son como enormes pendientes de mujer.

Mi madre me abraza, me besa una y otra vez, me hace daño de tanto apretujarme y cuando subo por la empinada rampa de madera me vuelvo y la veo, arrodillada en el suelo encharcado. Después se me desvanece entre una marea humana que empuja.

Antonia es una mujer de unos cuarenta años. Es viuda desde hace diez, es morena, con algunas canas y bastantes curvas disimuladas bajo una bata rosa de estar por casa. Tiene unos grandes ojos castaños aunque su mirada triste hace que parezcan más pequeños. Mientras me sirve una taza de té, sentados en el sofá granate del salón de su casa, noto su pulso alterado a través del tintineo de la taza contra el plato cuando me lo ofrece. Bebemos a pequeños sorbos. Me gusta Antonia. Trato de imaginar cómo sería mi vida con ella, olvidándome de la soledad pasada, sintiéndome querido por fin. Quizás ella está pensando lo mismo, porque me observa callada y muy seria mientras hablo. En realidad está callada casi desde que llegué a su casa hace algunas horas.

—Cuando llegamos a Leningrado —sigo con mi monólogo—, era noche cerrada. Las calles estaban cubiertas de nieve helada y se me hacía muy difícil caminar y mantenerme de pie. Formábamos una larguísima fila de niños tiritando y resbalando a cada instante como si fuéramos inestables fichas de dominó.

Le cuento mi vida en Rusia y posteriormente en Cuba. Le cuento que el recuerdo de mis padres, a través de una vieja fotografía cuarteada por el paso de los años, es una de las pocas cosas que me han mantenido ilusionado con un retorno a mis raíces. Le explico que la dirección anotada al dorso de la fotografía es lo que me ha permitido llegar a su casa. Antonia habla por fin y me cuenta que mis padres estuvieron escondidos aquí nada más acabar la guerra. Que un año antes, en el treinta y ocho, decidieron enviarme a Rusia hasta que la contienda terminara; que según su madre, que fue quien les ocultó, no volvió a saber nada de ellos; que antes de partir dejaron una maleta no sabe con qué contenido, pues nunca la abrieron. Y que esa maleta todavía está en el mismo sitio donde la guardaron.

La noticia me devuelve mucha de la ilusión perdida durante casi cuarenta años en soledad. Buscamos en las estanterías del pequeño aseo que hace también las veces de trastero hasta encontrarla. Subida en lo alto de la escalera, Antonia me mira y me sonríe. Coge la maleta y me la da. También un montón de cartas sin abrir. Llevo la maleta casi a rastras hasta el salón. Es pesada incluso para un hombre fuerte como yo. La dejo sobre la alfombra, desato la correa que la bloquea y la abro.

Seguimos conversando durante varias horas más, hasta que se hace de noche. Entonces me levanto despacio, como si me costara dar ese paso y la beso con timidez en la mejilla. Guardo las cartas en la maleta, la cojo y me dirijo a la puerta de la calle.

En el descansillo me vuelvo una vez más hacia ella tratando de esbozar una sonrisa, que más que una sonrisa es una mueca de infinita tristeza. Bajo la mirada al suelo y

desaparezco tras el recodo de la escalera. Antonia se asoma por el hueco y me grita:

—¡Mañana es Nochebuena y mi mesa estará vacía. Me gustaría que vinieras a cenar conmigo! —Luego baja la voz.— Si tú quieres.



Ana Cristina Martín
anacrus.wordpress.com

Eres un gran mago

Paquita Dipego

Toma, te regalo unos abrazos,
¡huy!, mi perro, ¡qué travieso!,
se los llevó envueltos en la boca.

No te preocupes, mi niño,
tengo besos,
¡tantos y tantos para dartel!,
que ya puedes ir llenando la maleta.

¿Nos vamos juntos a la luna?
Hay una estrella
muy brillante,
que es más bonita que ninguna.

Ponle un nombre... ¿ya está?
Esa será nuestra estrella,
la tuya y la mía.

Y ahora dame tu mano,
necesito que me enseñes el camino,
soy una niña todavía,
y me ha dicho un pajarito
que tú eres un gran mago.



Miguel Ángel Martínez Álvarez
www.graficpro.com

Te contaré qué es la Navidad

Belén Arteaga García (11 años)

Todo sucedió una tarde del día veinticuatro de diciembre. ¡Todos los niños deseaban que llegase el día siguiente!

Jorge, un niño de siete años, quería hacer la carta de Papá Noel pidiendo un montón de regalos. Sus padres le advirtieron de que, si pedía muchas cosas y abusaba de ese día tan especial, Papá Noel no le traería nada.

El niño, pensando en ello, le dijo a su madre:

—Mamá...

—¿Qué quieres, Jorge? —preguntó su madre.

—¿Es verdad que si pides muchas, muchas cosas, Papá Noel no te traerá nada, sólo carbón?

Antes de que la madre pudiera decir nada, su abuelo le dijo:

—Jorge, ven aquí y te contaré una historia sobre lo que es la auténtica Navidad...

Jorge se puso sobre las rodillas de su abuelo, y este comenzó a contarle la historia:

—Primero, te explicaré quién es Papá Noel. Papá Noel era un anciano que siempre iba con un hábito rojo. Todos los veinticinco de diciembre de todos los años repartía juguetes a todos los niños pobres. Y, desde entonces, dicen que cada veinticinco de diciembre su espíritu va por todas las casa del mundo a entregar juguetes a los niños que se portan bien.

El abuelo hizo una pausa y luego continuó:

—Bien, Jorge, ahora te cuento lo que es la Navidad:
¿Sabes la historia de cómo empezó?
Jorge negó con la cabeza.

—Vale, pues te lo cuento: la Navidad empezó como una celebración del nacimiento de Jesús, pero según van pasando los años la gente en esta época sólo piensa en el árbol, los juguetes, los adornos y las rebajas. Y la auténtica Navidad sólo era eso, celebrar el nacimiento de Jesús, sin tener que decorar las casas, sin gastarnos tanto dinero en tan poco tiempo. La Navidad sólo consiste en pasarlo bien con nuestra familia, celebrando la llegada del Niño Dios. Pero dime una cosa, Jorge: cuando tú celebras la Navidad, ¿crees que hay mucha gente en el mundo que se da cuenta de que lo único importante es el nacimiento de Jesús y la celebración de su «cumpleaños»?

Jorge, mirando al suelo, respondió que en esas fechas todos los niños, incluido él mismo, sólo se fijaban en los regalos. Su abuelo le dijo:

—No abuses tanto de Papá Noel el día veinticinco de diciembre y haz todo lo que puedas por pasártelo muy bien sin regalos. Piensa que hay niños que necesitan mucho más otras cosas.

Jorge se fue a dormir y, al despertar al día siguiente, vio que en el árbol de Navidad había una carta, que decía:

«Jorge, has aprendido la lección del espíritu navideño. Y, por eso, te traigo el mejor regalo que puedas tener: la amistad».

Jorge vio que había una caja gigante en el árbol. La abrió y encontró en su interior un cachorrito pequeñito, con un collar con el mensaje: «Toy, tu mejor amigo».

Jorge y su familia se pusieron muy contentos y celebraron ese día tan especial que es la Navidad... como debe celebrarse.

El errante

Antonio Constán Nava

www.librovirtual.org/AUT0141

La lluvia salpicaba en el suelo como un llanto salado derramándose por las mejillas hasta caer hacia un pecho compungido. El cielo, negro desde hacía varios días, no había dejado de descargar relámpagos y truenos durante toda la noche, y con cada estruendo, la tierra temblaba a punto de partirse en dos. Y arrastrándose entre los recodos de las montañas, el eco de estos devoraba a su paso cualquier otro sonido que intentase calmarlos. El cielo no daba tregua.

Los animales, apretujados entre sí en el corral, miraban de reojo al inclemente cielo y, de vez en cuando, los ladridos de los perros más bravos del pueblo intentaban confundirse con el ruido ensordecedor de los truenos, hasta que cesaban en su ladrar y apresuraban sus patas para resguardarse debajo de las ruedas de algún carro, asustados por la fuerza titánica de aquellos.

Los días siguientes todo siguió igual. No parecía que fuera a cambiar el temporal esos días de Navidad. Estaban en época de nieves y lluvias, y los lugareños ya sabían lo que tocaba. Los niños se quedaban dentro de las casas, ayudando a sus madres en lo que estas les pedían si sus juegos acababan en peleas juveniles; aunque la mayor parte del tiempo permanecían cerca del fuego o mirando caer el agua, deseando que dejara de diluviar para poder salir a correr detrás de las gallinas o incordiar a los gatos, tirándolos a la charca que había detrás de las casas.

Los no tan jóvenes iban y venían a lo largo de los corrales, resguardándose como podían bajo los marcos de las portadas y de las canaleras de los tejados, llenando de heno y de paja los pesebres, calados hasta los huesos y trabajando lo más rápido posible, sabedores de que una casa caliente los esperaba para entrar en calor, a pesar de que siempre había un encargo más por hacer de parte de sus padres. Y los había.

Pero los que no podían descansar eran los mayores. Puesta la leña a salvo de la lluvia bajo una techumbre improvisada de madera, habían pasado de nuevo a acomodar a todos los animales para que estuviesen a salvo del agua. Algunos de ellos se habían aventurado a ir al pueblo por algunos enseres que les hacían falta y acababan de regresar, llenos de barro y cansancio, entumecidos por el frío húmedo. Y otros se afanaban en sacrificar algunos animales para poder tener carne que llevar a la boca en los días venideros. Sobre todo, en la cena de Nochevieja.

Así, a pesar del mal tiempo, la aldea no estaba inactiva. Aunque pronto lo estaría.

Los largos días de Navidad invitaban a no salir de casa en aquellas latitudes, y había que aprovechar estos días en preparar todo para resistir el duro invierno que vendría tras Año Nuevo.

Después de las primeras lluvias siempre aparecía la nieve.

Su silenciosa aparición vino acompañada con la llegada al pueblo de un curioso personaje. Mientras los copos blancos se deslizaban suavemente hasta el suelo, formando un blando manto de helado pisar, unas botas llenas de remaches de todos los colores dejaban marcadas sus huellas en él. Nadie le vio llegar, pero todo el mundo que vivía allí esperaba con ansiedad la vuelta de este hombre, que, al igual que las estaciones, iba y venía cada año por las mismas fechas: con él se anunciaba el cierre de año.

Desaliñado, sucio y maloliente serían adjetivos que tacharían de antemano a ese hombre. Nada más alejado de la realidad. Que toda una vida estuviese sometida al primer golpe de vista que ofrecía era el arma con la que jugaba para pasar desapercibido en una sociedad donde la magia había dejado paso a la superficialidad de lo material, al culto de lo mundano. Un arma que utilizaba en sus inesperadas apariciones.

Iba envuelto en una pesada capa con varios remiendos y parches de colores apagados, distintos de la tela original. Recordaba que sus ropas habían tenido colorido alguna vez. Unos colores vivos y deslumbrantes que anunciaban su llegada

allá donde el viento guiase sus pasos. Unos colores que se alimentaban con la alegría de ser recibido y querido por las gentes de lugares donde el sol sonreía en un cielo azul y los niños jugaban bajo aquel, alegres. Ahora nadie jugaba tan alegremente. No. Ni siquiera jugaban. Hacían como que se divertían, jugando a algo que no les causaba distracción, y en sus miradas se dejaba ver el tedio de soportar juguetes que no les decían nada, añorando tiempos mejores.

Un gran sombrero de ala le oscurecía el rostro ajado por el tiempo y lleno de unas arrugas que no hacían gala de la verdadera edad que tenía. Era de esas personas a las que la inclemencia del tiempo envejecían más rápidamente de lo normal. Tenía recortada una barba rala blanca que contrastaba con sus ojos negros, unos ojos vivarachos que despedían un brillo lleno de vida y astucia. Pero lo que más destacaba de él era su voz.

Al llegar a la aldea, siempre se plantaba delante de la misma casa y en el marco de la puerta hacía una muesca con una navaja mellada por el tiempo. Era la señal de su paso por allí. Después de esto, se volvió con una sonrisa en el rostro y contempló el lugar, a pesar de que a esta hora lo cubría una espesa niebla que no le dejaba ver más allá de sus narices.

Unos perros comenzaron a ladrarle con animosidad, reconociendo al personaje que de pronto sacó unas salchichas de debajo de sus sayas y las lanzó a los animales, que corrieron presurosos por el pequeño festín con el que les obsequiaba. Los ladridos anunciaron su llegada. La puerta, donde había hecho su última muesca, se abrió, y en ella apareció toda la familia al completo, recortada contra un oscuro pasillo. Los niños, escondidos entre las piernas de sus padres, miraban con extrañeza y alegría al viejo, mientras los mayores le dedicaron unas agradables sonrisas. Le invitaron a entrar y a calentarse en el fuego después de darse unos fuertes abrazos entre todos, y los más pequeños, tras un ligero capón en la coronilla, salían corriendo con el botín de caramelos que le habían hurtado de los grandes bolsillos.

Pronto, los demás lugareños fueron a darle la bienvenida. Era ya todo un ritual.

Esa noche, todos los vecinos acudieron a celebrar la Nochevieja a un pajar colectivo en el que las mujeres prepararon toda clase de comidas mientras sus maridos brindaban con rebosantes jarras de espumosa cerveza. Los niños, arropados al calor de varias hogueras encendidas y dispersas en el interior del pajar, después de haber tomado las medidas pertinentes para evitar que el edificio se prendiese, reían con las historias que el viejo les contaba.

Al caer la velada, las madres llevaron de prisa a los más pequeños a acostar y regresaron presurosas al pajar, temiendo perderse las primeras pinceladas de humor. Como cada año, el viejo les iba a relatar las nuevas de lo que ocurría fuera de allí, en los lugares más remotos del mundo. Y después, lo que ellos más querían: las historias y canciones que les brindaba durante su estancia.

Fuera, el cielo estaba raso. La tormenta había pasado. Las estrellas tiritaban de frío en lo alto, pesarosas y clamando porque las nubes las volbiesen a cubrir. La luna, rojiza, iba levantando su masa por detrás de las montañas nevadas. Pero no había nadie para observar el cielo. Todas las miradas estaban pendientes de los ojos que brillaban a la luz del fuego. La boca del viejo apuró la espuma de una jarra de cerveza y se quedó pensativo. Su mirada centelleaba con la inteligencia propia del que lo sabe todo.

Se puso en pie, de espaldas a su público, con la imagen recortada contra una de las hogueras. Metiéndose la mano en uno de sus numerosos bolsillos, sacó un objeto. Era una vieja flauta. Su flauta.

El anciano se acomodó en una baja silla de anea, que crujió bajo su peso. No hizo caso de la advertencia sonora, pues sabía que no sería él quien la rompería. Observando la hipnotizante llama de la chimenea, se perdió entre los recuerdos.

Llevándose el instrumento a la boca, comenzó a soplar. Los sonidos comenzaron a brotar apagados, tímidos, arrastrados por el aire y transportados suavemente hacia la nada del lugar. Eran notas bien definidas, llenas de toda la nostalgia del mundo.

Viajando por el silbar de los acordes, una gama de colores brillantes se le apareció ante sus ojos entrecerrados. Reflejo de su música, se fundieron con los sonidos de su flauta, con la luz del fuego. Con sus sensaciones.

Poco a poco, este mundo fue para él no más que un lejano recuerdo, donde sus días ambulantes por ninguna parte se perdieron tras las sombras de los lejanos rincones de la mente, alejado de los suspiros que brotaban desde detrás de él.

Con el eco de la última nota soplada, evaporándose y ascendiendo junto al humo del fuego, despertó de su sueño. Había vuelto; cerca de él, la hoguera aún despedía calor. Un silencio reverencial, apenas roto por el crepitar de las llamas, envolvía el pajar. Y así pasaron varios minutos, hasta que, sorbiendo las lágrimas secas de sus ojos, guardó su flauta y alzó la voz.

Grave pero melodiosa, sus palabras salían lentamente, en susurros, y hacían que su público se acercase a él, hasta que, con la potencia de un toro, el viejo hacía alarde de su timbre más poderoso y de su habilidad como juglar. Se levantó y se situó entre el público y el fuego. Su figura quedó eclipsada por el resplandor de atrás mientras que la línea de su voz se mezclaba con su imagen. Los oyentes estaban sobrecogidos. Algunas mujeres rompían en sollozos por el argumento del cuento, mientras que los hombres, apretujándolas bajo sus brazos, aguantaban el tipo, sin desmoronarse. Después del sonido de su flauta, escuchar su voz sin sobrecogerse era como querer detener un torrente de aguas embravecidas con la única ayuda de unos brazos.

El juglar veía estas reacciones en su público y continuaba con su narración, satisfecho por dentro. Hasta que, llegado al clímax del cuento, una de las mujeres se desmayó de la impresión. Aun así, no paró de narrar hasta que un mar de aplausos le devolvió a la realidad y un muchacho barbilampiño le acercó una jarra de cerveza con la que reponer su garganta reseca.

Algunos de los hombres se levantaron y le dieron una palmada en la espalda o le estrecharon la mano, mostrando con admiración la gratitud en sus palabras por hacerles

partícipes de aquellas historias, de aquellas canciones. Sonidos que aliviaban el cansancio acumulado durante todo un año de duro trabajo. El viejo le quitaba peso al asunto, contestando que el agradecido era él por dejarle pasar esa noche de Navidad en una cama caliente y por el plato de comida caliente que las mujeres le ofrecían. O más bien, le obligaban a comer. Y no solía ser una única mujer la que le preparaba la comida.

Antes de irse a dormir hizo unas cuantas gracias y brindó a sus anfitriones con algunos chistes que les hicieron reír hasta dolerles la barriga; incluso, muchos de ellos hicieron enrojecer de pudor a varias de las personas allí congregadas.

Era ya entrada la madrugada cuando, arropado bajo su capa, salió a la puerta de la casa. Se encendió una pipa y se quedó allí, mirando la lejanía sin ver nada. Todos se habían ido hacía rato a acostar, pero él siempre prefería pasar un rato a solas, pensativo, para recobrar la seriedad que perdía en los últimos momentos de su actuación.

«Estas son las únicas personas que aún ven el reflejo de la magia, aunque no sepan lo que es», pensó, refiriéndose a sus anfitriones, a todo el pueblo.

Al final, las ascuas rojas del tabaco se apagaron y con el pensamiento de recuperar energías para partir al día siguiente. Con la punzada de una intuición corroyéndole la nuca, encaminó sus envejecidas canillas calle abajo, «si es que se le puede llamar calle», en busca de ninguna dirección; simplemente seguía el agua derretida de la nieve caída que corría por la calzada. «Cuando no sepas adónde ir, sigue el curso natural del agua: siempre desemboca en algo mayor»; esa frase la había pronunciado a menudo. Ahora, sólo se la pronunciaba mentalmente a sí mismo.

Se detuvo frente a un charco de aguas oscuras para verse en el reflejo. «Desapareceré como siga así.» Y como si su pensamiento hubiese despertado un mecanismo invisible e inherente al agua, la imagen reflejada comenzó a tambalearse, a ondularse y a perder fuerza. El anciano sacudió la cabeza, haciendo caso omiso de su propia imagen, y siguió andando pesadamente hacia ese lugar donde le tiraba la nuca.

Al rato, cuando el cielo negro había vuelto a cubrirse para lanzar de nuevo sus blancas lágrimas sobre la gris humanidad, el viejo llegó ante el portal de una casa en ruinas. La pesada puerta de hierro y madera descansaba doblada sobre unos goznes oxidados que la sujetaban a malas penas, dejando un hueco en su parte inferior lo bastante amplia como para que una persona pudiera arrastrarse y acceder al interior del edificio. La construcción no estaba en mejores condiciones que su guardiana. Con medio tejado en el suelo y los huecos de las ventanas abiertos como unas cuencas sin ojos, invitaba a cualquier espectador a revivir sus más oscuros miedos y hacerle alejarse rápidamente del lugar.

Él no era un espectador. Con una media sonrisa en los labios, posó su huesuda mano en el marco de la puerta, acariciándola y embriagándola con su propio calor, como si con su tacto intentase rejuvenecer y reconstruir las ruinas.

Con una agilidad impropia de un hombre de su edad, se agachó y reptó por debajo de la puerta, desapareciendo tras esta. Unos instantes después, el tenue y danzarín resplandor de una vela al encenderse iluminó el pasillo. No tuvo que buscar mucho para encontrar la vela: sabía el sitio donde buscar. Anduvo por las habitaciones, sin buscar nada en particular, sólo por el hecho de reconocer cada uno de sus rincones, por ver los viejos muebles que lo saludaban, recapitulando en su mente las alegrías que una vez sintió en aquel lugar. Llegó al viejo desván tras subir unas carcomidas escaleras de madera podrida. Al abrir la puerta, una fina capa de polvo le trajo a su nariz el olor de libros viejos, enseres herrumbrosos y ropa enmohecida por la húmeda oscuridad del lugar cerrado largo tiempo.

Habitación vacía, apagada de sonidos felices que un día resonaron entre sus paredes. Las blancas sábanas del olvido cubrían lo que a su vez cubría el polvo, para dejar desterrados rastros de un pasado lejano. Ahora recordado. Sus pisadas sonaron acolchadas, lentas, cuanto menos arrastradas, por un suelo blanco que se removía y transformaba en niebla al ser agitado por sus pies. Las ventanas cerradas a cal y canto crujieron cuando sus manos doblaron el picaporte y se abrieron de par en par, dejando

entrar la luz tenue de una luna que se ocultaba por momentos, una luz que hacía años había optado por el exilio forzado. Y donde antes hubo oscuridad, ahora había sombras plateadas proyectadas en una sola dirección.

Su mirada se detuvo en un rincón, allá donde la imaginación recuerda un viejo mueble de madera lacado en negro. Mira a sus pies y ve unos niños absortos en algo que no logra vislumbrar, riendo con ello, entusiasmados, esperando unos bocadillos que la madre está preparando a unos metros de allí, en la cocina.

Sentándose encima de un sofá cubierto por una de las sábanas, recuerda a esos niños correr entre las sillas, escondidos debajo de las mesas del salón, sentados en los viejos sofás y ocultos bajo las faldas de la mesa caliente por el brasero de leña.

Y, sentado, pudo recordar el aroma de la sartén preparando la cena de ese día. Con un libro en su regazo, esperando el plato, al tiempo que sus hermanos corrían por el pasillo, gritando. Hasta que la voz grave de un adulto que entra por la puerta pone orden en casa. Orden dentro de un caos ordenado.

Dejó atrás ese recuerdo y se levantó, dirigiéndose a la cocina, y vio a su madre con la bata puesta, de espaldas, removiendo una cuchara dentro de una olla. Absorta en sus pensamientos, ajena a su alrededor y poniendo esa pizca de personalidad que era las delicias de sus comidas. Percibiendo su presencia, se da la vuelta y le sonríe. Intenta cogerla para darle un beso, pero se escabulle entre sus piernas, riendo. La imagen se evapora para dar paso a una bancada limpia de sartenes y platos, medio iluminada por una ventana al fondo que sólo deja traspasar la poca luz que entra del patio.

Al torcer la cabeza, le envuelve la oscuridad de un largo pasillo, que se rompe cuando, al fondo, la puerta de entrada se abre y se dibuja la silueta de un hombre que acaba de llegar. Su porte es inconfundible. Su padre entra, con el cansancio de todo el día en el trabajo, pero con su media sonrisa al ver a uno de sus hermanos intentar darle un susto saliendo de detrás de la puerta.

Agachándose para agarrarlo, su hermano sale corriendo, con el padre persiguiéndole chaqueta en mano; y chocan contra él, que se ríe al recordar al tiempo que se esfuman en niebla lejana.

La oscuridad del pasillo vuelve a rodearlo, oprimiéndolo. En el aire ya no se huele la cocina, sólo el polvo que levantan unos pasos que resuenan secos.

Pasa andando por varias habitaciones, y dentro, ve las camas, vacías ahora, calientes en otro tiempo. Detrás de él, oye cómo su madre cierra la puerta, dándole las buenas noches a su hermana, que se encuentra dentro de su cama, mientras vocea a su otro hermano para que se acueste también. Delante de él, y con cara de pocos amigos, refunfuña y le hace caso y cierra la puerta tras sí. Ahora, esa puerta está medio abierta.

La empuja con la mano y entra en ella. Su hermano está sentado en el escritorio, haciendo como que lee algo. Sonríe al ver como apoya su cabeza en su mano y su pensamiento se disipa, corriendo detrás de alguna fantasía infantil que no encuentra entre las libretas.

Al volver tras sus pasos, se detiene de nuevo en el salón. Sus padres están tranquilos ahora que la casa está en silencio. Están hablando, con voz queda, para evitar que se despierten. Hasta que uno de los dos se levanta para ir a la cama. Mañana será otro día. Pasa por su lado y él se aparta para que el recuerdo no se evapore. Quiere abrazarlos de nuevo.

Se acerca a la ventana, no sin antes volverse de nuevo y ver la habitación vacía. Qué pronto se pasó el destierro y qué lento el pasar del recuerdo.

Cerró la ventana, con el último reflejo de la luna en uno de sus ojos.

Lloraba.

A la mañana siguiente, el pueblo despertó perezoso para acoger con entusiasmo el primer día del año. Alguien había partido ya. Las solitarias huellas dejadas en la nieve eran las únicas señales de la silenciosa despedida del viejo. Nunca se quedaba más de una noche, moviéndose como el viento de

pueblo en pueblo, de casa en casa, llenando de alegría allá donde pernoctase. Y el único vestigio de su paso eran las señales que dejaba en el marco de la puerta elegida hacía muchos años.

La rutina volvió de nuevo a la vida de las gentes de allí. Pronto sería noche de Reyes, aunque esa festividad se pasaba en familia, disfrutando de la alegría dada por regalos preparados con amor. Y hasta Pascuas no habría ningún acontecimiento colectivo en el lugar; quizás alguna boda. A pesar de esto, ya deseaban la vuelta del viejo.

Sin embargo, el día de su marcha nadie sabía que ese era el último año que le habría visto hacer una muesca en la puerta de siempre. Los años siguientes, a pesar de su ausencia, siempre lo recordarían por las mismas fechas, y los que una vez fueron niños que robaban dulces de unos bolsillos de colores, guardarían el recuerdo de un rostro anciano, cuya voz les brindó las mejores historias jamás contadas.

La muñeca

Harol Gastelú Palomino

www.librovirtual.org/AUT0169

—¿Qué me vas a regalar en Navidad, tío Agustín? — me preguntaba a cada rato Ximenita.

—Todavía no lo sé, Ximenita. ¿Qué le has pedido a Papá Noel?

—Le he pedido una muñequita que canta y que baila — dijo la niña, con una luz de esperanza en sus bonitos ojos.

—Pobre Papá Noel, se va a arruinar: esa muñeca debe de costar una fortuna.

—No seas exagerado, tío Agustín, esa muñequita no cuesta tanto.

—Eso dile al viejito pascuero.

—Ya pues, tío Agustín, dile a Papá Noel que no sea malito; dile que por gusto no me he portado bien todo el año.

¿Portado bien todo el año? Si tuviera que contar todas las travesuras que hizo Ximenita durante los últimos doce meses, por lo menos necesitaría mil páginas... sólo para el primer tomo.

—Eso tienes que decirle tú, Ximenita, no yo.

—Acuérdate de que Navidad es perdonar y olvidar todas las travesuritas —decía la niña, llenándose la cara de besos.

—Yo sólo sé que me has dado dolores de cabeza hasta por gusto, Ximenita.

—Anda, di que sí, tío Agustín. Cómprame esa muñequita, ¿sí? *Porfa*.

—Voy a pensarlo, Ximenita. Todavía falta mucho para Navidad.

—Ya pues, tío Agustín, di que sí. Para Navidad esa muñequita ya no habrá. Si me la compras, te prometo que nunca más me portaré mal.

—¿Prometido?

—Prometido, tío Agustín.

—Bueno, te la compraré.

—¡Yupi! —exclamó Ximenita, saltando en un pie de contenta—. Eres el tío más bueno y más lindo del mundo.

Mi sobrina y Ximenita II (así bautizó a su muñeca) se convirtieron en uña y mugre: jugaban juntas, veían la televisión juntas, dormían en la misma cama, etc. Parecían siamesas, pues hasta para ir al baño no se separaban:

—Es que Ximenita II también quiere hacer el uno y el dos porque ha comido toda su comidita —decía la niña a favor de su muñeca.

Ximenita II empezó a ser utilizada como chivo expiatorio de las travesuras que perpetraba la Ximenita de carne y hueso:

—No seas injusto conmigo, tío Agustín. ¿Por qué me castigas a mí nomás si fue Ximenita II quien se limpió el pompis con tus dibujos?

Hasta me convertí en tío de una muñeca:

—¿Te gustó el cuento de la caperucita roja que nos contó el tío Agustín, Ximenita II?

—Sí, me gustó bastante —decía Ximenita II—. Ahora cuéntanos todas las aventuras de Pinocho, *porfa*, tío Agustín.

—Por hoy es suficiente, niñas. Ya es hora de dormir.

—¡Queremos más cuentos, queremos más cuentos! —pedían las Ximenitas a coro—. Si no, no nos vamos a dormir, tío Agustín.

Las dos me iban a sacar canas de todos los colores.

—Pero es el último, ¿ya, niñas? Me duele la garganta de tanto leer.

Todo marchó sobre ruedas hasta la víspera de la Navidad. Cuando fui a buscar a las niñas para que almorzaran, las encontré chapoteando en la piscina como si fueran las hermanas de Sirenita.

—Es que Ximenita II también sabe nadar —me respondió la niña cuando le pregunté por qué había metido su muñeca al agua.

—Sácala inmediatamente antes de que se malogre.

—Primero juguemos al salvavidas, tío Agustín: tú ahógate y nosotras te salvamos como en Baywatch, ¿sí? Te tomas bastante agua, *porfa*.

—¡Te he dicho que saques a esa muñeca inmediatamente!

La sacó, pero demasiado tarde. Ximenita II ya no bailaba ni cantaba. Probablemente había «muerto» ahogada al cruzársele los circuitos internos. Le cambiamos las pilas, la exprimimos como a un limón para sacarle hasta la última gota de agua, pero nada, la pobre no daba señales de vida.

—¿Por qué no lo arreglas con tu alicate y con tu desarmador, tío Agustín? —sugirió mi sobrina como último recurso.

—¿Y si la malogro más? Yo nunca he arreglado muñecas; por si acaso...

—Acuérdate de que cada vez que se malogran la tele y la computadora, tú los arreglas con tu alicate y con tu desarmador y vuelven a funcionar mejor que antes.

—Bueno, ya que insistes, qué me queda.

Lo único malo es que se me olvidó pedirle a Ximenita que me firmara un papel eximiéndome de toda responsabilidad si la «operación» fallaba.

Y por supuesto que falló: cuando terminé de suturar a mi paciente, me sobraban piezas, y la pobre estaba peor que antes.

Ximenita y yo empezamos a culparnos mutuamente de la muerte de Ximenita II:

—¿Por qué no me dijiste que no podías arreglarlo, tío Agustín?

—Claro que te lo dije, pero tú me insististe. ¿O no te acuerdas?

—No debiste haberme hecho caso, tío Agustín. ¿Si te digo que te tires al río, tú te tiras?

—¿Y a ti quién diablos te mandó que te metieras al agua con todo y muñeca, ah, niña desobediente?

—Tú, tío Agustín. Tú me dijiste, y yo sólo te obedecí. ¿No te acuerdas?

—¿Yooo? ¿Estás loca? ¿Cuándo, ah?

Según Ximenita, antes de bañarse me preguntó si Ximenita II también podía hacerlo y yo le dije que sí.

—La verdad es que no me acuerdo, Ximenita.

—Tú me dijiste, tío Agustín. Tú tienes la culpa.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué me obedeciste, ah? O sea que si yo te digo que te tires del techo, tú te tiras, ¿ah?

Ximenita no supo qué replicarme.

—Bueno, una muñeca es una muñeca. Así no cante ni baile, igualito puedes seguir jugando con ella. Y pueden bañarse todo el tiempo que quieran.

La niña seguía callada.

—Si quieres, la otra Navidad te compro una muñeca mejor que esa, ¿ya?

Pero Ximenita había congeniado tanto con su tocaya, que al verla así perdió todo el espíritu navideño y se encerró en su cuarto. Desde allí reclamaba que le devolviera sana y salva a Ximenita II:

—Que Agustín (cuando se molesta conmigo me llama Agustín a secas) me devuelva sanita a Ximenita II. Él me dijo que la metiera al agua; él la ha malogrado con su alicate y con su desarmador.

No cesaba de llorar a moco tendido y, viendo que no conseguía nada con sus lágrimas, decidió endurecer su posición:

—Si Agustín no me devuelve sanita a Ximenita II, juro que me voy a tirar de mi ventana para abajo y me voy a morir cuando me chanque mi cabeza en el suelo.

—Déjala que se tire si quiere —dijo Karem Geraldine—. Está haciendo puro teatro para salirse con la suya.

¿Puro teatro? Pensábamos que Ximenita estaba bromeando pero, cuando la vimos parada en el alféizar de su ventana, nos asustamos.

—Ximenita, te prometo que para la próxima Navidad...

—¡No quiero nada para la próxima Navidad, Agustín! ¡Yo sólo quiero que me devuelvas a Ximenita II antes de que me tire para abajo y me muera cuando me chanque mi cabeza en el suelo!

—Ximenita, ahora estoy sin un centavo, pero te prometo que...

—Voy a contar hasta diez, Agustín, y si no me devuelves sanita a Ximenita II, me tiro para abajo.

—Ximenita, te prometo que...

—Uno, dos, tres...

—Ximenita, te prometo que...

—Cuatro..., cinco..., seis... —Ximenita sacó un pie fuera de su ventana.

Yo estaba a punto de sufrir un infarto.

—Siete... siete y cuarto... siete y medio... siete y tres cuartos...

—¡Ximenita, por favor! —suplicaba yo, casi de rodillas.

—Ocho... ocho y cuarto... ocho y medio... ocho y tres cuartos...

—¡Ximenita, te prometo que para tu cumpleaños!... —Me puse de rodillas, no tenía otra opción.

—Nueve... nueve y cuarto... —Ximenita se balanceaba en el aire.— Nueve y medio... nueve y tres cuartos y...

—¡Por Dios, Ximenita, no te juegues así!

—Y... y...

Dios mío, esta niña es capaz de cumplir sus amenazas. ¡Si no la conociera yo!

—Está bien, Ximenita, ganaste.

Ximenita volvió a sonreír.

—¿No dije yo que era puro teatro? —dijo Karem Geraldine.

—¿Ahora sí feliz y contenta? —le pregunté a la niña cuando tenía en sus manos a Ximenita III.

—Sí, tío Agustín. Muchas gracias.

A las doce de la noche, mientras los artefactos pirotécnicos iluminaban el cielo de La Realidad anunciando el nacimiento del niño Jesús, Ximenita me hizo una pregunta:

—¿Qué pasaría, tío Agustín, si a Ximenita III le pongo mil cohetes en la cintura? ¿Crees que llegue a la luna?

—Supongo que sí.

—¡Entonces cómprame mil cohetes, tío Agustín!

—Ni lo sueñes, Ximenita, porque si esta muñeca se te malogra, no te compro otra, así amenaces con tirarte del puente Villena. ¿Entendido?

Ximenita se limitó a sonreír.

Los piratas que salen en Navidad

Pequeña pieza teatral

Mario Jesús Salomón Escobar (9 años)

Personajes:

Mario: protagonista

El pirata Barba Azul: capitán

El pirata Susurro: amigo de Barba Azul

La pirata Sara: amiga de Barba Azul

José Ignacio: amigo de Mario

Los Reyes Magos.

Barba Blanco.

En el barco pirata del mayor pirata de los siete mares,
Barba Azul era su capitán. Estaban en él los niños y los piratas.

Mario: ¿Otra vez? ¿Es que también tenéis que salir en
Navidad?

El pirata Barba Azul: ¡Sí! Y esta vez ganaremos porque
la noche es más larga y el sol nos hace daño, nos
derretimos.

Mario: ¡En verano también salisteis!

El pirata Susurro: Tus amigos están encerrados en la
celda del barco pirata, Mario.

Desde la celda, un amigo de Mario, que se llamaba
José Ignacio, le llamaba:

José Ignacio: ¡Mario, te doy una espada!

Y le tiró la espada a Mario para que luchara con los
piratas.

La pirata Sara: ¡¡Vamos a luchar!!

Sara cae al agua, mejor dicho, al hielo... Un pescador que se llamaba José Luis, como era un poco despistado, dijo al ver a Sara:

José Luis: ¡¡Qué pez más grande!!

Y ahora vienen los Reyes Magos: uno se llamaba Laura, otro Pepito Palotes y el tercero Madagascar, y le tiraron al pirata Barba Blanco un explosivo y metieron un poco la pata, porque el pirata Barba Blanco les tiró un misil, y los que se hacían pasar por los Reyes Magos quedaron negros de la explosión, cayeron al hielo y quedaron muy brillantes en el museo de los piratas del hielo.

Barba Azul: ¡Ja, ja! Sólo quedas tú, Mario.

José Ignacio: ¡¡Estoy escapando!!

José Ignacio coge un palo enorme de cien kilos y se lo tira a la cabeza al pirata Barba Azul, y coge Mario al pirata y lo tira al hielo.

El pescador José Luis, que seguía siendo un despistado, dijo:

José Luis: ¡Serás una buena comida!

Y lo recogió del hielo.

Lo iba a matar, pero Mario le pegó una patada en la espada al pescador y la espada cayó al hielo. Mario tiró al pirata Barba Azul al charco del hielo que se ha roto, e hizo lo mismo con todos los piratas, que dijeron:

Piratas: ¡¡Nos veremos el próximo verano!! ¡¡Nos vengaremos!!

Carta a los Reyes Magos

Silvia Ochoa Ayensa

www.librovirtual.org/AUT0099

¡Queridos Reyes Magos!

Este año necesito más ayuda que la vez pasada, y es que mi familia se encuentra en un gran apuro: mamá y papá, a los que ya conocéis por ser vuestros intermediarios, se han quedado sin trabajo en la fábrica de coches por culpa de la señora «Crisis», por la cual siento antipatía. Según dicen mis compañeros de escuela, se trata de una mujer muy dura que está acabando con la economía del país, o algo así entendí. Pero lo que sí sé con seguridad es que mis papás no van a poder pagar la «hipoteca», que tampoco sé lo que es, y pronto nos quitarán la casa en la que hemos vivido desde que nací.

Ni siquiera nos concede un préstamo el señor banquero, y parece una palabra importante que papá pronuncia mucho. Me preocupa mi hermano que acaba de cumplir un mes de vida y necesita muchos cuidados: pañales, cremas, papillas... Yo no necesito nada en especial, tengo todo lo que puedo desear y no creo que sea la ocasión para pensar sólo en mí; el egoísmo es muy malo según dice mi abuela Luciana. Por eso acudo a vosotros, con el fin de que aliviéis la vida de mi familia. ¿Será posible que me ayudéis en esta ocasión? Sé que estáis muy atareados y que es muy difícil cumplir con todo el mundo, pero creo en vuestra magia y astucia.

Necesito que mis papás vuelvan a sonreír, pues últimamente están muy tristes y no tienen fuerzas para nada; ni siquiera este año hemos decorado la casa con el árbol de Navidad, ni con el belén, y qué decir del turrón y de las canciones navideñas, que se las ha llevado el viento.

Escribiendo esta carta se me caen las lagrimillas y creo que estoy manchando la carta, lo siento, no lo puedo evitar. Hace unas semanas tocó la lotería y a mucha gente trabajadora se le solucionaron los problemas, pero sin embargo a nosotros ni nos rozó de refilón. Es una pena, nos hacía

mucha falta y en cierto modo mis padres sienten algo así como envidia sana de los afortunados. Mis padres dicen que siempre quedará la lotería del Niño. Pero sería demasiada casualidad que se dejase caer de nuevo por aquí, las probabilidades son escasas e improbables. No caerá esa breva, como dice el tío Ramón. No tenemos suerte. Por eso mi esperanza para este año recae en vosotros, los magos. Os esperamos con los brazos abiertos.

Atentamente, una niña de siete años junto con su mamá, su papá y su pequeño hermano.

PD: Este año no podemos dejaros turrón en la ventana y tampoco leche para los camellos, espero que no nos lo tengáis en cuenta. Aunque quizá sea lo mejor, porque con tanto turrón os puede dar una subida de azúcar como a la abuela, y no soportaría que no pudieras entregar todos los regalos.

Los pedidos de Papá Noel

Silvia Penedo Torres

www.librovirtual.org/AUT0193

En la víspera de la Navidad Papá Noel revisa todos sus pedidos porque en la fábrica de juguetes que tiene preparada tiene que estar todo a punto para que todos los niños del mundo tengan su regalo a tiempo. En esa fábrica se hacen miles y miles de juguetes comandados por sus duendes, que los elaboran con mucho cariño.

Papá Noel estaba abriendo una de los millones de cartas que le llegan al año y comprobaba que era una carta que procedía de África: la niña se llamaba Maisha, que en africano significa 'vida', y ella, a diferencia de todas las cartas anteriores, no le pedía ningún juguete; era una carta corta como de alguien que recién empezaba a escribir, a pesar de que en la carta describía que tenía diez años.

Su petición era agua potable para su pequeña aldea en África, ya que para obtenerla tenían que andar diez kilómetros, y ella quería que Papá Noel le trajera un pozo de agua potable para ella y todos sus vecinos de la aldea.

Inmediatamente, Papá Noel se comunicó con las autoridades que podrían encargarse de que este pedido pudiera llevarse a cabo. Estuvo toda la tarde haciendo llamadas, hablando con alcaldes, ministros, encargados y cooperantes de ONGs, y finalmente a la semana de tantas gestiones, consiguió que se pudieran empezar las obras en la aldea de Maisha para poder hacer el pozo con el agua potable. Cuando Maisha observó que los obreros empezaban a hacer el pozo, miró hacia el cielo y dijo: «Gracias, Papá Noel, me diste mi regalo...».



Juan Carlos García del Blanco
www.qunb.blogspot.com

Fernando, el caracol

Celsa Barja

www.librovirtual.org/AUT0124

Pensarás que esto que hoy te digo es un cuento, pero te equivocas, porque fue verdad. Pasó hace muchos años, cuando aún no había tantas carreteras ni tantos coches, ni edificios tan altos... Por aquel entonces había un país llamado Fantasía. Parece ser que era una isla muy hermosa y con unos habitantes muy especiales, que apenas conocían al hombre más que por alguna leyenda.

Fantasía era el cobijo de unos animales maravillosos entre los que reinaba la armonía. Allí convivían peces de bonitos colores, ranas con ojos saltones y dicharacheras, pajaritos inquietos y cantarines, y una familia muy especial, la de nuestro protagonista: la familia Caracol.

Fernando era un pequeño caracol criado desde pequeño con su abuela. Sus papás, tan cabezotas como el hijo, se embarcaron de polizones en una barca que había llegado hasta la isla y no se supo más de ellos, ni si estaban vivos, ni si estaban muertos, ni si alcanzaron su sueño.

Fernando traía a la pobre de su abuela camino de la amargura, siempre en las nubes, soñando, apartándose cada vez más de la realidad. Se moría de ganas de ser cualquier cosa menos un caracol. No estaba contento con su naturaleza, con ese verse obligado a caminar despacito entre las hierbas mojadas por el rocío, aburriéndose entre los rincones de las piedras. Hasta su concha se le hacía pequeña para sus pretensiones...

En su deambular por la isla intimó con una rana llamada Cleo, verde y saltarina, siempre riendo con unos sonidos que eran la envidia de su amigo. Cleo siempre estaba contenta y no entendía por qué Fernando estaba siempre triste, sin querer jugar a nada, metiéndose enfadado dentro de su concha cuando menos se lo esperaba... Y Fernando un día que estaba muy, muy deprimido, entre sollozos llenos de

lástima le confesó a Cleo su gran dolor: que daría lo que fuera por ser cualquier otro animal. Aunque la pobre rana no comprendía a qué venía tanto llanto, prometió ayudarlo, era su amigo, ¡faltaría más...! Allí, en el rincón de la charca y con voz de secretos, le confesó que encima de la montaña vivía un duende que, según tenía entendido, le podría ayudar a hacer realidad su sueño.

¡Ay, ahora sí! Fernando miraba hacia la montaña y veía un reto casi imposible. Con lo lento que era tardaría años en llegar allí... Pero cuando los deseos son fuertes nada asusta y, con un valor inusitado, se puso en camino, sin despedirse de nadie. Nada detendría al pobre Fernando, ni las lluvias, ni el calor... Cuando las fuerzas flaquearan se diría a sí mismo: «¡Venga, Fernando, que llegas!».

Pasaron días y días, noches y noches, y poquito a poquito se iba acercando...

Cuando más o menos iba por la mitad de la montaña se detuvo a echar un vistazo a lo que dejaba atrás... Allí abajo estaba su mundo de colores, lleno de flores vistosas, vivo y hermoso, aun cuando llovía, fascinante por las noches cuando la luna llena iluminaba los grillos. Fantasía era especial, pensaba Fernando, pero nada comparado con el mundo que le aguardaba más allá de lo que se veía, al que nunca llegaría siendo un caracol. Y con estos pensamientos llegó sin darse cuenta a la cima.

Allí estaba el duende Ilusión que, vete tú a saber por qué, sabía de la visita que llegaba. Era pequeñito como Fernando, gordo y colorado, gracioso con la ropa de colorines que llevaba, con sus zapatos puntiagudos de hojas verdes, con un gorro del que colgaba una flor... Pero Fernando contenía las ganas de reír, tenía que mostrarle un respeto, al fin y al cabo sería quien le cambiaría la vida...

El pequeño ser adivinaba lo que Fernando venía buscando y, con una solemnidad exagerada, le dijo: «Torpe caracol, vienes a mí huyendo de lo que eres sin darte cuenta de que maravillosamente has sido capaz de subir hasta la cima. Demuestras ser un buen escalador después de lanzarte a esta conquista tan arriesgada, olvidando hasta tus babas

para poder alcanzar la meta... Y llegas, aburrido de tu concha, de tu identidad, esperando ser más de lo que eres. ¿Quién o qué te gustaría ser para ser más feliz...? Piénsalo bien, porque cuando lo decidas ya no habrá vuelta atrás... Ahora te dejo pensar, no tengas prisa en hacerlo. Cuando tomes tu decisión, llámame y aquí estaré...».

Fernando se metió dentro de su concha para meditar... Podría ser un pajarito, de bonitos colores y con un canto que enamorara. Siendo un pajarito sería libre, podría volar y volar, lejos de la isla, recorrer otros mundos... Se acicalaría las plumas de las alas, como había visto hacer, y llenaría los días con sus canciones. Se imaginaba a sí mismo volando feliz cuando, de pronto, sintió un dolor enorme... Una serpiente muy grande se lo comía entero... ¡Ay, qué pena! No, ya no quería ser un pajarito, tenía que ser algo más poderoso...

¿Y si fuera un pez? Ellos sí que saben, siempre resguardados bajo el agua, descubriendo tesoros olvidados, entrando en barcos hundidos de los que sólo ellos eran dueños. Podría salir nadando de la isla, llegar a otros mares y hasta el océano del que le hablaba la abuela... Así estaba, soñando con una libertad escurridiza, cuando sintió que otro pez, más grande y de otra especie, lo devoraba... ¡Ay, qué pena! No, tampoco quería ser pez, tenía que ser algo más poderoso...

¡Ah, qué idea! Podía ser una abeja... Tenía alguna amiga así y le gustaban mucho. Con su zumbido y su volar ligero, posándose en las flores más bonitas, en las mejores. Y se veía a sí mismo viajando lejos de la isla en busca de flores más hermosas aún cuando, de pronto, caía en una tela de araña, condenado a muerte... ¡Ay, qué pena! No quería ser abeja, tenía que ser algo más poderoso...

Pero, ¿cómo no se había dado cuenta? El ser más poderoso, según decían todos, era el hombre. Pues claro, sería un hombre y podría marchar de allí construyendo una barca, y tendría poder para ir donde quisiera. Hasta podría ser alguien famoso y descubrir algún secreto. Y ya se veía importante y célebre cuando, ¡qué desgracia!, otro hombre lo mataba por

envidia... ¡Ay, qué pena! Tampoco quería ser de una especie que se aniquilaba a sí misma...

Fernando, desconsolado, llamó al duende Ilusión y delante de él lloró lo que nunca había llorado... Le pidió disculpas por haber venido a molestarlo, ¡con lo que tenían que hacer los duendes! Cuando desahogó toda su pena, le dijo que no quería cambiar, que seguiría siendo caracol. El duende, satisfecho, celebró su decisión. Se despidieron con mil cariños y Fernando retornó por donde había venido...

Durante el viaje de regreso, muchas cosas pasaron por la cabecita de Fernando y, sonriendo, estaba agradecido de que, aunque la ilusión era muy bonita, era más hermosa la verdad. Sí, estaba agradecido de ser un caracol, de poder contemplar desde una rama alta el mundo grandioso y nada simple del que él formaba parte.

Caían grandes copos de nieve por toda la isla cuando Fernando por fin la alcanzó. Un manto blanco que le recordaba el tiempo que había pasado fuera. Era Navidad, una Navidad maravillosa, con luciérnagas luciendo entre las ramas de los árboles, con sus luces chiquitinas jugando por segundos a esconderse... En cuanto la abuela lo vio, se olvidó de la riña y el enfado, abrazándolo sin reproches, contenta... Con lágrimas en sus ojitos miró con una enorme caricia a su nieto. Ese loco caracol había aprendido por sí mismo la más bonita de las lecciones, la de la humildad... Y con humildad durmió Fernando, seguro como se sentía porque, aunque no fuera poderoso, nunca ningún caracol le quitaría la vida, ni un pajarito, ni ninguno de aquellos animalitos que crecían con él en la isla...

Y esto pasó hace ya muchos años, cuando aún no había tantas carreteras, ni tantos coches, ni edificios tan altos... ni los hombres se llevaban tan mal...

Los cuentos del abuelo o los cinco hijos del Rey

Daniel Hernández Rodríguez

www.librovirtual.org/AUT0023

*¡Un hecho inusual en la vida del Rey! ¡Pega un salto, sorprendido!
¡Su cerebro funciona! ¡Ha tenido una idea!*

Harold Foster, *El Príncipe Valiente*

Si había algo que le gustara de verdad a la pequeña Belén, eran los cuentos con los que su abuelo la entretenía hasta bien entrada la tarde, casi cuando la niña se disponía a cenar.

El abuelo, un hombre con un pequeño bigotito blanco, gafas y cuello duro de pajarita, sabía más historias que nadie. ¡Si vierais qué cara ponía su nieta cuando las escuchaba! Un día le contaba la fábula del cisne negro y la rana; al otro, las aventuras de una muñeca que se perdió en el bosque; a la tarde siguiente, la leyenda de aquel campesino que engañó al diablo... Podía estar horas y horas hablando, pero nunca repetía la misma historia.

En una ocasión, mientras Belén paseaba con su madre por la calle, se encontraron con su vecina, casi tan vieja como el propio abuelo. La mujer, fea, encorvada y con una nariz que nada tenía que envidiarle a la proa de un barco, le preguntó a la niña qué era lo que más le gustaba.

—Me gustan las historias que mi abuelo me cuenta cuando regreso de la escuela —respondió ella muy segura.

—Y ¿qué historias son esas?

Y Belén comenzó a contarle la última que su abuelo le había relatado el día anterior. Cuando terminó, la vecina no pudo reprimir una mueca de disgusto.

—¡Valiente forma de educar a una niña! —Y luego a su madre—. Eso no es más que una forma de llenarle la cabeza de pájaros. Mejor harías en enseñarle a hacer punto o algo así.

A la vieja vecina no le gusta el abuelo porque cuando este escucha música, las notas casi pueden oírse desde la calle. Y este disgusto se extendía hacia todo cuanto tuviera que ver con el anciano y su nieta. Era muy frecuente verla rezongar cuando subía las escaleras del edificio, diciendo que la niña del segundo piso estaba muy malcriada y que su abuelo acabaría por echarla a perder.

Pero Belén no es de su misma opinión. Cuando el abuelo se dedica a escuchar música, la niña le contempla muy curiosa, como si estuviera a la espera de oírle decir algo. Pero el abuelo calla siempre y deja que sea la música la que hable por él. ¡Es más linda! Como se oye hasta en la calle, muchas personas que pasan por delante de la casa se detienen para ver de dónde procede. Y no es una música estridente, como la que oyen los hermanos mayores de Belén, sino tranquila y apacible. Tan tranquila y apacible que hace que abuelo y nieta se queden dormidos en el sillón.

Da gusto ver dormir al abuelo, porque cuando se despierta parece mucho más animado y contento que antes. Tras la siesta, decide salir a dar un paseo por las calles de la ciudad. Todo el mundo le conoce y son muchos los que se paran a saludarle porque, en su juventud, el abuelo fue profesor de la única escuela que entonces había en el pueblo.

Cuando llega a casa son casi las nueve de la noche. Charla un poco con su hija sobre cuestiones que a Belén le parecen muy aburridas: el hijo del dueño del estanco esto, la cuñada de la tendera lo otro... pero siempre tiene tiempo para su nieta. Así, no era de extrañar que un poco antes de cenar el abuelo se sentara en uno de los sillones del comedor y le preguntara a la niña cómo le había ido el día. Belén le contaba cuál era el profesor que menos le gustaba, quién era su mejor amiga, a qué había jugado en el recreo... El abuelo guardaba silencio y asentía ante tales comentarios con aprobación.

Y por fin llegaba la hora del cuento. Belén esperaba este momento con mucha ilusión. Solía sentarse muy cerca de él para escuchar bien la historia, y al igual que había hecho su abuelo antes, ahora era ella la que permanecía callada. Únicamente interrumpía al anciano cuando, a ciertas alturas del relato, había algo que llamaba su atención. Solía suceder, por

ejemplo, que cuando la princesa del cuento caía bajo el influjo de la malvada reina, la niña protestaba indignada o quería saber de forma inmediata qué pasaría a continuación.

Y es que las historias del abuelo eran muy entretenidas y estaban repletas de fascinantes aventuras. A veces podían ser muy divertidas, como la que le contó sobre Alí-Khan, el malvado rey de la Horda de Oro, y una hermosa e inteligente princesa hindú:

—Alí-Khan —contaba el abuelo— era un déspota que ahogaba a sus súbditos con impuestos y malos tratos. Había llegado al trono tras envenenar a sus hermanos, tíos y sobrinos. Dedicaba su vida a hacer la guerra a sus vecinos, los cuales le pagaban un sustancioso tributo para no tener que sufrir las consecuencias de una incursión militar. Todos le temían salvo una graciosa princesa que vivía al sur de su reino. La pequeña soberana gobernaba un país próspero y lleno de riquezas llamado Kabanacán, cuyas calles estaban empedradas de oro. Su ejército era muy poderoso, pues conocía las inquinas de su vecino del norte. Este no se atrevía a invadir su país, porque temía perder a todos sus soldados durante el asalto... ¡Y a ver cómo atemorizaba a los pueblos de los alrededores después! El tirano también sabía que si se lanzaba al camino de la guerra todo su reino se conjuraría contra él, pues sus habitantes conocían de sobra la bondad de la princesa y estaban dispuestos a defender su causa.

» Pero la avaricia del estúpido monarca era más grande que su intelecto. Como quería obtener a toda costa los territorios de su vecina y sabía que la guerra no era la solución, había decidido pedirle que se casara con él. Así conseguiría gobernar en ambos países. Pero ella, conocedora de que contraer matrimonio con semejante hombre significaría la muerte, siempre le daba calabazas y le decía que se buscara a otra.

» Alí-Khan estaba desesperado. Todas las noches soñaba con entrar victorioso en Kabanacán. ¿Qué podía hacer? Una madrugada, tras despertar por enésima vez de sus sueños de conquista, tuvo la solución: ¡la invitaría a cenar a su castillo y allí le presentaría a sus cinco hijos! Ella se rendiría a

los encantos de sus vástagos y elegiría a uno con el que casarse. De ese modo, él heredaría por derecho todas las propiedades de la pequeña princesa.

» Alí-Khan se frotó las manos muy satisfecho. Su plan no podía fallar. «Tengo la fortuna al alcance de la mano», le decía al primero que se encontraba con él en los oscuros pasillos de su fortaleza. Aquella misma mañana envió una comitiva a Kabanacán que llevaba el siguiente mensaje:

Su graciosa Alteza:

Tengo el honor de invitarle a cenar a mi castillo para que conozca a mis cinco hijos, de los cuales estoy particularmente orgulloso. Dos de ellos tienen treinta años y están aprendiendo a leer. Los otros tres no se distinguen por su afición a la lectura, pero son extremadamente limpios. Se bañan una vez al mes.

Puedo prometerle que la muerte del catador que usted se trajo consigo en nuestra última cena fue completamente accidental. ¿Cómo iba yo a suponer que uno de mis cocineros había echado matarratas en su plato? Sus dudas aquella noche me ofendieron terriblemente, Majestad. ¿Acaso también tuve la culpa de que el agua de su copa estuviera envenenada?

Le prometo que la trampilla que se abrió bajo sus pies mientras cenábamos no conducía a un foso lleno de cocodrilos, sino a la lavandería del palacio. También me gustaría aprovechar la ocasión para asegurarle que aquel cuchillo que salió disparado desde detrás de las cortinas, pertenecía a un mago que debía amenizar la noche. Afortunadamente, todo quedó en un susto.

No quisiera acabar esta carta sin antes pedirle perdón por las cuatro veces en las que traté de arrojarla por la ventana.

Sólo me queda despedirme de usted y augurarle una larga y próspera vida.

Alí-Khan.

—¡Qué caradura! Y ¿qué pasó después? —preguntó Belén muy curiosa.

El abuelo siguió contando la historia:

—Ocurrió que la princesa decidió acudir a la invitación. Sabía de sobra que los hijos del Rey eran tan perversos y malvados como su padre, y que aquello no podía ser más que un ardid para que entregara su corona, por lo que se hizo llevar a la cena a más de la mitad de todo su ejército.

» Cuando la inteligente soberana llegó al palacio del Rey, ordenó a sus hombres que rodearan todo el castillo. Les había encomendado la tarea de rescatarla en caso de que le ocurriera algo grave. Tras haber dado las órdenes pertinentes, subió a cenar con sus anfitriones.

—¡Caramba! —dijo alegremente el Rey—. ¡Mira a quién tenemos aquí! ¡Espero que le guste la cena y disfrute con nuestra compañía! Venga conmigo. Le presentaré a mis hijos.

» Y mandó que sus hijos acudieran a su presencia. Inmediatamente tuvieron lugar las presentaciones. En honor a sus conocimientos gramaticales, el Rey había bautizado a sus hijos según el orden que siguen las letras en el abecedario. A uno lo llamó Anastasio. A otro le puso Bernardo. Al tercero le puso Claudio. Al cuarto lo bautizó como Darío... Y como ahí acababa su conocimiento del alfabeto, al último lo llamó Olivio, como un dragón con el que una vez se encontró.

» La princesa miró a sus pretendientes y los rechazó. La cólera del Rey fue tan grande que comenzó a arrojar los platos de comida contra los inocentes camareros que los habían servido. La joven reina, preguntándose si toda la cena iba a servir como proyectil, cogió su plato de sopa y lo volcó sobre la cabeza del monarca. Fue entonces cuando decidió llamar a sus soldados. ¡Había llegado el momento de poner fin a la ira del maleducado caudillo!

» Los soldados entraron en el salón y arrestaron al Rey junto con sus hijos. Seguidamente, la astuta princesa ordenó que de las mazmorras del castillo salieran todos los prisioneros para dejar sitio al depuesto rey y a sus herederos. La princesa vio que entre los antiguos presos se encontraban algunas mujeres, por lo que se acercó a ellas y les preguntó:

—El Rey tiene cinco hijos muy apuestos y elegantes que todavía no se han casado. ¿Quién de vosotras quiere pertenecer a la realeza y convertirse en la soberana de este país?

» Al momento se adelantaron cinco jóvenes que querían convertirse en reinas. La princesa ordenó que se presentaran ante ella los hijos del Rey, que aceptaron gustosamente casarse con las cinco aspirantes al trono. Luego hizo traer al despiadado monarca ante ella y le dijo:

—Estas cinco mujeres se casarán con tus hijos y velarán por la seguridad de tu país. Si me entero de que vuelves a estar interesado en ocupar mi trono, ordenaré que te encierren en la prisión más oscura de tu palacio y dejaré que una de tus nueras sea la nueva soberana.

» Al pobre Alí-Khan no le quedó más remedio que aceptar, ya que su cabeza estaba en juego. Aquella misma noche la princesa volvió a su reino. Y puedo asegurarte que nunca más volvió a ser molestada por las descaradas y necias pretensiones de su vecino.

Diciembre eterno

Mari Carmen Espinosa Martín

www.librovirtual.or/AUT0102

Perfume en el aire de recuerdos,
niñez feliz la mía,
de estrellas simuladas,
de luces encendidas.

Flotando iba en el aire
un vuelo de sonrisas.
Las casas adornadas
con magias y alegrías
y entre aquellos colores
un velo blanco...
Melancolías.

Extrañezas de ausencias,
impropias despedidas.

Perfume en el aire de recuerdos.
Diciembre de llegadas,
enero de partidas.
Distancias acortadas
por alas de los días
en los que como un sueño
al cerrarse mis ojos
el mundo aunado sonreía.

Y creía en la paz
sintiendo que crecían
almas y corazones
que ya empequeñecían.

Perfume de recuerdos
en la adultez ahora mía,
creyente aún de aquello

que me pertenecía:
el sentimiento dulce
de creer que diciembre
existiera una vida.

El primer regalo de Reyes

Daniel Hermosel

www.librovirtual.org/AUT0021

Una ventana, en el segundo piso de una casa, mira a una plaza cuadrada de portales amplios y pilares de piedra, con una fuente de la que nunca llegó a manar agua, un mosaico de grises con rayas verdes entre las teselas, una encina con el tronco hueco, una higuera milenaria y un ciprés altivo. A la izquierda la iglesia, con una gran puerta de hierro oxidado que nunca se abrió. A la derecha más casas de dos plantas, más portales amplios y pilares de piedra. De frente una escuela.

Un momento extraño al despertar en una cama en la que he dormido bien, aun no siendo la mía. Una sensación que me dura lo que se prorroga el descubrirla, como cuando el último sueño de la noche comienza a escaparse y aún su recuerdo no se ha desvanecido del todo, pero resulta inútil tratar de evocarlo, pues ya dejó de existir. Durante ese instante el tiempo se tomó un respiro y la sensación tomó nombre: estoy en casa, y entonces, simplemente, desapareció.

Cuando un secreto lleva oculto demasiado tiempo y aquellos que lo guardan se han ido, el secreto abandona este mundo junto al alma del último difunto. Pero hay misterios que se niegan a desaparecer, y almas que no desean ser acompañadas. Entonces el destino se alía con ambos, para bien o para mal.

El frío de una noche estrellada de diciembre se cuela por las grietas de la madera y se ensaña con la débil carne de Marta que, hecha un ovillo, se estremece mientras sueña.

«Mal asunto este de ser pobre; se le acaba cogiendo costumbre y luego una no acaba de querer de dejarlo.» Quejas

de una mujer que vivió más de lo necesario. «La vida es lo que tiene, que no te deja tranquila hasta la muerte.» Tranquila quedes madre, y en paz, pronto, cuando tu último deseo sea cumplido.

Cuando la niebla viene del monte, es que los vientos andan inquietos, porque saben que las nieves se acercan y tendrán que luchar de nuevo. Cuando la niebla viene del río, es que las almas andan inquietas, porque saben que un deseo ha vencido al olvido y busca el modo de quedar satisfecho. Cuando la niebla viene del cementerio, simplemente, es que alguien va a estrenar un nicho nuevo.

Desde una cama hundida por los años, el único consuelo de Marta es mirar por encima de las delgadas sábanas y las mantas raídas, e imaginar formas en las humedades del techo, que según ella cambian cada noche. Mientras, espera a que llegue su madre a levantarla, a aproximarla hasta la mecedora, a que la arrope con las mismas raídas sábanas y mantas delgadas, para pasar, así, el día mirando a la plaza y a las gentes que pasan, mientras las campanas de la iglesia marquen las horas, el viento baile con la copa del ciprés altivo, un gato se esconda en el hueco de la encina y la nieve dé un aspecto honorable a la higuera milenaria. De frente, una escuela la observará. Marta siempre espera que algún día le diga algo. Pero nunca dice nada.

Anduve por viejas calles llenas historia de gente corriente, donde mil vidas han celebrado y sufrido, reído las mismas gracias insulsas, tropezado en las mismas piedras, agotado las últimas energías en las mismas cuestas donde otros tantos han corrido alegres. Subí escalones de piedra suavizados por las pisadas de hombres y mujeres anónimos, de vidas duras e intensas, perdidas en el olvido, como quien pierde una hoja en otoño, e igualmente secas y barridas por el tiempo. Caminaba sin saber hacia dónde por un pueblo desconocido, intuyendo las mil ansias de personas enredadas en esta vida de enredos, para cumplir una última promesa.

Cuando la pasión se apodera del sentido de un hombre, y el secreto satisfecho sólo engendra más deseo, la traición solamente tiene un remedio de sangre, que ni la sangre se respeta ni puede ser perdonada cuando la locura se disfraza de celos.

Unos ojos cálidos. Una cara con una luz especial entre los pliegues de mil preocupaciones. Una voz entre la afonía y el infarto. Un pelo descuidado domado de cualquier manera. Unas manos arrugadas por cientos de trabajos y varios achaques para los que nunca hay tiempo. «Marta, cariño, vengo a buscarte para que me acompañes en la cena.» El vacío estómago de Marta no se alegra. El nudo de su garganta se aprieta. «Y ¿por qué no ha venido mi madre?» De nuevo llantos de impotencia, que ya saben a rutina ante la promesa rota. Otra más. Una menos. «Ya sabes que tiene que trabajar, cariño. Anda, no llores, que te he preparado un pastel especial de Nochebuena.» Viendo a Aurelia no queda ninguna duda de que en este mundo hay personas que no tienen más remedio que ser buenas. «Y ¿qué les vas a pedir a los Reyes Magos, una muñeca?» Coge a la niña de cristal en brazos, como el viento toma una pluma o una brizna de hierba. Marta mira de nuevo por la ventana. El ciprés altivo calla. La higuera milenaria no contesta. La encina se esconde en su hueco. La iglesia está ocupada. La escuela, como siempre, calla. «Nunca me traen la muñeca, mi madre dice que se les gastan porque todas las niñas quieren una y nunca me traen nada. Así este año les voy a pedir algo que no se les puede gastar: que mi madre no trabaje por las noches, y me cuente cuentos para que me duerma, y se acueste a mi lado cuando tenga miedo de las tormentas.» Unos ojos cálidos y más lágrimas con sabor a pobreza. Hay personas que necesitan que otras no tengan más remedio que ser buenas.

«Así que su madre vivió en este pueblo, ¿eh?» Cuatro ancianos reunidos en torno a una mesa y un camarero adolescente, sus padres y otra señora muy, muy vieja eran los únicos habitantes de Cancelas del Llano. «¿Se quedará para la

cena de Nochebuena? Como somos pocos la pasamos todos juntos en el bar, menos la señora Juana, que se encierra en casa llegando el veintidós y no sale hasta pasados Reyes.» Dos mastines cruzados, un galgo sin dientes, un gallo, dos gatos callejeros y un loro, los amos de las calles. «Las llaves del cementerio las tiene mi padre, pero tampoco hacen falta. Hace tiempo que se derrumbó parte del muro que da a la parte vieja.» Ya nadie cuidaba los jardines más alejados de la plaza de la iglesia, y aún estos aparecían salvajes, con setos sin recortar, malas hierbas, un ciprés que se mecía con el viento con orgullo y altivez, lo que parecía una encina con el tronco hueco, y lo que pudo ser una higuera. «Un rayo partió la higuera en dos, y luego rebotó y dejó desfigurada la encina. El ciprés, que es más alto, no sufrió ningún daño, aunque luego se fue secando por dentro, y cualquier día se nos cae sobre alguna casa, por muy sano que parezca.» Cuatro chatos de vino, unos pinchos calientes y cuatro historias pugnando por serme contadas. «Siempre la misma cantinela. Aquí ya no queda nadie, ¿sabe? En verano todavía hacemos algo de negocio con la hospedería, pero en estas fechas... »

Quando la felicidad se cobra el precio de la mentira, o cuando la verdad se nubla y se niega. Quando el dinero acompaña a los afectos y las carencias son realmente carencias. Quando el desdén y la burla no miden bien a quién afligen. Quando el amor llega a sus últimas consecuencias. Quando la locura toma las riendas y el embriagador aroma del odio emborracha el sentido. Quando las opciones no son opciones sino ira desatada y dos cartuchos y una escopeta. Entonces es el momento en el que la parca se relame en secreto. La mesa está puesta.

La vida parece otra vida en casa de Aurelia. Marta sonríe, tal vez por primera vez desde no sabe cuánto, cuando sus hijos comienzan a cantar versiones nuevas de los villancicos de siempre. En la mesa de Aurelia nunca sobra nada, pero si ella puede evitarlo tampoco falta, aunque casi todo esté ya empezado antes de comenzar y siempre se hagan

más partes de las que tocan. «¡Deja un poco para el tío Antón, que sabes que le gusta!» Marta no puede evitar desear quedarse allí para siempre, entre los cantos de unos, las regañinas y llamadas al orden, entre las risas de todos. «¡Ande, madre, beba un poco de vinillo y cántese algo!» Un pequeño fuego ilumina más que calentar, ignorado por innecesario, entre el calor de la familia de Aurelia que se pone a bailar al son de una botella de anís. «¿Me concedes este baile?» Juan, el hijo mayor, toma a la niña de cristal en sus brazos fuertes de jornalero con la suavidad de cien cojines de plumas, y comienzan a girar por el salón con los demás. Marta cierra los ojos y se deja llevar por el momento, se deja llevar por los sueños que una y otra vez se repiten en sus largas noches de soledad. Cuatro palabras casi se escapan de su pequeña boca. «¡Ojalá fueras mi padre!»

Lentamente entré en el viejo cementerio por el derrumbe del muro y, lentamente, busqué las tumbas de dos extraños, con el mismo nombre y apellido. Una mujer muy, muy vieja estaba de rodillas entre dos lápidas. «Mi marido y mi hijo... » Dos nombres iguales, dos apellidos iguales, dos fechas iguales. La mujer era ciega, y no dejaba de tocar las lápidas recorriendo con sus manos los nombres de los que ahí yacían. «Sin motivo ninguno, sin motivo ninguno.» La mujer sacó un relicario que llevaba al cuello, y sus ojos secos de tanto llorar miraron, sin ver, dos viejas fotografías grabadas a fuego en su mente. «¿Verdad que era guapo mi hijo?» No soy yo quien deba juzgar eso, no puedo ni podré ser objetivo nunca en ese punto. Lo único que pude hacer fue reconocerme en esa fotografía del mismo modo que me reconozco ante el espejo. «¿Le apetecería tomar un café, hijo?» Si aquella mujer sabía realmente a quién invitaba a su casa, o no, no lo sabré nunca. Acepté acompañarla a su casa, acepté el café, y aún trato de aceptar lo que me contó después sobre mi madre, sobre mi padre y sobre la noche en que los celos le llevaron al crimen y al suicidio. La anciana abuela me dio un paquete que llevaba envuelto más de treinta años con papel de colores. «Lo encontré hace ya años, cuando me quedé ciega. Quédeselo si le gusta, me ha hecho buena compañía esta tarde, y hay que

ser agradecidos con la gente buena.» Sólo me quedaba una cosa por hacer en el pueblo. Despacio, en una ceremonia de un culto olvidado, cumpliendo el último deseo de una mujer que vivió más de lo necesario, que abandonó su hogar perseguida por el remordimiento y que nunca supo expiar sus culpas por más que renunciara a volver al pueblo que la vio nacer, esparcí las cenizas de mi madre, como fue su deseo, a los pies del hombre que mató y murió por ella, y con las ceniza su secreto.

Cuando la verdad se guarda en un cajón oscuro, el destino desea que alguien la rescate, y si la voluntad no cede al orgullo, alguien lo terminará haciendo.

Un fuerte estruendo, luego otro. Tal vez truenos. Mas no hay tormenta esta madrugada. Sólo niebla, una densa niebla plateada que nadie sabrá de dónde llegó. Tal vez disparos. «Marta, despierta, tenemos que irnos.» La noche aún reina. La niebla de plata no deja ver más allá de dos pasos. Corta la navaja del invierno. Marta es cogida por su madre, que la mete en un coche que espera en la puerta de su casa. Poco después mete una maleta a su lado y la cubre con la vieja manta raída. «¡Arranca, Pedro, vámonos!» El frío se cuele por las ventanillas del coche. Las campanas de la iglesia comienzan a repicar escandalosamente, despertando a todos los vecinos. Los perros empiezan a ladrar y a aullar. Se levanta un fuerte viento que sacude con fuerza el altivo ciprés que se despide con un quejido de Marta, la cual jamás volvería a conversar con él, ni con la encina hueca, la higuera milenaria, la siempre ocupada iglesia ni la eternamente muda escuela, que esa noche tampoco dijo nada.

El traqueteo del autobús. La monótona sonata de la lluvia contra el cristal mezclada con las interminables quejas y farfallo del viejo motor. Las difusas voces del resto de pasajeros. La luna de hielo empañada con el calor saturado que sube desde los pies a las mejillas. La oscuridad más allá de la carretera desierta. Todo invitaba a dormir para que, al despertar, todo quedara entumecido entre la difusa bruma de

los sueños, que tan misteriosamente viene como se va cuando menos se espera, dejando al sol brillar durante los últimos momentos de la tarde, sobre una tierra que ya no calienta, donde las bombillas de colores son ahora soberanas.

—¿Qué tal el viaje?

—Bien. Vámonos a casa, y mañana ya te cuento.

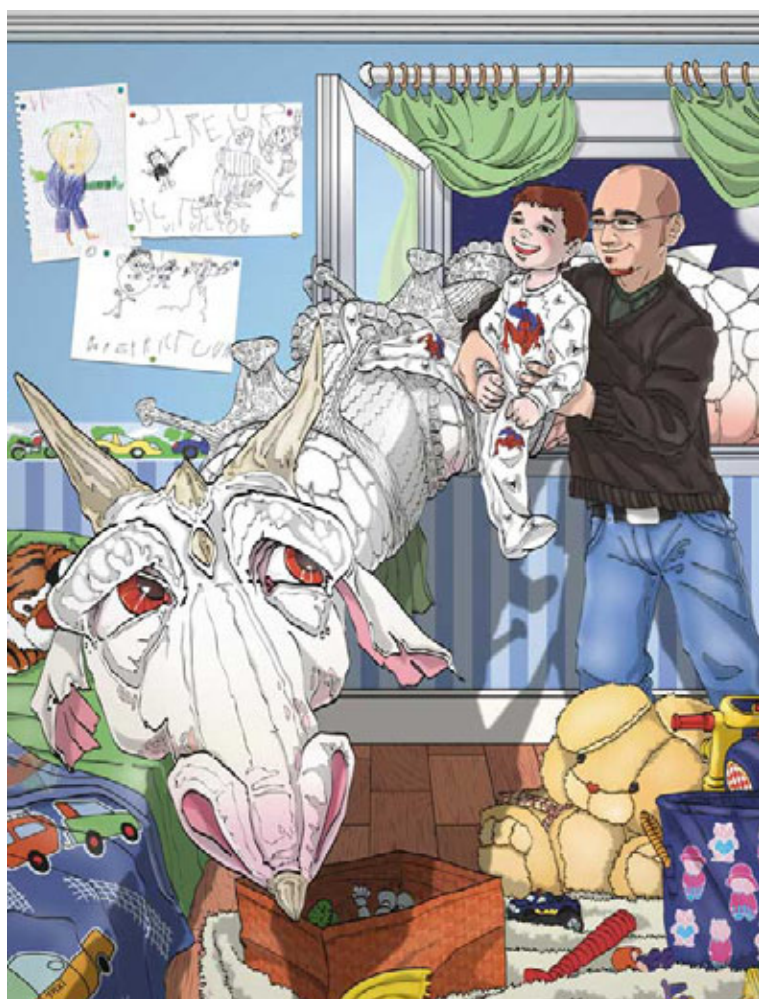
—Vale, como quieras. Creí que me tocaba cenar sola en Nochebuena.

—Ya te dije que llegaría a tiempo. Por cierto, te he traído una cosa.

—¿El qué?

—Una sorpresa, ya lo verás el día de Reyes.

Cuando los deseos se cumplen, no siempre lo hacen justo cuando queremos, pero al que sabe esperar todo le llega, como en un cuento.



Agustín Garriga
agarrigailustracion.blogspot.com

La pájara

Emmanuel Quiñones

www.librovirtual.org/AUT0121

I

El niño pinta
una pájara sentada
en un verde limón.

II

Tropezándose
con los cerros,
llega la lluvia.

III

Un inmenso
charco
refleja el vuelo
de la pájara pinta.

IV

Sobre un papel
cartoncillo,
queda dibujado un niño.



Miguel Francisco
www.rumbadesign.net

Queridos Reyes Magos

Daniel Hermosel

www.librovirtual.org/AUT0021

Queridos Reyes Magos:

Soy yo, Pablo.

Como veis os escribo yo mismo la carta. Ya sé que mi letra no es muy bonita. Aunque mi tita Sandra dice que sí que lo es. Intentaré hacerlo lo mejor que pueda. La letra de mi mami sí que es bonita. Pero ya no escribe, ni habla, ni me ve, ni sale al parque, ni juega conmigo, ni me baña, ni me lee cuentos, ni me deja dormir a su lado, ni nada de nada.

A papá no se lo he pedido porque sé que me va a decir que no tiene tiempo. Ahora sólo dice eso: «¡No tengo tiempo hijo, luego, luego! ¡No tengo tiempo, Pablo, luego, luego!». Nunca lo tiene. Ni para escribir, ni para hablar, ni para verme, ni para salir al parque, ni para jugar conmigo, ni para bañarme, ni para leerme cuentos, ni para dejarme dormir a su lado, ni para nada de nada. Llega del trabajo, se mete en la habitación con mi mami y cierra la puerta. Luego sale corriendo y se marcha. Yo no sé cuándo vuelve porque ya estoy dormido. Por la mañana sale corriendo de la cocina con una galleta en la mano y el abrigo a rastras. Va con mucha prisa, mucha prisa. Tanta prisa que es mejor no cruzarse con él en el pasillo. Porque no tiene tiempo, y se enfada si me pongo en medio. Y me dice: «¡Quita, Pablo, que no tengo tiempo! Así que lo que yo hago es esperar en mi cuarto hasta que oigo el portazo. Y cuando ya se ha ido voy a desayunar con mi tita Sandra. Y luego me voy yo solo al colegio.

Se lo pedí a mi tita Sandra: «¿Me escribes la carta de los Reyes?», le dije. Ella tampoco tiene mucho tiempo. Y a veces no puede tampoco hacer muchas cosas conmigo. Pero sí que me habla, y me ve, y un día salimos al parque, y juega conmigo, y a veces me deja dormir a su lado. Mi tita Sandra dice que ya soy un niño mayor. Y que me tengo que bañar yo solo, y que puedo leer los cuentos yo solo. Cuando le pedí

que me escribiera la carta, me dijo: «Pablo, ya eres un niño mayor, ya puedes escribirla tú solo». Y yo le dije: «Pero, Tita Sandra, no sé qué ponerles a los Reyes». Y me dijo: «Pues escribe como si estuvieras hablando con ellos». Y eso estoy haciendo.

Mi tita Sandra me ha dado un boli para que os escriba. Me gusta escribir con boli. Es más brillante y azul marino. Y el azul marino es mi color favorito. Lo malo es que no puedes borrar si te confundes. En el colegio escribimos siempre con lápiz. Lo bueno del lápiz es que puedes borrar si te confundes. Yo no me suelo confundir mucho. Mi amiga Sonia sí, y gasta mucho la goma. He pensado que, a lo mejor, lo que le pasa a Sonia es que ella es una niña pequeña. Por eso se confunde tanto. Cuando salimos del cole su mami viene a buscarla, y la coge, y le da muchos besos muy fuertes que le ponen la cara roja, y le dice: «¡Ay mi niña pequeña que ya salió del cole!», y se van para su casa. Un día Sonia me dijo que no le gusta que su madre haga eso. Yo me reí y no dije nada. Porque a mí sí me gustaría que mi mami viniera a buscarme, y me cogiera, y me diera muchos besos muy fuertes que me pusieran la cara roja, y me dijera: «¡Ay, mi niño mayor que ya salió del cole!». Bueno, a lo mejor sin cogerme y sin darme muchos besos, sólo uno. Que a los niños mayores no se les trata igual que a las niñas pequeñas. Cuando Sonia sea una niña mayor ya entenderá estas cosas. Por eso no le digo nada.

Mi tita Sandra me ha dado también estas hojas blancas, sin cuadritos, ni rayas, nada. Es la primera vez que escribo en una hoja así. En el cole siempre escribo en mi libreta de cuadritos. Le dije: «¡Tita Sandra, si esta hoja no tiene rayas, ni cuadritos, ni nada!». Y ella me dijo: «Ya eres un niño mayor y puedes escribir en hojas sin rayas ni cuadritos». Espero que me perdonéis porque se me tuercen los renglones. Y por mi letra, que no es muy bonita, como la de mi mami. Aunque mi tita Sandra dice que sí que lo es. Yo Intento escribir despacio y lo mejor que sé. Pero como escribo con boli no puedo borrarlo si me tuerzo, o si me sale una letra fea, o si me confundo.

Este año, la verdad, no sé si habré sido un niño bueno o no. No sé qué tengo que hacer para que papá no

esté siempre enfadado conmigo, que yo ya sé que tiene prisa, y que no puedo hacerle perder tiempo, pero a veces lo hago sin querer, y él se enfada, claro, y me grita por mi culpa. Mi tita Sandra no me grita pero me dice que tengo que ser un niño bueno: «Pablo, sé un niño bueno y báñate deprisa. Pablo, sé un niño bueno y vístete. Pablo, sé un niño bueno y no molestes a tu mami». Y yo hago lo que me dice, pero no lo tengo que hacer muy bien porque siempre me lo vuelve a decir. A mi mami no la molesto. A veces intento verla cuando está la puerta de su cuarto entreabierta. Ella no me ve, solamente duerme o llora.

Un día oí a papá y a mi tita Sandra decir que mi mami lloraba tanto porque el hermanito que iba a venir se había ido. Yo no lo entiendo. ¿Cómo va a irse si aún no ha venido? Y supongo que si iba a venir, pues ya lo hará. Es como cuando la abuela perdió el tren y vino dos semanas más tarde a mi cumpleaños. Al final llegó y me trajo la bici de regalo, y fue como tener otro cumpleaños. A mí me gustaría entrar a la habitación de mi mami y decirle que no se preocupe, que el hermanito que iba a venir lo mismo ha perdido el tren, y que ya llegará cuando encuentre otro. Y darle un beso y quedarme a su lado para que lo esperemos juntos. Pero cuando estoy cerca de su puerta mi tita Sandra me dice que sea un niño bueno y que me vaya, que no la moleste, y aunque yo creo que no la iba a molestar, a lo mejor sí la molesto, pero yo no quería hacerlo. No quiero que penséis que no soy un niño mayor bueno, porque yo lo he intentado, y si no lo he sido es porque no sabía qué tenía que hacer.

Este año no os voy a pedir ni...

En este punto, Sandra volvió a insistir en que se fuera a bañar, así que dejó la carta sin terminar y obedeció a su tía, asegurándose, eso sí, de dejar los folios bocabajo y con el boli encima, para evitar ojos curiosos. Se estaba bañando solo, como niño mayor que era, cuando oyó el portazo de bienvenida y los pasos pesados de su padre, que entró al salón y tiró las llaves en la mesa. Luego silencio. Después las voces amortiguadas, ininteligibles, de su tía y su padre, puertas

moviéndose, los habituales pasos rápidos y el portazo de despedida.

Pablo terminó de bañarse, se secó y se puso el pijama. Salió del cuarto de baño y sintió el silencio del piso vacío. La luz del salón liberaba al pasillo de la oscuridad dejándolo en penumbra, la cual le permitió ver claramente que la puerta del fondo, la de la habitación de su madre, estaba completamente abierta. No mal cerrada o algo entornada, sino abierta del todo. ¿Tal vez...? Abrió bien los ojos, intentó oír algún sonido que le diera una pista. La sola idea de que... Su corazón comenzó a acelerarse, no se atrevía a entrar al salón para confirmarlo. ¿Acaso ya no tendría que pedir...? Finalmente se decidió y dio los siete pasos que había hasta la puerta del comedor, que no le dejaba ver bien el interior.

Sandra lo encontró parado en el marco, mirando hacia la mesa, con un aire de desilusión.

—¿No te gusta la cena? Son salchichas con queso, antes te gustaban.

—Sí, sí me gustan. —Esbozó una sonrisa resignada.

—Venga, sé un niño bueno, cómetelas y luego te secaré el pelo.

—Tengo que terminar la carta de los Reyes.

—¿Aún no la acabaste?

—No.

—Pablo, ya sabes que no debes pedir muchas cosas, ¿eh?, no hagas la carta muy larga.

—Sólo pediré una.

—Vale, pues comes, terminas la carta, te seco el pelo y a la cama.

—Vale.

Sandra le dio un beso fugaz en la cabeza húmeda y recogió el bolígrafo del suelo, pidiéndole que tuviera más cuidado. Lo dejó sobre las hojas escritas y se fue a recoger el cuarto de baño.

Pablo cenó en silencio, parsimonioso. Al segundo bocado, cuidando bien que su tía no estuviera a la vista, cogió los folios con intención de terminar la carta. Tuvo que dejarlo para después. Tenía que reescribir la última página completa antes de pedir lo que quería ese año. Sin saber cómo, la brillante tinta azul marino del boli se había convertido en apresurados churretones aquí y allá.



Juan Carlos García del Blanco
www.qunb.blogspot.com

Una historia verdadera

Emmanuel Quiñones

www.librovirtual.org/AUT0121

Voy a contarte, pequeño,
una historia verdadera.
Un señor que triste era
se aferró a buscar un sueño.

¿Sabes en qué consistía
el sueño de ese señor?
¡Se aferró a buscar amor
en todo lo que veía!

Vio los cerros y los mares
los bosques, las serranías,
pero en ninguno existía
el amor para sus males.

Pasó el tiempo, llegó el día
y en la mera Nochebuena,
antes de gozar la cena,
se presentó la alegría.

La Navidad tiene un brillo
que en el Niño Dios se centra:
¡El amor puro se encuentra
en los ojos de los niños!



Spooky, el elfo travieso

Natalia Linares

www.librovirtual.org/AUT0064

Miró su cara reflejada en la bola amarilla. Su nariz era grande, gorda y alargada, sus ojos enormes, y le llegaban a la barbilla; las orejas parecían estar muy atrás. Y, además, su piel era totalmente azul. Spooky rió divertido y luego colgó la bola en el árbol de navidad. Todos los elfos del taller de Papá Noel tenían la costumbre de colgar una bola en el árbol de la sala de trabajo cuando se acercaba el gran día.

Otro elfo avisó a Spooky de que debía ponerse a trabajar. Sólo faltaba una semana y aún tenían que preparar muchos juguetes. El elfo, que sólo tenía cien años (lo que le hacía ser el más joven del taller), refunfuñó pero enseguida retomó su labor y preparó unos cuantos trenes de juguete para los niños.

Papá Noel siempre repartía los juguetes que hacían sus elfos en el taller, todos los que imagináis y a todos los niños del mundo. Sin embargo, Spooky, que era nuevo, tenía la impresión de que eran un poco aburridos. Por ejemplo, se preguntaba por qué los trenes de madera no podían tener motor y lanzar cohetes, por ejemplo, o por qué las muñecas de trapo no podía caminar y rugir como los dinosaurios. Pensaba que eso sería mucho más divertido que lo que hacían siempre. Los otros elfos le explicaron que eso no podía ser, que los fabricaban de esa manera por una razón, porque cada niño quería un juguete que fuese bueno para su franja de edad y que no podían ponerle características peligrosas que hiciesen daño a los niños más pequeños.

Nuestro amigo Spooky, tras varios días pensando, decidió que los otros elfos estaban equivocados. Como era un poco travieso, por la noche, mientras los otros elfos dormían, se levantó de puntillas y caminó hasta el taller para poder hacer los juguetes que había soñado.

Durante toda la noche, Spooky trabajó sin descanso en hacer más y más modificaciones a los juguetes que ya existían

y, después, antes de que todos se levantasen, cambió algunos de los juguetes empaquetados por sus nuevos y mejorados diseños, volviendo a envolver los regalos y a decorarlos como si nadie los hubiese tocado.

Durante varios días, nuestro pequeño amigo elfo siguió trabajando muy sonriente, cantando canciones como los demás, feliz ante la idea de que los niños fueran a jugar con los nuevos y mejorados juguetes de Spooky.

Llegó el día de Nochebuena y Papá Noel preparó su trineo y metió su saco mágico con todos los regalos en él. Los repartió por todo el mundo en una sola noche, gracias a la ayuda de sus renos voladores, y regresó a su taller, dispuesto a preparar ya los regalos del año próximo.

El día de Navidad todos abrieron sus regalos y ocurrió que algunos de los juguetes resultaron peligrosos para los niños. Los periódicos del mundo sacaron un terrible titular diciendo que Papá Noel era muy irresponsable al haberlos repartido.

Papá Noel se disgustó mucho y quiso saber quién había empaquetado los regalos, sin haber pasado la inspección de seguridad que hacía siempre el Elfo Segurín, el más anciano de todos en el taller. Todos los elfos se pusieron muy tristes porque nadie sabía quién podía haberse equivocado al poner aquellas cosas.

Como nadie sabía quien era, Papá Noel dijo que hasta que no saliese el elfo que había causado todo el problema no fabricarían más juguetes para los niños y que el año que viene solo regalarían calcetines.

Los elfos se entristecieron mucho porque a ellos les gustaba muchísimo fabricar juguetes, más incluso que tomar chocolate con churros.

Spooky, que era travieso, pero no malo, se sentía muy mal. Cuando ya Papá Noel iba a salir del taller, el pequeño elfo dijo muy tímidamente:

—Fui yo.

Noel. —¿Cómo? ¿Quién ha dicho eso? —preguntó Papá

—Yo, Spooky.

Papá Noel miró al elfo con cierto enfado. Spooky se había quitado el gorro y estaba casi a punto de llorar de la pena que tenía.

—Sólo quería que los juguetes fuesen más divertidos, no quería hacer daño a nadie. Lo siento mucho, ojalá pudiese arreglarlo.

—Bueno... ahora ya está hecho, no tiene arreglo. ¡Poner un cañón láser en un juguete de madera!! ¿A quién se le puede ocurrir?

Spooky estaba muy triste. Papá Noel, que siempre sonreía, estaba muy enfadado. De pronto, empezó a reír a carcajadas ante la sorpresa del joven elfo, que no entendía nada.

—Pero, Spooky, ¿no sabes aún que yo lo sé todo? ¿Que sé quién es bueno y quién es malo?

El elfito se quedó perplejo mirando cómo Papá Noel y los otros elfos se reían sin parar.

—Te hemos dado una lección —dijo Papá Noel—. En realidad, apareciste en mi lista de niños malos, así que te seguí a ver qué ibas a hacer. Al descubrir que habías cambiado los regalos, cuando te fuiste a dormir, los volví a cambiar por otros juguetes nuevos. No ha habido ningún niño herido por tus juguetes, Spooky.

—Pero, ¿y los periódicos?

—Los hicimos en la imprenta y los pegamos encima de unos de verdad, para que te lo creyeses —explicó otro elfo.

—Aunque lo importante es que hayas aprendido la lección —puntualizó Papá Noel.

—Sí que la he aprendido. Las normas están para seguirlas porque, si no, puedes causar muchos daños.

—Exacto, Spooky. Y ahora, ¿quién quiere una buena taza de chocolate con churros para celebrar otra entrega de regalos exitosa?— invitó Papá Noel.

Todos los elfos, incluyendo a nuestro travieso amigo, fueron a tomar su bebida favorita sabiendo que, antes de hacer una cosa, por buena que nos parezca, hay que pensarla dos veces.

Quick

Almudena Romea García (8 años)

Una mañana de verano de hace dos años, paseando con mi madre por un centro comercial, me detuve en una tienda de animales. Allí encontré una jaula en la que había hámster. Uno de ellos era un hámster especial. Corría de un lado para otro en la jaula, mientras los demás dormían uno encima de otro.

Me enamoré enseguida de ese hámster, y convencí a mi madre para que me lo comprara por mi cumpleaños aunque faltaban más de cinco meses para que cumpliese los siete años. Al final me lo compró, junto con una jaula, algunos juguetes para el animal, material para que hiciese su nido y comida.

A la señora de la tienda le costó mucho atrapar al hámster, porque no paraba de correr. Ella cogió al bichito y nos dijo que era una chica.

Salí muy contenta de la tienda y empecé a pensar en cómo la iba a llamar. Mi madre, me propuso, que como corría mucho, la llamara Quick, que en inglés significa 'rápida', y yo le dije enseguida que sí, porque me encantaba ese nombre para mi ratoncita.

Mi madre al cabo de un rato me dijo que tendríamos que ir enseñársela a mis abuelos y cuando lo hicimos les encantó.

Cuando llegó mi padre de trabajar por la noche, yo ya estaba acostada y se dio un buen susto con Quick, ya que hacía mucho ruido cuando se subía en la rueda.

Pasaban los días, y yo todas las mañanas, antes de ir al cole, le daba su comida. Los sábados le limpiaba la jaula.

Varios meses después se me cayó un diente y, al día siguiente, el ratoncito Pérez me trajo un regalito, junto con una carta en la que decía que tenía que cuidar mucho a Quick ya que era una prima lejana suya.

Yo la quería tanto que en vacaciones me llevaba una foto suya y la dejaba en mi mesilla de noche.

Un año después volvió a caerse otro diente. Cuando me desperté, ¡mi hámster no estaba! Encontré la puerta de la jaula abierta, y debajo de mi almohada, además de mi regalito, había una carta que decía:

Hola, Almudena,

Soy Quick, y ya que mi primo ha venido, me voy de vacaciones con él unos días. Volveré prontito.

Besines. Te echaré de menos.

Quick.

Aunque estaba un poco triste, me hizo mucha ilusión que mi hámster estuviera con el ratoncito Pérez.

Todas las mañanas, al despertar, lo primero que hacía era mirar si Quick había vuelto, pero nunca regresaba.

Llegaron las navidades, y se me volvió a caer otro diente y recibí otra carta:

Hola, Almudena,

Soy Quick. Como ves aún no he vuelto, pues con los dulces de estos días se están cayendo muchos dientes, y Pérez está teniendo tanto trabajo que varios primitos estamos ayudándole. ¿Estás teniendo cuidado con los dulces navideños?

Espero verte pronto y volver cuando los niños dejen de comer tanto dulce, pero hasta entonces te dejamos un regalito que seguro que te gusta. Para que los de mamá queden tranquilos... Ya verás tus primeros... uys... ¡¡¡casi se me escapa!!!

Hasta prontito,

Quick y ratón Pérez

El regalo que me hicieron era un par de ¡zapatos de tacón! ¡Me encantaban!

Cuando escribí la carta a los Reyes Magos les rogué que, si veían a Quick, le dijeran que la echaba mucho de menos y que volviera pronto.

El día seis de enero, ese día tan esperado para todos los niños del mundo, recibí entre otros un regalo gigante: era la jaula envuelta en papel de regalo y dentro estaba... ¡Quick! ¡Fueron las mejores navidades de toda mi vida!



Miguel Ángel Martínez Álvarez
www.graficpro.com

Regrésame la niñez

Fernando Sabido Sánchez

www.librovirtual.org/AUT0089

Las camareras no me ofrecen
amor, llegan con minifaldas rojas
y un gin-tonic que no ahoga
las cicatrices del pecado
¡Maldita sea la locura
que amamanta un mundo
de perdedores!

Perdí la inocencia para siempre,
la infancia y la escuela
a cambio de unas condecoraciones
de hojalata que ni tan siquiera
me susurran villancicos.

Regrésame la niñez.
Regrésame a todos los que han muerto.
¿Acaso las luces que envuelven
los abetos de plástico, el frío
o la nieve pueden comprar mi silencio
en estos días?

Canta.
Canta un villancico.
Aunque jamás me harás
sentirme libre de culpas.



Un secreto de Navidad

Diego Castro Sánchez

www.librovirtual.org/AUT0070

Hace mucho, mucho tiempo, en un lugar muy lejano... un momento, la mayoría de los cuentos infantiles comienza de esta manera; todos menos este.

Estamos en el número veinticinco de la calle San Nicolás; como cada año, en vísperas del día de Navidad, el señor Lars salía muy temprano de casa. Era un hombre grandote y bonachón, de mejillas sonrosadas y que siempre iba muy sonriente.

—Buenos días, señora Miller. ¿Cómo se encuentra hoy su marido? —preguntaba con interés a su vecina.

—Pachucho, señor Lars, pachucho —contestaba la buena señora Miller.

—Pues que haya mejoría. Seguro que este año las cosas irán mucho mejor. —La señora Miller agradeció los buenos deseos de su vecino con una gran sonrisa.

La primera nevada del año había dejado las calles de la ciudad cubiertas por un gran manto blanco. Los niños ociosos se dejaban caer por la empinada cuesta abajo en medio de una gran algarabía.

—Tened cuidado, niños. ¡Os vais a partir la crisma! —reprochaba con aire burlón mientras daba saltitos para no meter los pies en los charcos.

—Buenos días, señor Sammi. —El encargado del almacén general saludó al señor Lars tras el escaparate.

—¿Ha llegado mi encargo? —preguntó desde el umbral de la puerta.

—Pase, pase, señor Lars. Está usted en su casa. Ha llegado esta misma mañana; puntual como cada año. —El

señor Sammi rebuscó debajo del mostrador y sacó un paquete muy bien envuelto.

—Aquí tiene, señor Lars. Me tiene usted en ascuas; todos los años igual, el día antes de Navidad recibe usted el mismo paquete. —El señor Sammi no le quitaba ojo de encima al dichoso envoltorio de vivos colores.— Además viene sin remite. —El bigote del señor Lars se agitó risueño.

—¿No sabe usted que la curiosidad mató al gato? —preguntó con ironía, al tiempo que agarraba su paquete, se lo colocaba debajo del brazo y salía del almacén silbando bajito.

Por fin podía respirar tranquilo.

Una vez de vuelta al número veinticinco de la calle San Nicolás, el señor Lars entró en la casa, cerró la puerta tras él, subió las escaleras y se metió en el desván.

La habitación estaba a oscuras, tan sólo un hilo de luz muy débil se colaba por la claraboya. El señor Lars echó mano de un quinqué y lo encendió para alumbrarse en la oscuridad. Con manos temblorosas desenvolvió el paquete que había recibido, hasta que el papel de celofán que le servía de envoltorio quedó arrugado en el suelo.

—¡Magnífico! —exclamó mientras observaba con ojos asombrados el fino trabajo que habían hecho sus amigos; nuevamente se habían esmerado. El traje se ajustaba a su cuerpo como un guante. El terciopelo rojo era suave y mullidito; la Nochebuena suele ser fría y muy, muy larga... pensó el señor Lars. Se colocó el gorro y se tapó con él las orejas; últimamente le salían sabañones. Para finalizar se calzó las botas de fieltro; tenía los pies calentitos. Aquello era fundamental— Listo. Toda va a salir a pedir de boca.

En la planta baja de la casa se había armado un gran revuelo. El señor Lars se apresuró a guardar su flamante traje nuevo en un armario escondido y lleno de telarañas.

—Aquí no mirará nadie —se dijo en voz alta.

—¡Nicolás Lars! ¡¿Se puede saber qué haces ahí arriba?! A saber que porquerías guardas con tanto misterio en

el desván. Cualquiera día lo tiró todo por la ventana. —La señora Lars esperaba al pie de la escalera con los brazos en jarras.

—Mujer, siempre estás igual. Son cosas mías, estoy cansado de decírtelo.

—¡Cosas tuyas, cosas tuyas! ¿A que no me has traído del almacén lo que te pedí? —el señor Lars se llevó las manos a la cabeza.

—¡Ya lo decía yo! ¡Vas a tener que comer rabos de pasas para la memoria! Ya sabes lo que dicen: el que no tiene cabeza, tiene pies —espetó la señora Lars, mientras abría la puerta de la casa.

—Recuerda. Dos kilos de patatas, medio de panceta... y sobre todo que no se te olvide el pavo, o esta noche cenaremos sobras.

—¡Que sí, mujer, no seas pesada! —el señor Lars salió de nuevo del número veinticinco de la calle San Nicolás, pero en esta ocasión iba bastante más tranquilo. Todo estaba a punto para Nochebuena.

Durante el resto del día el señor Lars oyó refunfuñar a su esposa en la cocina. El ruido de cacharros y cachivaches llegaba hasta el salón. Sin embargo el señor Lars, con los ojos muy fijos en el fuego del hogar, tenía otras cosas en que pensar. Ya quedaba menos, ya quedaba menos; tenía mariposas haciéndole cosquillas en la boca del estómago. De vez en cuando sus ojos se desviaban furtivamente hacia el hueco de la escalera. Arriba, en el desván, esperaba su traje nuevo.

El señor y la señora Lars no habían tenido hijos; por eso todos los años por Nochebuena cenaban solos en el gran comedor de su casa. Desde la calle llegaban los sonidos y olores de la Navidad: los coros de villancicos, las campanas, el aroma del pavo asado y el jengibre... pero sobre todo, sobre todo, el sonido de los niños jugando en las calles o en los porches de las casas vecinas. Nada de todo aquello podía hacer desaparecer la tristeza que embargaba a la pareja.

Como cada año cenaron en silencio...

—Eres una gran cocinera, cariño —alabó el señor Lars.

—Gracias, cariño —contestó la señora Lars sin levantar los ojos de su plato.

... Como cada año, la señora Lars se fue sola a la misa del Gallo.

Nada más cerrarse la puerta de casa, el señor Lars se precipitó hacia la ventana del salón. Comprobó que la señora Lars caminaba renqueando sobre la capa helada que cubría la calle, y nada más torcer la esquina, suspiró aliviado.

—Por fin —murmuraba entre dientes mientras subía la escalera hacia el desván.

Efectivamente, el traje nuevo le quedaba como un guante. Ahora sólo quedaba esperar; impaciente, se sentó en el suelo del desván mientras se comía las uñas.

Al filo de la medianoche una cantinela de campanillas llamó su atención. Miró hacia arriba y distinguió, entre la capa de polvo que empañaba el cristal de la claraboya, el hocico sonrosado de un extraño ser. Parecía sonreír.

Milagrosamente cupo a través del óvalo de la claraboya. Por un momento pensó que se iba a quedar allí atascado. El elfo Jürg le estaba esperando con una sonrisa de oreja a oreja.

—Cada año estás más gordo. ¿La señora Lars sigue cocinando tan bien? Hasta aquí arriba llega el olor a pavo asado con jengibre. Mi favorito.

—No sabía que los elfos comíais pavo —comentó el señor Lars extrañado.

—Debe de ser que llevo demasiado tiempo tratando con los humanos —contestó el elfo Jürg sin desprenderse de su sonrisa.

—Vámonos. Hay mucho trabajo que hacer —animó el señor Lars ocupando el pescante del trineo. El tejado estaba resbaladizo y a punto estuvo de caer.

—Todos los años igual. Las prisas son malas consejeras.

—El año que viene me jubilo. Ya puedes decirle a Santa que se busque a otro; estoy cansado, además mi mujer cada año me mira más raro. Yo creo que se huele algo.

—¡Jo, jo, jo! ¡Feliz Navidad! —Los renos tiraron al unísono y el trineo se elevó poco a poco alejándose del tejado de los Lars— La señora Lars te mira raro por lo feo que eres. ¡Ja, ja, ja! —rió el elfo Jürg.

—Tú ríete y no te echas a correr. Como se entere de que se la he estado pegando todos estos años, no se va a librar ni Santa Claus.

—¡Jo, jo, jo! ¡Feliz Navidad! —gritó el elfo con su voz chillona. El trineo se fue convirtiendo poco a poco en un punto diminuto que se confundía con las estrellas que titilaba en el firmamento.

Abajo, en las calles, un murmullo de villancicos se elevaba al cielo. ¡Por fin era Navidad!



Veinticinco de diciembre: noche de asombro

José Gómez Muñoz

www.librovirtual.org/AUT0017

Noche de invierno con frío y escarcha, silencio, se oye correr el agua, cruje el hielo, danzan las llamas y son universos en el alma.	Noche emergiendo entre las ramas y el arroyuelo que asombrado calla. Estrellas en el cielo que también regalan redondos besos de sueños con alas.	Noche irreal que dulce abraza donde todo es lejos y la hierba es blanca, tan redondo es el momento que no falta nada porque la eternidad y el cielo abraza, abraza, abraza.
---	--	--

Al caer la tarde del día de ayer nos reunimos junto a la chimenea del cortijo. Al calor de la lumbre y al calor de los corazones. Sinombre, Enebro y tú esperabais en la puerta comiendo en vuestros pesebres. Álamo se acurrucaba junto a la niña y el pastor de las cumbres alimentaba el fuego para que no se apagara. La madre, a cada uno, nos preparó un pequeño plato con alimentos y nos ofreció un vaso de sidra. Nos felicitamos entre nosotros, nos comimos un trozo de turrón y luego fuimos saliendo del cortijo.

Entre los membrillos, ya sin hojas, comenzamos a bajar, y en el rellano de la Gruta del Belén empezamos a recogernos. Dentro del chozo y alrededor del fuego se pusieron la madre y la niña, su amiga y el perro Álamo. En el rellano de la hierba y por delante del chozo, alrededor de otro fuego, se reunieron los jóvenes del coro. Entonaron sus cantos, y las llamas de la lumbre, coqueteando con el viento, se reflejaban en sus caras. A la derecha de la gruta y pegado a la Cascada Verde, en otra lumbre, nos pusimos el pastor y yo. Enebro y tú os acostasteis junto a la gruta. Las ovejas del pastor se recogían a los lados y por debajo del caqui y del manzano cargado de frutas. Las cascadas caían por los lados de la Gruta del Belén y en las ramas de la Encina Frondosa, y en los robles gigantes se reflejaban las torsiones de las llamas. Las

lumbres iluminaban el rincón y el chorro de humo que nacía del chozo ungía el aire con perfume a espliego.

Y los cánticos de los jóvenes resonaban en la oscuridad de la noche cuando un poco antes de las doce todo el barranco del Prado de la Viña y del Belén y las cascadas se iluminaron, con una tonalidad violeta oro. Miramos y, cruzando la ladera dirección a la gruta, bajaba una multitud de personas: todas las personas que viven en Granada con muchos niños envueltos en sus abrigos. Una muchedumbre grandiosa venía al ver el belén de la gruta. Pero ninguno se paró. Cruzaron por la loma de los olivos y entre la nube violeta oro se perdieron. Justo ahora, desde el fondo del río, se abrió como un ancho camino tapizado con flores y escarcha, y caminando por él subían la Princesa y Bandolero. Te dije:

—También vienen a ver nuestro belén.

Y tampoco se pararon. Al llegar al rellano de los olivos se fueron perdiendo entre la bruma de la nube violeta oro.

A las doce en punto de la noche los jóvenes del coro cantaban con fuerza. La niña se recostaba en el regazo de la madre y su amiga la abrazaba. Las llamas de la lumbre iluminaban con esplendor y, en estos momentos, la nube violeta oro se abrió y una gran luz en forma de estrella comenzó a descender del cielo. Se volvió a iluminar todo el Prado de Otoño como en un mágico día de sol y, cuando la gran estrella se posó justo encima de la Gruta del Belén, nuestros ojos quedaron ciegos. Sólo por unos instantes, porque al momento la luz perdió intensidad y se abrió la gruta. Mirábamos con el aliento contenido y tú, Sinombre y Enebro seguíais esparciendo vuestro vaho dentro de la cueva para calentarla. La niña dijo:

—Mirad, ya están ahí.

Y allí estaban. Las tres figuras más importantes del belén, las que ponen en todos los belenes del mundo, dentro

de la gruta de la Encina Frondosa estaban acurrucadas. Pequeños copos de nieve descendían desde las nubes y dos de ellos, grandes como palomas, caían abiertos y fueron a posarse uno a cada lado de la gruta. Al tocar la tierra se transmutaron, primero en mariposas, y luego en ángeles. Volvió a decir la niña:

—Son las mariposas Marta y Mario que vienen a llenar de magia el rincón de nuestro belén.

Dentro de la gruta, las tres figuras irradiaban luz. Ella era guapa como ninguna mujer en este mundo. Él se recogía en sí y miraba lleno de ternura. Y el niño quería venir con nosotros a calentarse en las llamas de las lumbres.

Navidades blancas

El aire se llenó de un hondo sabor a paz y la noche comenzó a manar gozo. Se me cerraron los ojos y me quedé dormido. Pero se me abrieron los ojos del corazón y comencé a ver otra realidad. Creo que las lumbres siguen ardiendo y creo que sus llamas continúan dando calor.

Amanece y todo el campo está blanco. La nieve ha caído en tanta cantidad que sólo hay blancura por todos sitios. Las llamas de las lumbres se han apagado y sólo quedan ascuas, pero a su calorcito nos acurrucamos. La sensación es como si acabáramos de volver de lugares muy lejanos y bellos. Miro a la Gruta del Belén y parece la misma. Revestida de hierba fresca y violetas y de las rocas colgando los carámbanos de hielo. Hace frío pero nosotros estamos calentitos. Recogemos los instrumentos de música y los abrigo y nos ponemos en camino ladera arriba para subir al cortijo. Bandolero no está ni la Princesa ni las personas de la ciudad de Granada. Sólo el Prado de Otoño cubierto por un espeso manto de nieve y las nubes que, en el cielo, se abren mostrando el azul del infinito. Ya no nieva, no hace viento, las nubes parecen irse y el sol quiere asomarse para regalar calor.

En el cortijo, en la chimenea, arde la lumbre. Se está calentito. Junto a las llamas nos acurrucamos y, al poco, los jóvenes del coro entonan sus cánticos. Melodías sencillas pero dulces para celebrar el momento. Estamos contentos. Todos estamos contentos pero ninguno queremos contarlo por miedo a no expresarlo con claridad. Fuera se ve la niebla revoloteando sobre las crestas de las cumbres lejanas y por las laderas del Cerro de la Viña. Se oyen las campanas de la ermita y la niña dice:

—Están llamando a misa. Luego subimos y que también los del coro canten villancicos.

En su rostro ella tiene una felicidad nueva. Sonríe y es toda belleza. La miro y me digo: «Luego tengo que preguntarle algo muy importante».

Ella juega con todos y a cada sonrisa suya parece proclamar: «Luego os tengo que decir algo que va a gustaros mucho. Porque yo sé algo que todos queréis saber. Luego os lo cuento».

En el rincón, la niebla
cubre acariciando,
suave, nueva,
y en el campo se duerme
el sol con la hierba.

El frío regala
sensaciones frescas
que calientan por dentro
y dulces besan.

Al salir ahora el sol
toda la tierra
parece arrodillarse,
la niña juega
y danzan las llamas
en la chimenea.

Villancicos

Mayte Moro Artalejo y José Luis Latorre Rivas

www.librovirtual.org/AUT0192

Navidad, Navidad, dulce Navidad...

Todos los años nos reunían a los chiquillos en el salón de la casa familiar: hermanos, primos y más primos para cantar, frente al belén gigante, los villancicos. La ilusión de los mayores, transmitida a los pequeños en la presentación de su obra maestra anual.

En medio del coro improvisado de voces infantiles, se podían percibir las risas contenidas de algunos, y algún susurro procedente de otros, a los que les daba más vergüenza entonar las canciones navideñas en presencia de tantas personas.

El público estaba indefectiblemente constituido por los abuelos, los padres, los tíos, algunas vecinitas solteritas y otras solteronas, viudas y, en el lugar de honor, presidiendo la solemne ceremonia, el sacerdote del pueblo. Todos en torno al belén artesanal que cada año concebían, creaban y decoraban mi padre y mis tíos, mano a mano, llevados por una larguísima tradición que nadie sabía hasta dónde se remontaba.

En la miniatura que intentaba recrear las escenas del nacimiento de Jesús, era posible ver figuras hechas a mano, algunas muy grandes, colocadas delante para dar la mejor sensación posible de cercanía, en oposición a las más pequeñas en la lejanía. Entre estas últimas, todos los años, se encontraba el pequeño *caganer*, ese pastorcillo tímido que se metía entre los matorrales, y que constituía, año tras año, el único motivo de fricción entre mi padre y mis tíos: uno partidario de ponerlo y los otros defensores de retirarlo, con el argumento de que no pertenecía a nuestra cultura madrileña y la poca clase de la acción que representaba.

Los detalles, en cualquier caso, estaban pensados al milímetro; las luces eran confeccionadas y colocadas con todo

el amor y primor tras haber sido comprobadas una y mil veces, luces que hoy en día son sustituidas por la electrónica y la modernidad. Entonces no existían las tiras compradas en los chinos, llenas de colores, intermitentes e incluso dotadas de una pequeña caja que añade musiquilla navideña; ni el musgo enlatado, ni el papel que, arrugado, asemeja las montañas; el agua era de verdad.

En todos aquellos años, el belén se colocaba la víspera de Nochebuena, el musgo era del campo y brotes de tomillo llenaban el ambiente con un aroma que, aún hoy, asocio con la Navidad. La escoria que se producía al quemar en las calderas el carbón, era utilizada para asemejar montañas. Todavía recuerdo los arañazos que producía en las manos de mi padre al colocarlo.

Hoy el agua es un gel que llena un estanque adornado por patos y lavanderas, que se sumergen en esa especie de moco líquido que produce una extraña sensación al tocarlo.

Navidad, Navidad, dulce Navidad... El camino que lleva a Belén...

Poco a poco, la Navidad se fue tiñendo de un tinte comercial. Los Magos de Oriente antes llegaban en camellos, ayudados por sus pajes y repartían los regalos a todos los niños que habían sido buenos. Recuerdo cuando llegaban los días previos a la Epifanía, y mi madre nos llevaba, a mí y a mis hermanos, a entregar las cartas; allí estaban los tres Reyes, sentados, ayudados por sus pajes, que nos ponían en sus rodillas para que aquellos nos pudieran escuchar proclamar lo bien que nos habíamos portado todo el año. Ninguno se cuestionó nunca —o muy pocos lo hicieron— por qué existía la pobreza en el mundo, y si los Reyes Magos podían traer cualquier cosa que se les pidiera. Los pobres eran pobres porque... no lo sabíamos.

También recuerdo muchas mañanas de Navidad en que llevábamos a un sitio los juguetes viejos o un poco rotos, para que los niños pobres también tuvieran su regalo de

Reyes. «¿Por qué ellos no podían recibir juguetes nuevos?», preguntaba yo inocentemente. «Porque no están acostumbrados a estrenar cosas», me respondían. Y encontraba la respuesta natural.

Navidad, Navidad, dulce Navidad... El camino que lleva a Belén... Noche de paz, noche de amor...

La Navidad es para los niños. Eso es lo que siempre hemos escuchado. La cena de Nochebuena, reunidos toda la familia; la sempiterna lombarda (¡puaj!); el pavo asado, algunos años sustituido por capón, y la sopa de almendras, año tras año, año tras año.

Eso es lo que más ha permanecido en mi memoria, pues a duras penas recuerdo el resto del menú; hubiera lo que hubiese, nunca faltaban la lombarda y la sopa de almendras.

Navidad, Navidad, dulce Navidad... El camino que lleva a Belén... Noche de paz, noche de amor... Una pandereta suena, una pandereta suena...

La noche de Reyes. Esa noche mágica. La tarde había pasado rápidamente, pues habíamos estado en la cabalgata. Habíamos pasado bastante frío en la calle, a pie firme, esperando el paso de las carrozas, deseosos de ver de nuevo a los Reyes en persona, esperando que, desde su altura, nos reconocieran y nos enviaran un saludo especial. Era una lástima comprobar que pasaban de largo repartiendo saludos, pero sin dirigirnos ninguna mirada especial. Mi padre, entonces, nos decía que era imposible para ellos recordar a todos y cada uno de los niños que habíamos pasado por sus rodillas; y a nosotros, en ese momento, nos daba igual, porque sabíamos que iban a pasar por nuestra casa.

A la finalización del desfile, volvíamos a casa, con algún que otro caramelo en los bolsillos, para cenar y

acostarnos pronto, lo que, a la postre, hacíamos de menos buen grado de lo que los mayores hubieran deseado, quién sabe por qué. Tanto hoy como entonces, los chiquillos —y algunos no tan chiquillos—, manteniéndose en difícil duermevela, esperando y deseando que el primer rayo de luz penetrara por la ventana para levantarse y ver los presentes que los tres Magos les hubieran dejado.

Antes de acostarse, empujados por los mayores, impotentes para contener los nervios desatados, habrían preparado, cuidadosamente, el pan para los camellos y las tres copas de vino dulce, con los bombones, para que los Reyes pudieran descansar y confortarse de su duro periplo, antes de continuar la ardua tarea de repartir felicidad de casa en casa.

Navidad, Navidad, dulce Navidad... El camino que lleva a Belén... Noche de paz, noche de amor... Una pandereta suena, una pandereta suena... Campana sobre campana y sobre campana, una...

Hoy los Reyes Magos vienen en carrozas llenas de lujo, en barcos brillantes y luminosos. Ya no vienen a adorar al Niño; vienen a ser ellos adorados y regalar miles y miles de caramelos que tiran a los pequeños desde las alturas, preludio del gran número de regalos que dejarán en sus casas. Eso si Papá Noel se lo permite y no se les ha adelantado ya.

Navidad, Navidad, dulce Navidad... El camino que lleva a Belén... Noche de paz, noche de amor... Una pandereta suena, una pandereta suena... Campana sobre campana y sobre campana, una... Pero mira cómo beben los peces en el río...

El desayuno de Reyes con el roscón y el chocolate. Sólo se tomaba roscón de Reyes en esa única ocasión.

También recuerdo con emoción la comida del seis de enero, que cerraba las fiestas. En ella, dejando a regañadientes los juguetes nuevos, teníamos que comer, con el estómago encogido por los nervios de toda una noche, a toda velocidad para poder seguir jugando cuanto antes o ir de casa en casa por la tarde para recibir más regalos de la familia, o presumir ante los amigos de los juguetes recibidos.

Navidad, Navidad, dulce Navidad... El camino que lleva a Belén... Noche de paz, noche de amor... Una pandereta suena, una pandereta suena... Campana sobre campana y sobre campana, una... Pero mira cómo beben los peces en el río... Hacia Belén va una burra, ring, ring...

Actualmente, estas fiestas se han convertido en el Festín de Babette, donde las grandes comilonas se despliegan por doquier: en el trabajo, con los amigos, con la familia, con los conocidos...

El roscón de Reyes se vende desde el comienzo de las fiestas y, cuando llega el día cinco de enero, todo el mundo está harto de comerlo.

Navidad, Navidad, dulce Navidad... El camino que lleva a Belén... Noche de paz, noche de amor... Una pandereta suena, una pandereta suena... Campana sobre campana y sobre campana, una... Pero mira cómo beben los peces en el río... Hacia Belén va una burra, ring ring... La Virgen lava pañales y los tiende en el romero...

Ese despliegue de luz y color en las calles, abetos y pinos decorados que llegan desde culturas que nos son completamente ajenas; como si fuera necesario iluminar los corazones de las personas, algunos encogidos por la pena, el dolor, la enfermedad o la desesperanza.

Vista desde fuera, la Navidad se ha convertido en algo artificial, donde sólo importa la parte comercial, las compras, el despilfarro, las comilonas; en resumen: todo aquello que no sirve, que se desvanecerá el siete de enero y que dejará nuevamente su lado sucio y feo, cuando las luces se apaguen y la monotonía vuelva a reinar en nuestras vidas y en nuestros corazones. Entonces habrá terminado la tregua, volveremos a nuestras rencillas, a los cotidianos encontronazos con jefes, compañeros, subordinados, amigos, vecinos e, incluso, familiares. Habremos dejado de ser todos hermanos durante unos días, y habremos vuelto a ser antagonistas, luchadores por nuestros derechos; volveremos, cuando sea necesario, a pisar al prójimo si es preciso, con tal de conseguir nuestros objetivos. Habremos olvidado el mensaje de amor. Habremos vuelto a la dura y cruda realidad...

Navidad, Navidad, dulce Navidad... El camino que lleva a Belén... Noche de paz, noche de amor... Una pandereta suena, una pandereta suena... Campana sobre campana y sobre campana, una... Pero mira cómo beben los peces en el río... Hacia Belén va una burra, ring ring... La Virgen lava pañales y los tiende en el romero... Adeste Fideles...

Pero cada Navidad es única y debe representar mucho más. No importa cómo la celebremos: siempre será única.

Ahora vivo la Navidad en la piel de mis hijos, igual que la viví en mi infancia: recordando cada pequeño detalle y convirtiendo su ilusión y su alegría en algo que perdure a lo largo del año. La Navidad debe ser algo más que una isla circunscrita en algo más de un mes durante cada año y convertirse en una declaración de intenciones a partir del siete de enero, un examen de conciencia íntimo en que cada uno de nosotros intentemos mejorar, aunque sólo sea un poco, nuestra vida y la de todos los que nos rodean.

Estar con la familia, compartir con los amigos, tolerar a nuestros semejantes, mirar con condescendencia a nuestro

alrededor, ilusionarnos con las pequeñas cosas, transmitir esperanza... todos los días del año.

Navidad, Navidad, dulce Navidad... El camino que lleva a Belén... Noche de paz, noche de amor... Una pandereta suena, una pandereta suena... Campana sobre campana y sobre campana, una... Pero mira cómo beben los peces en el río... Hacia Belén va una burra, ring ring... La Virgen lava pañales y los tiende en el romero... Adeste Fideles... A Belén pastores, a Belén chiquitos, que ha nacido el rey de los angelitos...

Dedicado a Daniel, a David y a sus abuelos, que nos enseñaron a amar la Navidad.



El misterioso vecino de los hermanos Jimeno

Catalina Gómez Parrado

www.librovirtual.org/AUT0020

Paco y Luis se morían de aburrimiento. Las vacaciones de Navidad no habían comenzado como ellos esperaban. Los días enteros de videojuegos, televisión y guerras de comandos, terminaron el día que llamó la abuela:

—Lola, cariño, ¿no vendréis este año a pasar la Navidad conmigo?

Y se acabó la diversión. No es que Paco y Luis no quisieran a su abuela; por supuesto que la querían, pero es que en su casa del pueblo no había nada que hacer, salvo ver crecer el trigo o contar las veces que cantaba el cuco en el reloj del salón. La abuela no tenía ordenador, ni consola de videojuegos, y sólo encendía el televisor para ver sus aburridas telenovelas. Papá y mamá les habían advertido, muy serios, que no podían llevarse ninguno de sus ruidosos juguetes...

—... la Navidad es para pasarla en familia.

Así que los chicos pasaban los días enteros tirados en el sofá o explorando los alrededores de la casa, bien abrigados con chaqueta, gorro y guantes de lana, pues allí hacía un frío terrible. Y en una de esas excursiones vieron por primera vez al nuevo vecino.

La casa de la abuela estaba rodeada de hierbajos por todas partes, y frente a la puerta principal, al otro lado de la carretera, se encontraba el campo de trigo más grande que Paco y Luis habían visto nunca. En medio de ese campo había una vieja casa que llevaba muchos años deshabitada. Hasta ese día...

Lo primero que extrañó a los hermanos Jimeno fue encontrar la casa habitada de la noche a la mañana. Estaban completamente seguros de que el día anterior no había nadie,

porque se habían pasado media tarde merodeando por aquel lugar; y sin embargo, allí estaba ahora: limpia, llena de muebles y con la chimenea encendida.

—Esto parece cosa de magia —susurró Luis, asomándose con sigilo a una de las ventanas—. ¿Quién crees que vivirá aquí?

—Una bruja —afirmó Paco, convencido—. Seguro que la casa está encantada.

—Tonterías. Las brujas no existen. Será un mago.

—¿Las brujas no existen y los magos sí? —replicó Paco, molesto.

—Claro, ellos pueden hacer aparecer y desaparecer las cosas con un golpe de varita. ¿Cómo si no ha llegado todo esto hasta aquí?

Los hermanos continuaron con su investigación. Descubrieron que, además, en la parte trasera habían arreglado la valla del corral, y en él encontraron nueve extraños animales. No eran caballos... No eran ciervos... ¿Qué podrían ser?

—Yo sé qué son, salían en el videojuego de Ator, el invencible —afirmó Paco—. Son *remos*. Lanzan misiles por las astas.

—¡*Remos* no, tonto! Se dice renos —corrigió Luis, riendo—. Y no pueden lanzar misiles, eso es imposible.

—¡Pues en el videojuego lo hacían! ¡Y te daban 20 puntos extra!

Paco y Luis pasaron un buen rato discutiendo sobre ese tema, apoyados en la valla del corral. Al fin Luis convenció a su hermano de que el asunto de los misiles era algo imposible fuera del mundo de los videojuegos; sin embargo tenían delante un misterio mucho más interesante: ¿para qué querría tener nadie el corral lleno de renos? A no ser que...

—¿Tú crees que será él? —preguntó Paco con un brillo de esperanza en los ojos.

—Imposible. Ya hemos hablado muchas veces sobre esto, Paco. Es científicamente imposible que él exista. ¿Cómo podría repartir juguetes a todos los niños del mundo en una sola noche? Sólo es un viejo gordo y barbudo.

—¿Y qué me dices de los Reyes Magos? Porque a ellos sí que les escribes la carta todos los años...

—Eso es distinto, son tres, pueden repartirse el trabajo. Además, son magos, tienen poderes. Pero él, ¿qué poderes tiene, dime?

—¡Tiene un trineo volador! —rebató Paco.

—Imposible —insistió Luis—. Mira estos animales, gordos y pesados, ¿cómo iban a volar? Además, aunque existiera, estamos a millones de kilómetros del Polo Norte, ¿qué iba a hacer aquí, en Guadalajara?

Los chicos se alejaron del corral, todavía discutiendo. Al pasar de nuevo junto a la casa, algo les llamó la atención. Ruidos extraños. Tintineos, golpeteos, canturreos... Parecían venir del sótano. Cuando iban a asomarse a la ventana para investigar un poco más, la puerta de la casa se abrió de improviso y alguien salió al exterior. Los hermanos, en cuclillas aún en el suelo, se quedaron helados. De pie, frente a la puerta de aquella misteriosa casa, un hombre les saludaba con una gran sonrisa en su sonrosado rostro. Era realmente enorme, corpulento, más que gordo, con una espesa mata de cabello blanco. Pero lo que más les impresionó fue su barba, su larga y blanca barba... y su risa, profunda y cantarina.

—¡Buenos días, Paco! ¿Cómo estás, Luis? Me alegra mucho que hayáis venido a visitarme. En realidad estaba a punto de ir a buscaros.

Los hermanos apenas acertaron a saludar torpemente con la mano antes de echar a correr hacia la casa de la abuela. Nada más entrar, comenzaron a hablar atropelladamente tratando de explicar el suceso que, como era de esperar, a los mayores no les parecía tan extraordinario.

—¿Así que tenemos un nuevo vecino? —preguntó la abuela—. Pues tendremos que pasar a saludarle para recibirle como es debido.

—¡Pero no lo entendéis! —exclamó Paco—. Él es... él es...

—Es un viejo muy raro. Tiene una barriga enorme, barba blanca y una risa extraña...

—¡Luis Jimeno! —le reprendió su madre—. ¿Qué forma es esa de hablar de alguien?

—¡Y hay ruidos extraños en su sótano! —insistió Paco—. Golpes y serruchos...

—Cariño, estará haciendo reformas —intervino la abuela—. Esa casa es más vieja que yo y lleva deshabitada mucho tiempo.

—¿Y los renos? ¿Cómo explicáis lo de los renos?

—Hijo, cosas más raras he visto. ¿No hay también por ahí granjas de avestruces?

—¡Y nos llamó por nuestros nombres! —exclamó Luis.

—¡Vaya, eso sí que es terrible! —se burló su padre—. Tenemos de vecino a un anciano educado que cría renos y está haciendo reformas en su casa. Habrá que llamar a la policía.

En ese preciso momento llamaron a la puerta, sobresaltando a los dos hermanos. Era él.

—Buenos días. Mi nombre es Nikolaus, pero todos me llaman Klaus. —saludó el hombre, con voz grave y agradable y en perfecto castellano con marcado acento extranjero—. Voy a pasar unos días en la casa de enfrente. Tal vez haya bastante actividad, espero no molestarles demasiado.

—No, nada de eso —aseguró la abuela—, en realidad aquí hay demasiada tranquilidad; nos vendrá bien un cambio. ¿Va a quedarse mucho tiempo?

—En realidad me marcharé en Nochebuena, por motivos de trabajo.

—¿Le hacen trabajar en Navidad? —preguntó el padre de los chicos, perplejo— Vaya, eso sí que es mala suerte.

—En absoluto, me encanta mi trabajo. No lo cambiaría por nada del mundo.

—¿No es usted de por aquí, verdad? —se interesó la abuela.

—No, soy finlandés, he venido a visitar a dos amigos —respondió el anciano, dirigiendo una significativa mirada a los hermanos Jimeno—. Y a mi reuma también le viene bien un cambio de clima de vez en cuando. Ahora tendrán que disculparme pero he de volver a casa, me espera mucho trabajo. Por favor, vengan a verme cuando quieran —dijo mirando especialmente a los chicos.



Ese mismo día, poco antes de comer, un nuevo suceso se añadió al misterio. Los chicos miraban por la ventana del salón, espiando la casa de enfrente, cuando vieron pasar, no una, sino cuatro furgonetas de reparto de la oficina de Correos. Todas se detuvieron delante de la casa de su extraño vecino y comenzaron a depositar frente a su puerta montones de sacas de correo. Paco ya no tenía ninguna duda. Se levantó de un brinco, corrió a buscar lápiz y papel y se dispuso a redactar su carta. Pero su hermano le detuvo. Luis todavía sospechaba de aquel extraño hombre. Necesitaba comprobar algo.

—Le pondremos a prueba. Le pediremos cosas imposibles, cosas que sólo él pueda conseguir. Y le daremos la carta en Nochebuena, ni un día antes.

—¡Estás loco! —exclamó Paco, preocupado—. ¡Sólo faltan dos días para Navidad, no tendrá tiempo, nos quedaremos sin regalos!

—Nada de eso. No si es el auténtico y no un impostor, como yo sospecho. Y si es cierto que tiene poderes, claro. Si es así, podrá hacerlo. Y si no, por lo menos tendremos la prueba de que no existe.

Paco accedió de mala gana. Se puso a pensar qué regalos disparatados podría pedir en su carta, qué cosas imposibles había soñado con tener algún día.

—Ya lo tengo —afirmó Paco, comenzando a escribir—. Siempre he querido tener un coche de bomberos que funcione de verdad. Y unos patines para patinar por el techo sin caerme. ¿Y tú? ¿No vas a escribir tu carta?

—No me hace falta. Yo sólo quiero una cosa: que se cumpla mi sueño.



Y al fin llegó el día. La comida se sirvió pronto en casa de la abuela, pues todos estarían muy ocupados con los preparativos para la cena de Nochebuena, así que los chicos tenían mucho tiempo libre hasta entonces. Luis quería esperar hasta el último momento, pero Paco estaba tan nervioso que a media tarde su hermano accedió a acompañarle a visitar al anciano. Pero antes, Luis necesitaba ver algo con sus propios ojos. Rodearon la casa de su vecino y llegaron al corral. Y allí estaba. Los renos relucían, impresionantes: cepillados y limpios, con las astas brillantes y con unos hermosos arneses sujetando sus cuerpos a un inmenso trineo.

—Me alegra veros por fin, sabía que vendríais —dijo una voz grave a sus espaldas—. El otro día no tuve tiempo de presentaros a mis amigos: Brioso, Bailarín, Acróbata, Cometa, Cupido, Trueno, Relámpago, Juguetón y Rodolfo.

—Son preciosos —dijo Paco, impresionado—. ¿Y vuelan de verdad?

—Sólo una vez al año. Es la magia de la Navidad.

—¿Entonces es verdad? ¿Usted es...?

—¿Tú lo crees? —le preguntó. Paco afirmó con la cabeza, sin dudar ni un segundo. Luis, en cambio, no dijo nada—. Entonces, lo soy. Mientras un sólo niño de todo el mundo crea en mí, lo seré.

—Yo quiero... Nosotros queríamos... —titubeó Paco—. ¿Todavía puedo darle mi carta?

—¡Por supuesto! —exclamó el anciano, riendo. Cogió la carta de Paco y la guardó en su bolsillo—. Me ocuparé de ella enseguida. ¿Y tú, Luis, tienes algo para mí?

—Yo... No he escrito ninguna carta. Pero sé lo que quiero.

—Adelante, pues. Basta con que me lo digas. Si tú quieres.

Luis dudó un momento antes de acercarse a él y susurrarle su deseo al oído. El hombre le miró, sonriente, y le dijo:

—Veré lo que puedo hacer.

Esa noche, tras la cena en familia, Paco y Luis se asomaron ansiosos a la ventana del salón, esperando ver un trineo surcando los cielos, tirado por nueve magníficos renos mágicos. Pero no vieron nada. Tan sólo los copos de nieve flotando perezosos en el aire.

Era la mañana de Navidad. Paco y Luis se despertaron más temprano que ningún otro día del año, se pusieron apresuradamente bata y zapatillas y corrieron al salón, bajando los escalones de dos en dos. Se lanzaron a los pies del árbol, como piratas sobre el cofre del tesoro, y rebuscaron sus regalos entre todos los paquetes. Su abuela y sus padres bajaron tras ellos, pues nadie quería perderse sus caras al abrir los regalos. Paco no tardó en encontrar los suyos, con su nombre escrito en una pequeña tarjeta en letras doradas y elegante caligrafía. Rasgó los papeles en mil pedazos y contempló boquiabierto su contenido: en un paquete había un par de patines relucientes, distintos a cualquier otro en el mundo entero; el otro paquete, antes aún de abrirlo, se agitaba misteriosamente. Los padres y la abuela de los chicos se interrogaron con la mirada, pero nadie sabía de qué podría tratarse. En cuanto Paco lo destapó, un flamante coche de bomberos salió disparado, haciendo sonar la alarma y echando agua con su manguera por todo el salón. Por si no fuera

suficiente, ante el asombro de su familia, Paco se puso sus patines nuevos y comenzó a patinar por el suelo, las paredes y el techo del salón, riendo sin parar.

Luis, en cambio, estaba muy triste. Después de encontrar los regalos acostumbrados (un jersey, un balón de fútbol y un nuevo videojuego) ya no le quedaba ninguna esperanza. Empezaba a pensar que, tal vez, lo tenía merecido, cuando sonó el timbre de la puerta. Su padre abrió y todos se acercaron para ver quién podría ser a esas horas tempranas. Se sorprendieron mucho al ver a dos hombres de traje oscuro que preguntaban por Luis.

—Venimos en representación de la Agencia Espacial Europea. Su hijo ha sido seleccionado, junto a otros nueve niños de toda Europa, para participar en el primer proyecto de tripulación infantil para viajar a la Luna. Enhorabuena, chico. Vas a ser astronauta.

Y así, Paco y Luis vieron cumplidos sus sueños en la mejor Navidad de sus vidas. Y nunca, jamás, volvieron a dudar.

Y tú, ¿crees en Papá Noel?

Stop

Emilio Gallego Sampedro

www.librovirtual.org/AUT0118

El tren con minúscula,
made in China o en Taiwán,
que un seis de enero te llegó de Oriente,
se hace, en tus manos,
meteorito,
y recorre veloz,
resucitado de la muerte y del silencio,
gracias a sus pilas nuevas,
un paisaje monótono y previsible de baldosas.

Tu tren de bolsillo,
tu nanotrén,
se agiganta,
al poco tiempo de haber salido
de la estación de su caja,
en Juguetolandia;
dibuja vías imaginarias,
raíles de los sueños,
y se adentra,
corcel de plástico y hojalata,
en la planicie del pasillo
por una orografía yerma,
su singular Castilla.

De tu inocente y sabia mano,
el expreso de Oriente,
tu «pulgotrén»,
donde se acomodan pasajeros invisibles,
intrahistorias fabulosas,
devora las distancias de la casa
con insobornable alegría,
feliz por el viaje extraordinario
que es tu vida,
y llena el mundo previsible y gris

de caos y entropía,
de pasión y de bullicio,
de ti.

Todo va bien,
viento en popa tu juguete inocente,
tu minitrén,
estrella nacida fugaz,
hasta llegar al cruce fatal del salón.

Allí,
en la estación término,
en la frontera
que delimita el bien y del mal,
te espera,
porque sí, y punto,
un paso a nivel con barreras.

Allí te espero
yo,
la autoridad
presuntamente competente,
tu inesperado jefe de estación,
padre vigilante e inflexible,
para impedirte el paso
al lugar de las cosas que importan.

Y tu alegría, entonces,
se detiene de golpe,
se detiene tu inocencia,
se apaga la magia,
mientras tu infancia y tu tren
se estrellan
contra el mundo de los hombres.

Pesadilla antes de Navidad

Emcharos

www.librovirtual.org/AUT0035

—¡Ahhhhhhhhhhhh!

Begoña oyó desde la cocina el grito de su hijo. Rápidamente dejó de fregar los cubiertos y corrió para el dormitorio del pequeño Dani. Al abrir la puerta de la habitación, se encontró al niño despierto, con la luz de la mesita de noche encendida, al igual que las luces del coqueto árbol de Navidad que adornaba su estancia. Las lucecitas rojas, verdes, amarillas y azules se encendían y apagaban simultáneamente.

—¿Qué ha pasado, hijo?

Dani miraba a su alrededor con temor, como si quisiera descubrir a alguien escondido detrás de las cortinas o dentro del armario.

—El monstruo de la tele. Va a venir a por mí.

Su madre suspiró de alivio. Por suerte, aquello no era nada grave.

— Mira que te advierto que no veas la tele de noche, que después tienes pesadillas con ciertas películas.

—Pero mami, yo no...

—A callar y a dormir. Sabes muy bien que los monstruos no existen. Tienes seis años. Ya eres un hombretón para creer en eso.

—Sí, mami, pero yo no...

—Schhhhhhh. A dormir. Apagaré ahora mismo la luz de la mesita. También las luces del árbol de Navidad. No hacía falta que las encendieras.

—Era para espantar al monstruo.

—Cariño, los monstruos no existen. Y no se hable más. Venga, duérmete. Tienes que descansar para mañana. Recuerda que vamos a ir al centro. ¿O no quieres ver los belenes?

—Sí que quiero, mami.

Begoña apagó las luces y salió del dormitorio, no sin antes darle un beso de buenas noches a su único hijo.

La Navidad ya había llegado a las calles del centro de la ciudad, aunque para ese día tan especial faltaran aún cinco días. Todo estaba iluminado con alegres bombillas de colores, ofreciendo a la noche una claridad inagotable. La gente, multitudinaria, se paraba a ver los escaparates de las tiendas, buscando en ellos el regalo perfecto. Por todas partes se oían villancicos cantados por coros de niños:

*¡Arre borriquito,
arre burro arre,
anda más deprisa
que llegamos tarde!*

Más niños que iban acompañados de sus madres, tocaban las panderetas sin cesar. El muérdago impregnaba las puertas y balcones de muchas viviendas, deseando sus propietarios que les trajera suerte para el año venidero. El rico olor a castañas asadas perfumaba la ciudad por todos sus rincones.

En las inmediaciones de un gran centro comercial había un belén viviente, donde san José, la virgen María, el niño Jesús y los pastores cobraban vida propia. Muchos curiosos se agolpaban alrededor de este peculiar belén navideño. Entre ellos, Begoña y su hijo Dani.

—Guau, ¿a que no habías visto antes un belén tan real? —le preguntaba sonriente Begoña al pequeño.

Dani estaba extasiado viendo a las figuras vivientes dialogar entre ellas. Pero, de pronto, una imagen le asaltó la vista. Una imagen horrible, terrorífica, inimaginable. Dani no podía creer que aquella imagen fuera de verdad. Sin embargo, lo era. A pesar de que su madre no creyera en él y le repitiera una y mil veces que eran imaginaciones suyas, el monstruo de sus pesadillas estaba allí, en aquel mismo lugar y en ese mismo instante. Observándole minuciosamente; vigilándole para que esta vez no escapara de sus garras...

—¿Qué te parece si vamos a ver otro belén distinto?
¿Dani? Dani, ¿dónde estás?

Begoña buscaba nerviosa a su pequeño, que sin darse cuenta, había desaparecido de su lado. Lo buscaba entre la multitud, por el mismo belén viviente y sus alrededores...

—¡Daniiii! ¡Daniiii!

Aunque gritó a pleno pulmón su nombre varias veces más, el niño no aparecía por ninguna parte. Su madre se alejó del bullicio de la gente y continuó su búsqueda cada vez más desesperada. Incluso se paraba con algunas personas, a las que describía cómo era Dani.

—Tiene seis años. Lleva puesto un abrigo rojo y un gorro de lana azul. Un pantalón vaquero, unas zapatillas deportivas... Tiene una cara muy dulce y sus ojos son castaños...

Por extraño que pareciera, nadie había visto al niño de la descripción de Begoña.

Dani caminaba deprisa sin dejar de mirar atrás. El monstruo de sus pesadillas le estaba siguiendo. Estaba en todas partes. Cuando parecía que conseguía despistarle, volvía a aparecer, como por arte de magia. Fuera donde fuera, no le

dejaría en paz. Estaría ahí, acosándole con sus resonantes pisadas, intimidándole con su grotesca apariencia física. Para colmo, el niño había perdido a su madre. Por culpa del miedo que le producía el monstruo de sus pesadillas, se había alejado de ella de manera inconsciente. Y ahora se encontraba solo, preso del pánico y sin tener dónde ir.

Debía hacer algo. Hallar una salida, una solución. Y debía hacerlo ya. Aquel monstruo se multiplicaba por segundos, y eran siete u ocho los que podía contemplar a la vez, esparcidos por las calles. Todos ellos iban decididos a por él.

Begoña hablaba con voz entrecortada a un agente de policía que merodeaba cerca del centro comercial.

—Señora, cálmese. Puede que su hijo no haya sido secuestrado y que esté en alguna juguetería. Los niños inundan las jugueterías en Navidad.

—No, señor agente, Dani jamás se alejaría de mí sin avisarme. Han tenido que llevárselo contra su voluntad. ¡Haga algo, por favor!

—Disculpen —dijo una mujer mayor interrumpiendo la discusión que mantenían Begoña y el policía—, a mí me pareció ver al niño del que hablan.

A Begoña le llegó una enorme ráfaga de esperanza, cuando oyó decir esas palabras alentadoras aquella mujer.

—¿Dónde, señora? ¿Dónde ha visto a mi hijo? ¿Dónde?

—Estaba dentro del centro comercial. Iba andando muy deprisa, como si huyera de alguien.

Sin esperar ni un momento, Begoña dejó de lado al policía y a la mujer mayor y se adentró agitada en el centro comercial.

—¡Espere señora, la acompaño! —exclamó el agente, siguiendo a la madre en la búsqueda de su hijo.

Gracias a la colaboración del personal que trabajaba en el centro comercial, Begoña pudo llegar hasta su pequeño. Lo que no esperaba en absoluto era encontrarlo en brazos del mismísimo rey Baltasar, el cual estaba sentado en una especie de trono, recogiendo las cartas de los niños para la esperada noche de Reyes. Dani se había quedado dormido y ni siquiera se percató de la presencia de su madre.

—Quería que le salvara, no sé de qué —le dijo el rey Baltasar a Begoña—. Venía llorando, muerto de miedo. Y mientras me contaba lo que le había pasado, se durmió.

—¿Qué le ha contado? ¿Por qué lloraba?

—Estaba asustado por un monstruo. Me ha dicho que tenía muchas pesadillas con él. Y que lo había visto en la calle. Cosas de críos, ya lo sabrá usted. Son muy imaginativos.

—Sí, ya lo sé —afirmó Begoña, tras oír una historia que no era nueva para ella. La historia del monstruo de la tele que venía atormentando en las últimas noches a su hijo. Aunque esta vez, la historia había llegado demasiado lejos. Debía tener una conversación más seria con Dani y dejar zanjado ese tema para siempre.

Cuando llegaron al hogar, Begoña (que llevaba en brazos al soñoliento Dani) dejó a su pequeño en la cama, tapándole bien para que no cogiera frío. Y fue ahí cuando el niño despertó.

—Mami...

Begoña encendió la luz de la mesita de noche y clavó su mirada en la de su hijo.

—Me has dado un susto tremendo. Pensé que te había pasado algo malo.

—Mami, vi al monstruo. Y eran muchos.

—Dani, no quiero volver a oírte hablar de monstruos, ¿entendido? Te he dicho en miles de ocasiones que los monstruos no son de verdad.

—El que he visto en la tele y en la calle sí es de verdad. Te lo juro.

—¿Ah, sí? ¿Te ha hablado? ¿Te conoce? ¿Le has llegado a tocar?

—No, mami, pero sí sé cómo es. Viste con un traje y un gorro rojo, del mismo color que mi abrigo. Es muy gordo y tiene una barba blanca muy grande. Es feísimo, mami, y su risa me da miedo. Además odia a los Reyes Magos. ¿Todavía no me crees?

—¿Ese es tu monstruo? ¿Al que tanto temes?

Begoña dibujó una sonrisa, aliviada al comprobar que las pesadillas de Dani tenían una explicación lógica. El pequeño llevaba razón; el monstruo existía, pero para nada era un ser peligroso.

—Está bien. Te creo. De todas formas, mañana seguiremos hablando. Es muy tarde, y ahora lo que tienes que hacer es dormir.

Begoña le dio su habitual beso de buenas noches a Dani y, antes de que apagara la luz, el niño le cogió de la mano.

—Mami, no dejes que el monstruo del traje rojo venga aquí.

Su madre le besó la mano, tranquilizándole.

—Te aseguro de que no vendrá a nuestra casa. Ya les escribiremos a Melchor, Gaspar y Baltasar para que no le dejen venir. Buenas noches, cariño. Y que sueñes con los tres Reyes Magos.

Dio otro beso en la frente a su hijo, y esta vez sí apagó la luz.

Fue aquella una noche tranquila, sin monstruos de trajes rojos ni más pesadillas.

Maenka y Manuel

Carmen Gómez Ojea

www.librovirtual.org/AUT0037

Una gélida Nochebuena, la joven de un lugar del Este de Europa que trabajaba doce horas diarias para una empresa de limpieza, entró en uno de los edificios, cuyos suelos, cristales y ascensores mantenía impolutos, aunque la mayoría de los vecinos no dejaran de hacerle advertencias acerca del poco brillo de los espejos o sobre que no se esforzaba lo suficiente para llegar a los rincones con la fregona. Ya no podía más. Tenía que tumbarse allí mismo. Así que, en un rincón, entre la pared y el arranque de la escalera, donde, según le habían contado, antes había una maceta que alguien había robado (seguro que la limpiadora anterior), estiró la manta que la envolvía y que llevaba encima del abrigo. Luego se acostó y cerró los ojos.

Los dolores se habían hecho más intensos y cada vez menos espaciados. Para no pensar en el sufrimiento, recordó el huerto, las botas de goma del abuelo junto a la tapia que, de repente, al pensar en ella la llenaban de tanta ternura como la voz de la abuela llamándola: «Maenka, Maenka, ven, que tengo para ti un poquito de pan con manteca y azúcar caliente...».

Pero todo se hizo fuego en la noche fría y, a la abuela y al abuelo que temblaban desde que había empezado aquel cruel invierno, terrible con su cielo oscuro y su blanca nieve, se los llevaron las llamas. Se fueron para siempre en medio de un calor excesivo que los quemó vivos. Pobrecitos, siempre suspirando por una buena estufa que caldeara las dos habitaciones y sus huesos...

Vio la casa convertida en una hoguera roja bajo las estrellas lejanas y doradas de diciembre. Volvía de una fiesta en el establo de una granja abandonada. Había bebido a lo tonto demasiado. Además, Antul la había besado de un modo que la había hecho llorar. Pero no dejó que la acompañara. Quería vivir aquella dulzura sola. Ni siquiera con él, que le

había causado aquella emoción tan alegre y tierna; quería compartir la intensidad memorable de aquel instante.

Entonces vio el resplandor y echó a correr y correr, sabiendo que iba a encontrarse con la muerte y que, aunque no muriera, perdería la vida aquella noche. Y así había sucedido. Tuvo que irse, primero a una fábrica de la ciudad a hacer cosas que no quería. Y luego llegó allí, tan lejos de la huerta, de la abuela, del abuelo, de la noche del incendio, de los labios de Antul y de su beso. Y continuó en el infierno y, sin saber cómo había ocurrido, supo que iba a ser madre.

Lloró por sí misma, pero sobre todo por el bebé, mientras fregaba, barría y frotaba, y masticaba pan y mortadela y bebía un cartón de leche que debía durarle una semana, aunque se pusiera mala y agria; y compartía cama con otra del Este, Jana, que había perdido un ojo en una pelea, defendiendo su jornal ganado con el trabajo de su cuerpo enclenque en el obrador de una panadería, en aquella vivienda atestada de mujeres y de niños pequeños que mendigaban por calles adonde no llegaba la policía, y volvían con pan duro y latas de conservas caducadas y unos céntimos escondidos entre la ropa que sus madres les encontraban siempre y les quitaban a gritos y a golpes por haberlos ocultado.

Gimió. El dolor era ya insoportable. Necesitaba empujar, empujar. Se mordió los labios y sintió la sangre en la lengua, sangre y agua saliendo de su cuerpo. Y empujó con todas sus fuerzas, dando un alarido. Entonces todas las luces del portal se encendieron y se vio rodeada de perros y gatos y niñas y niños que la miraban expectantes. Una niña le preguntó cómo se llamaba el bebé. Le dijo lo primero que se le ocurrió: Manuel. Era el nombre del dueño del bar, donde se tomaba, de cuando en cuando, un café, y él le daba un bollo o una magdalena o un pedazo de bizcocho. Los animales también miraban al niño fijamente. De pronto, las luces se apagaron. Sólo quedó encendida una como un ojo en el techo que derramaba su resplandor sobre el recién nacido y sobre ella. En ese momento, se oyó el ruido de los dos ascensores y un tropel de gente muy alterada que hablaba en tono airado.

—¿Qué hacéis ? ¿Qué significa esto? ¿Por qué estáis aquí? ¿Qué pretendéis? Y tú, ¿cómo te has atrevido a meterte aquí, a dormir con tu hijo? Qué falta de respeto, qué desfachatez, qué atrevimiento, un descaro inconcebible.

—El niño acaba de nacer, mamá. Se llama, Manuel. Es muy guapo. Yo vine porque Peti empezó a mordirme los zapatos para que fuera con él a la puerta y saliéramos de casa.

—Lo mismo me pasó a mí con Miti: empezó a maullar y maullar y a obligarme a seguirla. Creí que había un ratón en la escalera.

—Y a mí me sucedió igual.

—Y a mí.

—Y a mí también...

—Bueno, bueno, está bien, pero ahora a casa deprisa. Tenemos que abrir los regalos y cantar un villancico al Niño que acaba de nacer. Hale, hale, para arriba. Vamos a encender el portalito del Nacimiento, porque Jesús ya está entre nosotros. Venga, vamos a besar al niño del belén y a darle la bienvenida... Y tú, vete definitivamente. Lo sentimos todos mucho, pero, como presidente de la comunidad de vecinos, te comunico que no queremos que vuelvas. No te queremos aquí. Nadie entra en un portal a dormir con un niño. No está bien que lo utilices para dar lástima. Adiós y feliz Navidad.

Las niñas y los niños, los gatos y los perros vieron marchar a Maenka, bamboleante, arrastrando los pies, con Manuel en brazos. Todos parecían consternados.

—Es muy pequeñito. Y muy guapo. Y vosotros sois malos. Malísimos. Papá, mamá, no quiero que me queráis más. Me dais miedo. Yo ya no puedo quererlos.

Las madres y los padres los hicieron entrar en los ascensores. Parecían muy disgustados y ceñudos. En ninguna casa se abrieron los paquetes de los regalos ni se encendieron las luces del portalito de los belenes.

Las niñas y los niños se fueron a la cama en silencio y, cuando los mayores ya dormían, como si se hubieran puesto de acuerdo, se levantaron sin hacer ruido y cogieron al niño del nacimiento y lo escondieron. Tenían la seguridad absoluta de

que no habría querido nacer en un mundo tan malvado y horrible, donde no había sitio para Maenka y Manuel, su bebé recién nacido.



Los ladrones de gatos vuelven por Navidad

Carolina Lorenzo (12 años)

www.librovirtual.org/AUT

Érase una vez una niña llamada Paula.

Paula era divertida, graciosa y muy simpática. Lo que más le gustaba hacer era jugar con su gatita Paty.

Un día, una gente muy extraña vino a su casa y le preguntó por sus padres:

—Mis padres han salido —les contestó Paula algo nerviosa, pues no estaba acostumbrada a recibir visitas tan extrañas, y lo único que se le ocurrió fue decirles que llegarían más tarde, que habían ido a hacer compras de Navidad porque al día siguiente era Nochebuena.

Los padres de Paula llegaron cuando anochecía.

—¡Papá, mamá, unos señores muy raros vinieron a casa y preguntaron por vosotros!.

—¿Por nosotros? —dijeron los padres de Paula asustados.

—¡Sí, por vosotros! —contestó Paula.

Al día siguiente Paula se fue al parque a jugar con sus amigos y le contó que la gatita Paty iba a tener gatitos.

Ellos se pusieron muy contentos al recibir la agradable noticia.

Cuando Paula llegó a casa sus padres estaban sentados al lado de Paty, que maullaba desconsoladamente.

—¿Qué os pasa? —les preguntó Paula.

—Tenemos una horrible noticia para ti.

—¿Cuál es la noticia? —contestó Paula.

—Se van a llevar a Paty. Son unos ladrones de gatos. Nos dijeron que si no le damos a Paty se quedarán con nuestra casa.

—¿Cómo? ¡Tenemos que impedirlo!

—No podemos. Se llevarán la casa si no los entregamos... —dijo la madre de Paula sollozando.

Paula decidió idear un plan.

Durante la tarde de Nochebuena se puso en contacto con unos agentes secretos que conocía. Tendrían que tener resuelto el caso para Navidad, al día siguiente. Con su ayuda prepararon una trampa, la colocaron y así pudieron capturarlos antes de la cena especial, la cena de Nochebuena, vamos.

Lo consiguieron antes de la hora en la que nace Jesús el Nazareno y celebraron su venida al mundo en paz y armonía. Los gatos estaban tranquilos en el jardín de la casa. Los ladrones de gatos no se salieron con la suya.

Cuando lograron soltarse de la trampa salieron corriendo para no volver nunca más a sus actividades antigatunas. Al fin también celebraron la Navidad con su familia, aunque gruñendo un poquito...

Dreamers. La isla de la cueva de los deseos

Toño Prado

www.librovirtual.org/AUT0126

*Existe un lugar en el que los sueños pueden hacerse realidad,
si son de corazón...*

Cuenta la leyenda que, en pleno océano Atlántico, entre Islandia y el Polo Norte, se erige un pequeño islote desconocido hasta hace poco por el resto de la humanidad. En él sólo habitan elfos, ajenos a toda realidad universal existente. Su paraje, al contrario de lo que tendría que haber sido normal en la zona, es verde y claro hasta donde alcanza la vista. Su nombre, Dreamers.

Se dice que, hace cientos de años, Santa Claus envió a cientos de sus elfos a esta isla, con el fin de que se convirtieran en guardianes de la cueva de los deseos, lugar adonde van a parar todos los deseos de la gente para navidad. Dice el mito que, si algún día encuentras la cueva y te introduces en ella, cualquier deseo que pudieras pedirle te sería concedido; cualquiera siempre y cuando fuera puro de corazón. Si eso no es así, quedarías apresado para siempre en su interior.

Los elfos son una raza alegre, pacífica, generosa. No existe ningún elfo que no viva por y para sus vecinos. Cuidan sus propias tierras y viven de lo que producen. Cada semana intercambian información con el Polo Norte sobre lo acontecido durante esos días. Pero no siempre ha sido así.

Un buen día, un sábado de noviembre del año 1999, próximo a las Navidades, la cadena de información se rompió, y permaneció en ese estado durante un par de semanas. Fue entonces, cuando en medio de la incertidumbre, Arolf, el más anciano de los elfos de la isla, habló:

—Debemos saber qué ha ocurrido. Hay que ir al Polo Norte —dijo.

A la mañana siguiente, Arolf, acompañado por cuatro elfos más, puso rumbo al Polo Norte. Muy pronto, el paraje verde primaveral de la isla se convirtió en el frío gélido y blanco de la nieve que rodeaba todo lo que sus ojos alcanzaban a ver. Los elfos, acostumbrados desde hace cientos de años a su clima suave, abrigaron sus cuerpos con pieles que hacía siglos que no sacaban de su pequeño armario.

A pocos kilómetros de llegar a la casa de Santa Claus, Arolf decidió hacer una parada. Tomó sus prismáticos y observó desde la lejanía el perímetro que bordeaba la propiedad de Santa Claus. Cuál fue su sorpresa cuando, lo primero que sus diminutos ojos pudieron ver, fue a un ogro enorme y malhumorado dirigir a todos los elfos hacia la fábrica de juguetes. Los elfos obedecían sus órdenes con evidentes signos de cansancio y ofuscación en sus rostros.

—Algo está ocurriendo —dijo Arolf.

—¿Cómo? —respondieron los demás.

—No veo a Santa Claus. Hay un ogro frente a la fábrica de juguetes y todos los elfos entran tristes y cabizbajos a trabajar —dijo Arolf.

—¿Tristes y cabizbajos? No existe ningún elfo triste en el mundo. ¿Un ogro? ¿Y qué ha pasado con Santa? —preguntó uno de los elfos asustado.

Arolf no pudo más que responder con su silencio. No podía creer lo que estaba sucediendo pero, a pocos días para el acontecimiento más importante del año, la Navidad estaba en serio peligro.

El regreso a casa de los cinco elfos fue silencioso. Arolf sabía que los ogros tardarían poco en intentar hacerse con la cueva de los deseos una vez habían logrado ya hacerse con la casa de Santa Claus.

Cuando regresaron a Dreamers, Arolf reunió a todos los elfos en el bosque, a pocos metros de la entrada secreta a la cueva de los deseos. La preocupación invadió los rostros de todos los elfos que asistían incrédulos a lo que parecía ser la desaparición de la Navidad.

—Pero algo tendremos que hacer. Quedan ya sólo cinco días para Navidad —se oyó la voz de uno de ellos por encima de los demás, allá en medio del tumulto de elfos.

Arolf permaneció un sólo minuto en silencio.

—Sí, y lo vamos a hacer —replicó.

Inmediatamente después ofreció su discurso al pueblo. Les explicó cómo iban a conseguir recuperar de nuevo la casa de Santa Claus y, con ello, salvar la Navidad.

Lo primero que Arolf sabía era que, una vez los ogros habían logrado hacerse con la casa de Santa Claus, tardarían poco en intentar hacerse con la cueva de los deseos. Así que ordenó doblar el turno a todos los vigilantes, que accedieron encantados.

Después preparó una nueva expedición de cientos de elfos para recuperar la casa de Santa Claus y expulsar a los ogros de allí. Dos fueron los días que tardaron los elfos, después de caminar sin descanso día y noche, en llegar frente a la casa de Santa Claus. Se introdujeron estratégicamente vigilando los cinco puntos cardinales que rodeaban la propiedad. Una vez ya mezclados entre los elfos apresados, descubrieron que eran cinco los ogros que habían invadido la casa de Santa Claus, pero él seguía sin aparecer. A menudo se escapaban sigilosamente entre el grupo intentando descubrir el lugar donde lo tenían apresado.

Aquella tarde, varios de los elfos que habían compuesto la expedición de rescate se reunieron en la cocina, lugar donde podían hacerlo en secreto ya que de todos es sabido que los ogros no se alimentan de comida, sino de seres vivos y loza.

—¿Lo habéis visto? —preguntó Arolf.

—No —fue contestando, uno a uno, cada uno de los elfos.

—Bueno, ya hemos visto cuántos son. Ahora sólo tenemos que pensar en cómo acabar con ellos —dijo Arolf.

Todos los allí presentes se quedaron pensando, se miraban unos a otros buscando una respuesta que pudiera sacarles de aquel embrollo. De repente, una voz angelical rompió aquel silencio.

—Y si...

Es sabido por todos que no existe ogro en el mundo que aguante el sabor de la refelia, una planta aromática que crece en los bosques gélidos del Polo Norte y que les provoca un insoportable dolor de estómago nada más probarla. Pero en aquella época del año era imposible poder hacerse con ella.

—No —replicó uno de los elfos allí presentes—. Yo llevo un poco en mi macuto. Siempre la llevo por si me encuentro a algún ogro en mi camino.

—¿A qué estamos esperando pues? —dijo Arolf.

Los elfos se pusieron a trabajar en grupo, como siempre, para idear el lugar idóneo para insertar la refelia. Tras la fábrica de juguetes, descubrieron un enorme charco de loza en el que seguramente retozaban los ogros cada día durante horas.

—Un par de hojas bastará —dijo Arolf mientras echaba sobre la loza la refelia—. Muy bien. Y ahora a esperar.

Ya de noche, los ogros acudieron a la loza. Nada más introducirse los cinco en la loza, todos salieron corriendo hacia el bosque, buscando cobijo para recuperarse del dolor.

A varios metros de distancia, un grupo de elfos asistían a la escena con alegría y esperanza por haber logrado liberar a sus amigos. Al tiempo que los ogros se perdían entre la oscuridad de la noche, una figura enorme y redonda aparecía tras la sombra de uno de los árboles: era Santa Claus, cansado y abatido. Nada más verlo, todos los elfos corrieron hacia él. Lo acompañaron hasta casa, lo sentaron frente a la chimenea y se

pusieron a trabajar incansablemente para hacer de la noche de Navidad, una vez más, el día más feliz de todo el año.



Miguel Ángel Martínez
martinez.carbonmade.com

El libro de Sociales

Daniyecla

www.librovirtual.org/AUT0189

*For Halloween,
Oyster Boy decided to go as a human*

Tim Burton, *Oyster Boy Steps out*, 1997.

No sé si fue en el ochenta y ocho o el ochenta y nueve, nosotros vivíamos en una casa pequeñita a las afueras del pueblo. Ese invierno fue terrible: todo se congeló; pero como siempre y para nuestro disgusto, no cayó ni un solo copo de nieve. El frío era horroroso, nos salían sabañones en las orejas y hasta se nos congelaban los mocos en la nariz. No se podía salir a la calle sin unos buenos guantes y un gorro de lana. Yo tenía suerte, mi yaya era una experta en hacer cualquier cosa de lana y me hacía jerséis, guantes, gorros, bufandas... Normalmente picaban, pero en aquellos entonces no sabíamos lo que era un abrigo de plumas, un polar o una chaqueta de neopreno, así que yo iba muy feliz con el calorcito que una oveja había llevado antes encima.

Al vivir en las afueras, tenía que ir todos los días al cole andando un kilómetro, por caminos de tierra y no siempre secos. Era una travesía dura, pero a mí me gustaba, podía jugar por el camino, descubrir secretos en casas, caminos que nadie sabía adónde iban... Yo lo investigaba todo y luego se lo contaba a mi abuela; ella, con su sonrisa infinita y sus ojos acuosos, lo escuchaba todo muy atenta, asintiendo. Recuerdo que siempre me caía un: «Este zagal es muy listo». Con eso ya me sentía yo satisfecho; quería que mi abuela se sintiera orgullosa de mí, ya fuera por cazar un conejo corriendo, por traerle un melón que había visto en un melonar espontáneo o simplemente por saber llamar a las cabras.

Un día, cuando iba al colegio vi una sombra en una de las ventanas de la Casa de los Zapateros. Esta casa tenía un embrujo para mí muy especial. Era muy grande y lujosa, tenía

cancha de tenis y piscina, como las de los ricos. Y además, estaba abandonada. La valla estaba rota y se podía entrar por detrás de la piscina. Yo nunca me había atrevido a entrar, era bastante miedoso, o bueno, soy muy miedoso; pero estaba fascinado por ella: ¿cómo podía ser que hubieran hecho una casa tan bonita y no vivieran en ella? La verdad es que pasados los años he vuelto a ver fotos en las que salía la casa y estaba en un estado bastante ruinoso; pero a mis ojos de niño aquello era todo un mundo de aventuras. Por eso, ver una sombra dentro me llamó poderosamente la atención. Me acerqué todo lo sigiloso que sabía y volví a ver la sombra pasar. Bueno, tenía que intentarlo; dejé los libros fuera y me adentré en la casa. Decir que estaba emocionado sería mentir con alevosía; estaba aterrado, cualquier ruidito me hacía saltar; pero mi curiosidad, esa maldita, me hacía seguir adelante. El jardín estaba todo lleno de hierbas enormes, la pintura de la casa estaba totalmente ida y sólo vislumbraba una puerta abierta de hierro en la segunda planta. Para acceder a ella tenía que subir por una escalera metálica que había en el costado derecho de la casa. Tragué saliva y me fui hacia ella. Cuando puse mi mano en la barandilla noté el frío a través de mis guantes y un «no subas» me recorrió la piel. Así que subí. Me acerqué con cuidado a la puerta abierta y vi que estaba atascada, el suelo lleno de basura, pelotas de tenis, bolsas de patatas, latas de cerveza... Era un verdadero desastre. Asomé la cabeza por la puerta y entonces apareció...

Estaba junto a la ventana, de pie, era... ¡una sombra! Cuando entré por fin giró la cabeza y se quedó enfrente de mí, o eso creo, porque no sabía distinguir cuál era su parte delantera y cuál su trasera. Me acerqué lentamente, nunca había visto una sombra así de... sola.

—¿Hola?

—...

—¿Quién eres?

—...

No veía yo que la conversación fuera a progresar mucho, claro, ella no tenía boca.

—¿Te has perdido? —Ella asintió con la cabeza.

—Bueno, ahora tengo prisa, que tengo que ir a clase.
¿Me esperas y nos vemos a la vuelta? —Ella volvió a asentir.

Creo que nunca he ido más contento a clase. No era yo muy popular, más bien lo contrario. Siempre me ridiculizaban porque era pequeñito, escuálido y muy moreno. Me insultaban. Sólo tenía un amigo y ese día no pudo ir porque estaba enfermo. Yo me moría por contárselo, pero no pude. Entre tantas emociones, no me enteré de nada en clase, y en cuanto sonó la sirena salí corriendo a ver a la sombra.

Cuando llegué, ella todavía estaba allí, en la misma postura. Yo sólo podía pensar en dos cosas: una, qué hacía una sombra sola sin una persona, y otra, llegaba la Navidad y no me imaginaba nada más triste que la pobre la pasara sin su familia. Me la llevé a casa y se la enseñé a mi abuela. Por primera vez ella no sonrió, se sentó pesadamente en su mecedora y me pregunto: «Pero nene, ¿qué vamos a hacer con esto?». Parecía muy contrariada. «Pues nada, abuela, voy a ayudarla a encontrar a su persona, y si no lo conseguimos... ¿podría pasar la Navidad aquí?». Por primera vez mi abuela me dijo: «No lo sé, nieto, ya veremos... ya veremos...»; y se quedó en silencio mirando a la pared enjalbegada.

Toda esta situación era nueva para mí, pero yo estaba decidido a ayudar a aquella pobre sombra y lo haría. Pero, ¿por dónde empezábamos a buscar? Si ella pudiera hablar todo sería mucho más sencillo, pero lo único que había logrado es que moviera la cabeza. Además, en cuanto se hacía un poco de noche ya me costaba mucho verla, así que tenía que ser por la mañana y estábamos a veintiuno de diciembre, la Nochebuena se nos echaba encima. Decidí jugar a «Quién es quién»; le iba dando datos: altura, color de pelo, ojos... y poco a poco fuimos haciendo un retrato robot, muy malo (ya que a mí el dibujo nunca se me dio bien), pero que a mí me parecía muy fidedigno.

Al final me quedó que su persona no era muy alta pero tampoco era baja, cabello negro, piel oscura, ojos marrones, de brazos y piernas largas (esto con el tiempo no sé si era mi mal

dibujo o que realmente era así). Pues por más que busqué no pude encontrar en el pueblo a nadie con estas características sin sombra. Ni siquiera el miércoles, que era el día del mercado en la plaza y estaba todo el pueblo allí. Después de dos días de intentarlo infructuosamente, nos sentamos los dos debajo del reloj de la plaza del Ayuntamiento; estábamos decepcionados, y yo además no sabía qué hacer ya con ella. Mi abuela parecía no quererla en casa y no tenía dónde llevarla. Estaba pensando, cuando me fijé que la sombra se ajustaba a las escaleras, y se me ocurrió probar a doblarla. Para mi asombro parecía no dolerle; seguí plegándola hasta que cupo en mi mochila del colegio, concretamente dentro del libro de Sociales. «Aquí estarás calentita y ya encontraremos a tu persona».

Allí pasó la Navidad. Yo me escaqueaba de las reuniones familiares y le llevaba la sombra de algún polvorón, de los mantecados, del turrón... Ella parecía muy feliz. Incluso cuando llegaron los Reyes Magos les pedí muchos regalos y que por favor los trajeran con sus sombras correspondientes. Así, todo el enero estuvimos jugando los dos juntos, ella con las sombras y yo con los juguetes que me trajeron; bueno, con el juguete y con los calcetines hacíamos bolas y jugábamos a tirarnos la pelota. Después de jugar la guardaba siempre en el libro de Sociales y allí esperaba hasta que volvía de clase. Así pasaron varios años, hasta que la adolescencia entró como un ciclón por mis hormonas y me olvidé del libro.

Y ¿por qué os escribo todo este rollo? Quizá sea porque hoy es Nochebuena... Quizá porque ahora tengo un hijo pequeño... Quizá porque le he regalado un libro de Sociales...

El objetivo de Navidad

Benet M. Marcos

www.redactalia.com

Tenía claro que el único objetivo de su Navidad consistiría en ayunar. No lo había visto más claro los años anteriores, así que se levantó de la cama y, sin tomar el desayuno, se sentó delante del ordenador.

Puesto que era una persona muy influyente en Facebook y en Twitter, y como quedaba exactamente un mes para el día decisivo, se dispuso a trazar una estrategia de comunicación al tiempo que actuaba. Lo primero que hizo fue compartir en redes, con gran resolución, su íntimo convencimiento: «Esta Navidad ayunaré». En poco tiempo tenía más de veinticinco comentarios de apoyo y otros tantos «Me gusta», así como algunos retweets que la referían. Escribió un post en su blog en menos de siete minutos exponiendo las razones que la habían llevado a tomar aquella decisión, y de nuevo volvió a lanzarlo a las redes. Casi una hora después los comentarios de apoyo a su iniciativa se contaban por cientos. Innumerables blogs se plagaban de referencias al suyo, que durante todo el día no dejó de acumular muestras de apoyo y agradecimiento. Ni un solo comentario en contra del ayuno.

A la semana la noticia había trascendido a los medios. Ochenta televisiones de todo el mundo ya habían reproducido y debatido en más de treinta idiomas su iniciativa, que se extendía por YouTube en todos los colores y tonos imaginables. Por todas partes lo presentaban como la gran noticia de esa Navidad.

El primer grupo reivindicativo en apoyo a la iniciativa surgió en Somalia, gracias precisamente a un brillante email que mandó ella personalmente a uno de los más acérrimos evangelistas de su blog en ese país. Consciente de que en los

últimos tiempos se hablaba sin cesar de lo que acaecía en la región, lanzó un mensaje tan convincente que incluso algunos Gobiernos de la zona hicieron propia la iniciativa para reforzar su imagen de marca territorio. Estaba claro, todos ganaban. Alguien llegó a decir que había visto un barco pirata izando una bandera con el rostro de ella plasmado, a modo de culto, en tela negra, pero nadie desmintió esa noticia, bien porque era cierta, bien para no parecer ante la opinión pública la única persona o medio en contra del ayuno (y del posible Gobierno que hubiese motivado tal acción). Desde ese momento cada ciudadano, consciente de su individualismo global, le ofreció su apoyo como mejor sabía: unos creando grupos en redes, otros saliendo a la calle con pancartas y piedras, los periodistas inundando las páginas nacionales, internacionales, de sociedad y cultura con la temática recurrente; surgieron revistas especializadas online que defendían a capa y espada nuevos ideales, entre los que se incluía la iniciativa de ayunar por Navidad, y hasta las sectas más destructivas tuvieron a bien instaurar esa fecha como el deseado fin del mundo; los agoreros no tardaron en correr por las plazas anunciando la buena nueva.

La mecha estaba prendida. La tercera semana consiguió avivar el fuego haciendo que hasta las confesiones religiosas más ortodoxas decidiesen considerar su artículo como palabra de validez comparable a la del Evangelio el propio día de Navidad. La Real Academia Española y otras academias lingüísticas del mundo, que suelen adolecer de cierta aversión al cambio, se reunieron con carácter de urgencia para incluir en sus versiones online de diccionarios y enciclopedias una nueva acepción de «ayunar» (y, vista su trascendencia, dicha acepción escalaría rápidamente unos cuantos puestos frente a las que llevaban siglos ocupando las primeras posiciones). Las constituciones de muchos países añadieron, como nuevas obligaciones del ciudadano o la ciudadana (pues el lenguaje no sexista desembocaba en una nueva era propiciada por la autoría del mencionado post), un artículo que hacía referencia a la obligatoriedad incuestionable de ayunar el día de Navidad, siendo considerado el ciudadano

o ciudadana que no acatare dicha imposición un desertor del ejército de la conciencia y de la patria y pudiéndosele aplicar, por dicha razón, el máximo de pena en cada caso (esto último lo debatirían jueces y abogados).

Llegó la cuarta semana y no estaba nerviosa. Se desconectó de Internet. Desapareció. Se fue lejos, muy lejos. Voló hacia otro continente con una identidad falsa que se había propuesto como objetivo dos Navidades atrás y se escondió en un poblado al que la única comunicación que llegaba era la de un viejo transistor a pilas. La acogió una familia pobre, que todo lo que podía llevarse a la boca era un cubilete rasgado de maíz al día. Salían los niños y la madre cada mañana a buscar agua a una fuente que se encontraba a dos kilómetros del lugar, y la racionaban a conciencia. Las decisiones en el poblado las tomaba el Consejo de Ancianos. Las mujeres decidían poco, como había venido siendo habitual hasta la publicación del post. Sabían por la radio que en Occidente era Navidad. Según dijeron —ella se hacía entender mediante un intérprete que chapurreaba inglés—, en la radio se habían pasado toda la semana hablando sobre una noticia relativa al día veinticinco de diciembre, algo relacionado con el ayuno. Aunque ellos ayunaban, por fuerza, más de un día al año, el Consejo de Ancianos había decidido firmemente ayunar con el resto del mundo, aun a riesgo de echar a perder la comida de ese día. Además, todos sentían curiosidad por ver qué sucedería realmente el día veinticinco. Se hablaba desde hacía un tiempo —y ella había sido testigo de una conversación en voz baja entre dos personas al subir a un avión— sobre el aspecto del mundo ese día. Y aunque todos apoyaban la iniciativa y no había, por necesidad, detractores, la curiosidad imperaba en todas partes. Pero quien hablaba de ella lo hacía siempre de un modo velado. Nadie se atrevía a ser descubierto.

Y llegó el día veinticinco. Se desperezó, se calzó y salió de la barraca. Todo estaba en silencio. Nadie se movía. Quienes habían dejado la cama esperaban, en pijama, sentados o en actitud de meditación. Se notaba que la radio estaba encendida por las interferencias. Nadie hablaba en ella.

Casi no se atrevía a pisar la arena de las calles para no despertar sospechas, pero marchó decidida camino adelante. No dijo adiós. Tomó sus pertenencias, que le cabían en los bolsillos, y se alejó. El silencio reinaba en el mundo, podía intuirlo, pero nunca supo con certeza lo que había sucedido el día de Navidad.

Sarah en Navidad

Yolanda Díaz de Tuesta

www.librovirtual.org/AUT0041

Sarah vivía en una casita blanca junto a la playa, en un pueblo diminuto pero muy bonito. En verano, el sol brillaba con fuerza y se lo pasaba muy bien jugando con sus amigos en la arena y corriendo por los campos, dorados por las espigas de trigo. Pero la época que más le gustaba, y con diferencia, era la Navidad.

Para Sarah, aquella época siempre tenía un olor especial, y sabía a caramelo, y a la tarta de manzana que hacía su abuela. En Nochebuena se reunía toda la familia, los abuelos, sus padres y ella, y cenaban cosas deliciosas. Después, venía un montón de vecinos y cantaban villancicos, y los niños comían dulces mientras los mayores brindaban con champán. Hacían mucho, mucho ruido, todo el posible, para no oír el sonido del trineo, ni a Papá Noel moviéndose por la sala de estar, donde ponían siempre el árbol de Navidad, para que pudiera entrar por la chimenea. A las doce iban corriendo y abrían los regalos que había dejado, y se reían y se felicitaban unos a otros.

Venían todos los que vivían cerca, incluso los Peña, que eran los dueños de la fábrica, la familia más rica del pueblo, y los más estirados. La señora Peña tenía un abrigo de piel auténtica, y siempre se estaba peinando o retocando la pintura de los labios, mientras contaba a todo el mundo cuánto dinero costaba su vestido, sus zapatos, sus joyas... Sarah la rehuía, porque tenía la costumbre de reñirla si no iba tan tiesa como ella, o cuando la veía correr por el pasillo.

Ese año, cuando llevaban poco rato en el salón y el señor Peña tarareaba las primeras notas de un villancico, Sarah se acercó a mirar por la ventana. No solía hacerlo, porque se arriesgaba a contemplar la llegada del trineo, y ya le habían dicho muchas veces que a Papá Noel no le gustaban los niños curiosos. ¡Pero no podía evitarlo! Estaba nerviosa y preocupada, porque el cielo estaba totalmente cubierto de

nubes muy gruesas, y el mar se encrespaba con el viento helado. Decían, incluso, que se esperaba nieve, algo nunca visto en el pueblo. ¿Y si Papá Noel no podía venir, por culpa del mal tiempo?

Vio que Alvarito, el hijo de los Peña, se acercaba con varios mazapanes en la mano. Había más niños en la reunión, hijos de algunos vecinos, y muchos eran compañeros de clase, pero Alvarito Peña era su mejor amigo. Incluso estaba pensando decirle que iban a ser novios. Novios superhéroes, como los de la serie de televisión de la tarde, aunque todavía no tenía claro qué poderes prefería...

—Recuerda que mañana no puedo venir a la playa a jugar —le dijo Alvarito, triste—. Mis padres y yo tenemos que ir a visitar a los pobres.

—¿A los pobres? —preguntó la señora Hortensia, que estaba sentada cerca. Era nueva en el pueblo y no conocía mucho las costumbres. También era algo sorda, por lo que hablaba prácticamente a gritos, y esperaba que se la respondiese del mismo modo.

—¡Sí, señora! —contestó Alvarito, tan alto que se le oyó en todo el salón—. ¡Mamá separa todo lo que no quiere, lo que iba a tirar a la basura, y se lo damos a los pobres en Navidad!

Se produjo un momento muy incómodo. Todos los adultos se miraron de reojo y se removieron en sus sillas.

—¡Álvaro! —exclamó la señora Peña, con cara de horror. A Sarah se le escapó una risita—. ¡Cómo que tirarlo a la basura, de eso nada, es algo que podríamos aprovechar todavía pero que damos a los más necesitados por pura bondad de espíritu! ¡Ropas, mantas, libros de oraciones...! ¡Y una comida decente...! ¡Pero si les llevamos incluso tarta!

—Y hacemos fotos, para el periódico local —añadió el señor Peña, irónico—. Así es más evidente nuestra bondad de espíritu. No vaya a pasar desapercibida.

—Rodolfo... —gruñó la señora Peña, mirándole de reojo.

—Pero, ¿y pasado mañana? —preguntó la abuela de Sarah, que estaba sirviendo café y pastas a todo el mundo. ¡Qué mujer, nunca se estaba quieta! Mantenía la casa muy limpia, y cocinaba como los ángeles, según decía el abuelo.

—¿Pasado mañana? —La señora Peña parpadeó.— ¿Qué significa eso?

—Que pasado mañana tendrán también hambre, Rosa... La gente tiene la mala costumbre de comer todos los días, ya ves. Tres veces, a ser posible. ¿Durará tanto la bondad de espíritu? ¡Y sin fotos!

—Cariño... —empezó el abuelo, mirándola con intención. La abuela de Sarah suspiró y se volvió a la cocina, a buscar más café. La señora Peña la observó mientras se iba, frunciendo el ceño.

—¡Ah, pues que trabajen! —dijo, enojada—. No es asunto mío... No podemos dar de comer a todo el mundo, faltaría más. La mayoría no son más que vagos.

—Menudo comentario, querida, eso sí que es espíritu navideño, ya lo creo. Merece un brindis. —El señor Peña se sirvió un poco más de champán. Se le veía enfadado y molesto.

Y Alvarito miró a sus padres con miedo. Sarah había oído decir que igual se separaban. No estaba segura de si eso sería bueno o malo. En su caso, hubiese resultado terrible. Su padre y su madre se querían mucho, y no concebía la vida sin uno de ellos. Pero los señores Peña se llevaban siempre tan mal que hasta igual resultaba un alivio... Ella era presumida y tonta, y él un hombre bastante agradable, muy listo, según decían todos. Por eso había hecho una fortuna con sus negocios.

—¿Crees que podrá llegar Papá Noel? —preguntó, aunque ya no le importaban realmente los regalos. Sólo quería que su amiguito se sintiera menos triste, hacerle pensar en alguna otra cosa—. Dicen que va a hacer muy mal tiempo...

—No te preocupes por eso —Alvarito le tendió un mazapán. Siempre era tremendamente caballeroso, como su padre. Eso decía la abuela, «caballeroso». Sarah sonrió,

pensando en historias de caballeros y princesas. Igual era mejor jugar a ser algo así que lo de los superhéroes...— ¿No ves que Papá Noel viene del Polo Norte? Allí hay mucha nieve. Por eso tiene un traje tan abrigado, y un trineo. No tendrá problemas en llegar.

Sí, claro, eso tenía sentido. Pero allí no había nevado aún, sólo parecía que empezaba una tormenta. Sarah volvió otra vez los ojos hacia la ventana y, mientras miraba, un relámpago surcó el cielo, mostrando el mar embravecido, y los arrecifes, y... algo más, algo oscuro que oscilaba bruscamente con las olas.

—¡Mira! —exclamó—. ¡Hay algo en el agua!

Sorprendido, el señor Peña se levantó de su sitio y fue hacia allí. Acercó tanto la cara al cristal, que su nariz se aplastó de forma cómica.

—Dios mío, es cierto... ¡parece una barca en apuros! —añadió, y salió corriendo. Todo el mundo fue tras él, sin importarles que pudieran sobresaltar a Papá Noel, en el caso de que hubiese entrado ya en la sala de estar. Seguro que, si le sorprendían colocando los regalos, podría entenderlo, porque algo grave pasaba. Sarah venía de familia de pescadores, bien sabía lo traicionero que podía ser el mar. Esa barca estaba demasiado cerca de los arrecifes. Y la tormenta lo complicaba todo.

Alvarito y ella intercambiaron una mirada y, como nadie se había acordado de decirles que se quedaran en casa, siguieron a los mayores.

Fuera, ya en la playa, tuvo que entrecerrar los ojos, porque había arena por todas partes, arrastrada por el fuerte viento. Un nuevo relámpago iluminó el mundo, y pudieron ver con más claridad lo que había en el agua. Era una patera, sin lugar a dudas, una de esas barcas llenas de emigrantes que llegaban de vez en cuando. En realidad, raramente se veían por allí, el pueblo de Sarah quedaba demasiado al norte de las

rutas habituales, pero el fuerte viento debía de haberla arrastrado con la misma facilidad que si fuera una hoja seca.

En el bote se amontonaba más gente de la que cabía. De hecho, por un lado, un hombre estaba a punto de caer al agua, apenas podía sujetarse; por el otro, una chica jovencita intentaba evitar que se le cayera una cesta, y también que los demás pudieran aplastarla. Todos ellos miraban hacia la costa. Sarah pensó que eran casi como fantasmas: los relámpagos mostraban cada poco sus caras, cansadas, hambrientas, desesperadas...

Por encima del fragor de la tormenta, se oyó el llanto de un bebé.

La patera chocó contra unas rocas y estuvo a punto de volcarse. Giró lentamente, y quedó sujeta entre los arrecifes, enganchada en los salientes a merced de las olas, sin poder avanzar o retroceder. Sus pasajeros intentaban liberarla, pero se veía que estaban demasiado agotados, y posiblemente anquilosados por mantener la posición durante el largo y terrible viaje. Apenas podían levantar los brazos.

—Ayudadme —dijo el señor Peña, quitándose la chaqueta del traje. La arrojó hacia su esposa, que apenas llegó a tiempo de sujetarla—. Hay que traerlos a la orilla.

El abuelo y el padre de Sarah, y dos vecinos más, fueron con él. Se metieron en el agua, pero la patera estaba enganchada en una zona donde el fondo era ya muy profundo, y el mar estaba demasiado encrespado.

—¡Rodolfo! —gritó la señora Peña, horrorizada, dando saltitos en la orilla, intentando que no la salpicasen las olas—. ¡Tu traje! ¡Tus zapatos!

—¡Calla, mujer! —replicó él, cada vez más enojado. El agua le llegaba al pecho, y le golpeaba el rostro—. ¡Tú eres la que mejor nada! ¡Quizá pudieras...!

—Pero ¿qué dices? ¡Ni lo sueñes, no voy a meterme al agua! ¡La sal estropeará mi vestido! ¡Y el pelo se me quedará hecho un asco!

—¡Maldita sea, Rosa! —gritó él, empezando a nadar torpemente hacia la patera—. ¡Debería darte vergüenza!

—¡No! —dijo el padre de Sarah, sujetándole por un brazo—. ¡No podremos llegar, sería una locura! ¡Si no lo organizamos bien, si nos lanzamos a lo loco, tendremos que rescatar a esas gentes, pero también a alguno de nosotros!

El señor Peña hizo una mueca de contrariedad.

—¿Y con vuestra barca? —preguntó entonces. El abuelo agitó la cabeza.

—No creo que podamos, Rodolfo. Ni que dé tiempo a ir a buscarla. Volcarán ellos o volcaremos nosotros antes de llegar. Pero supongo que habrá que intentarlo. —Agitó una mano hacia la abuela.— Vuelve a casa, Julia, y llama a Urgencias y a las autoridades. Conseguir toda la ayuda posible.

La abuela asintió.

—Vamos, Sarah, acompáñame —pidió. Sarah cogió su mano y caminaron con rapidez hacia la casa. Entraron en el vestíbulo y...

—¡Oh, diantre! —exclamaron las dos, al ver a Papá Noel colocando los regalos bajo el árbol, un montón de paquetes adornados con cintas y envueltos en papel de alegres colores. Papá Noel era alto y ancho como un oso, vestido todo de rojo, con barba muy blanca y el gorro tan conocido, que caía hacia un lado con una enorme borla. Sus mejillas, muy rellenas, estaban casi tan rojas como su traje. Sus ojos, de pupilas muy oscuras, brillaban. Sarah temió haberle hecho enfadar, pero Papá Noel se echó a reír.

—¡Carámbanos del Polo Norte, qué susto me habéis dado! ¡Ya decía yo que no se oían villancicos! ¿Se puede saber qué hacéis ahí fuera, con ese tiempo terrible? —Y, antes de que les diera tiempo a contestar—: ¿Qué, te gustó la muñeca, Julita? ¿La del vestido azul con un encaje blanco en el cuello?

La abuela se quedó atónita. Luego se echó a reír.

—¡Dorotea! ¡Te refieres a mi muñeca Dorotea! Ya lo creo que me gustó, mucho. ¡Pero me la trajiste hace sesenta años!

Papá Noel la miró boquiabierto.

—Ah, no me digas. ¿En serio? —Volvió a echarse a reír.— ¡Cómo pasa el tiempo! ¡Estás tan guapa como entonces, niña! ¡Y al verte con tu hermana mayor...!

Sarah puso cara de horror.

—¡Yo no soy su hermana mayor! —protestó, con vehemencia—. ¡Es mi abuela! —Tardó un segundo en darse cuenta de que se trataba de una broma. Papá Noel y su abuela rieron, y ella también, pero poquito, porque aún no sabía a qué atenerse.— Nos dejarás nuestros regalos aunque te hayamos sorprendido, ¿verdad? —le preguntó, inquieta—. Ahora no podemos quedarnos a abrirlos. Tenemos que salvar a unas personas.

—¿Salvar a unas personas? ¿Qué ha pasado? — Sarah le contó rápidamente lo que ocurría, mientras la abuela intentaba llamar por teléfono, sin éxito. La tormenta debía de haberlo estropeado, porque no había línea. A medida que iba escuchando, la expresión de Papá Noel iba aumentando en preocupación.— ¡Oh, por todas las Escarchas del Témpano Blanco, mis pobres niños! ¡Hay que hacer algo enseguida! ¡Deben de tener frío, y hambre, y deben de estar agotados! ¡Es un viaje largo y terrible, desde su tierra! —Palmeó las manos, con decisión.— A ver, Julita, prepara leche caliente y mantas. Sarah y yo les recataremos y los traeremos aquí.

—¿Yo? —preguntó Sarah, asombrada.

—Eso he dicho, mi joven heroína. —Papá Noel le revolvió cariñosamente el pelo, la cogió de la mano y juntos se dirigieron a la chimenea. ¡Parecía decidido a meterse por allí! Sarah tuvo un momento de miedo, porque el fuego estaba encendido, y había gruesas lenguas de fuego lamiendo los

troncos. Pero, justo un momento antes de entrar, Papá Noel movió la mano libre, como dibujando un arco, y exclamó—: ¡Jou, jou, jou! ¡Feliz Navidad!

Ante el gesto, el fuego se aplacó considerablemente, las llamas se separaron a un lado y al otro, y Papá Noel y ella pasaron por el centro sin quemarse nada en absoluto. Ya dentro de la chimenea, que parecía más grande que antes, porque cabían cómodamente los dos, una agradable corriente de aire caliente, en la que se oía un constante repiqueteo de campanillas, les empujó hacia arriba, hasta salir al tejado.

Allí, bien aparcado, había un bonito trineo, todo adornado con ramas de abeto, lazos rojos y cintas brillantes, y bolas de Navidad de distintos tamaños y colores. Unida a él, podía verse una larga hilera de renos, una docena de preciosos animales de largas patas y expresiones inteligentes. Los cuernos dibujaban formas sinuosas, algo que Sarah supo que eran letras de un alfabeto perdido, y que transmitían un mensaje que no podía pronunciarse, pero que alegraba el corazón, y lo llenaba de amor y de paz.

—Jou, jou, jou —rió Papá Noel, con la nariz tiznada de hollín— ¡Feliz Navidad! ¡Feliz Navidad! ¡Repite eso conmigo, niña, es el conjuro de magia navideña! ¿No lo sabías? ¡Todo es posible si lo pronuncias!

—¡Jou, jou, jou! ¡Feliz Navidad! —exclamó Sarah, intentando imitarle, aunque con poco éxito. Uno de los renos estornudó, y otro se echó a reír.

—Formalidad, formalidad, chicos, que tenemos una invitada —pidió Papá Noel, mientras la ayudaba a subir al trineo. Sarah se acomodó en el pescante, y se tapó con una mantita de cuadros que daba un agradable calor y olía a pino. Sus colores cambiaban por momentos, pero siempre eran alegres—. Así, pequeña, que no queremos que te resfríes. ¿Verdad? ¡Todos en marcha! ¡Jou, jou, jou! —Papá Noel se sentó a su lado, agitó las riendas, los renos avanzaron por el tejado y el trineo se deslizó suavemente por el aire, en dirección al mar.

El viento se hizo sentir casi enseguida, con una ferocidad inusitada.

—¿Sabes? —le dijo Papá Noel, entonces—. Hay varias clases de viento. El frío, el cálido, el divertido, el silencioso, el que arrastra el olor del mundo de los caramelos perdidos... Muchos, a montones, y algunas veces viajan varios juntos, aunque no siempre se llevan bien entre ellos, y no todos son buenos. Este, en concreto, es uno malo y rencoroso, que ha viajado en solitario desde el Polo Sur y no le gusta la Navidad. Está intentando ponernos tristes a todos, dándonos un gran disgusto. ¡Pero no lo conseguirá, claro que no! ¡Jou, jou, jou! Nosotros nos encargaremos de ello. —Dirigió el trineo hacia la patera, que seguía enganchada en los arrecifes, y ya casi volcada. El señor que había estado sujetándose con esfuerzo había caído al agua, y trataba de mantenerse a flote aferrado al borde. Por el otro lado, la chica de la cesta no podría resistir ya mucho tiempo. Papá Noel tendió a Sarah las riendas.— ¡Toma, Sarita, conduce tú!

—¿Yo? —Sarah le miró horrorizada, escondiendo las manos a la espalda.— Pero ¿qué dice? ¡Si no sé conducir!

Papá Noel la miró absolutamente desconcertado.

—¿Cómo que no sabes conducir trineos?

—¡Soy pequeña!

—¡Precisamente por eso! —replicó él, echándose a reír, y le arrojó las riendas.

Tomada por sorpresa, Sarah las cogió, y comprobó sorprendida que sí, que sabía conducir un trineo. Y es que, más que las riendas, los renos seguían los deseos de su corazón, y fueron en todo momento donde ella pedía, con más o menos suavidad. Porque, al margen de su poca experiencia en el manejo de grandes trineos del Polo Norte, algo que seguramente todo el mundo podría comprender, el vehículo daba fuertes bandazos por el viento. Eso sí, se mantenía, y consiguió llegar al punto indicado. Papá Noel cogió uno de los

grandes sacos de regalos, y lo tendió hacia abajo, hacia el hombre del agua.

—¡Eh! ¡Pequeño Hassan! —El «pequeño» Hassan era un señor muy grande, bastante grueso, que miraba incrédulo hacia ellos.— ¡Agárrate a esto, chaval, agárrate con fuerza! ¡Mira que te he dicho veces que debías aprender a nadar...!

—Pero, ¿vas a sus países? —preguntó sorprendida Sarah. Creía haber oído al abuelo que, en aquellas tierras lejanas, se adoraba a otro dios y se celebraban otras fiestas, igual que se hablaba otra lengua, y las gentes tenían un color distinto de piel. Igual había entendido mal—. ¿Es que conocen la Navidad?

—Noooo. —Papá Noel se inclinó hasta el límite para que Hassan pudiera aferrarse al extremo del saco.— No voy a sus países, tienen otras costumbres. Eso sí, a lo largo de los años he hecho buenos amigos que hacen felices a sus gentes, genios que conceden deseos y todas esas cosas. Pero, aunque no vaya, los conozco muy bien, ya lo creo. A todos, todos los seres humanos, todos mis pequeños niños. Siempre, de un modo u otro, intento hacerles llegar buenos consejos y algún regalo inesperado. —Hassan tosió. Papá Noel lo subió con sorprendente facilidad. Claro, debía de ser muy fuerte, para cargar con tanto saco de regalos, casi tan grandes como él.— Gira, Sarah, gira. Vamos por los otros.

Entonces, el viento se puso imposible, soplando con fuerza, formando remolinos. La patera volvió a agitarse con brusquedad, y la jovencita del otro lado lanzó una exclamación cuando la cesta se le fue entre las manos y cayó al agua. Sus compañeros, aunque se veía que apenas tenían fuerzas, la ayudaron a recuperar el equilibrio pero, de pronto, ella empezó a gritar y forcejear, desesperada, tratando de lanzarse al mar y alcanzar la cesta.

Volvió a oírse el llanto de un niño. El corazón dio un vuelco en el pecho de Sarah.

—¡Papá Noel! —gritó, comprendiendo repentinamente—. ¡Había un bebé en la cesta!

Una violenta ráfaga de viento hizo girar el trineo, y formó una ola que arrastró la cesta lejos, a buena velocidad. Sarah luchó por recuperar el control cuanto antes, pero resultaba imposible. Los pobres renos apenas conseguían mantenerse en el aire, estaban siendo sacudidos como muñecos, y parecían muy mareados. Y también Papá Noel, que casi se había caído al agua por un lateral del trineo: tenía medio cuerpo fuera, y trataba de mantenerse en el sitio a duras penas. Su larga barba ondeaba, como una bandera blanca, pero al viento le daba igual, no pensaba concederles una tregua.

Sarah consideró rápidamente la situación. Si la cosa seguía así, el trineo terminaría siendo derribado. Ellos lo pasarían mal, y las personas de la patera seguirían en peligro. Pero, además, los sacos llenos de paquetes se perderían en el mar, y aquella sería una Navidad sin la misma ilusión. ¡Los niños de todo el mundo se encontrarían sin regalos bajo el árbol de Navidad! Eso sin tener en cuenta que, sin trineo, a ver cómo volvía el pobre Papá Noel a su casa del Polo Norte; aunque claro, eso podría arreglarse cogiendo un avión...

¡Pero daba igual, todo seguiría siendo un desastre! ¡Y sería por su culpa, sólo por su culpa, era ella la que estaba conduciendo el trineo!

«¡No puede ser, tengo que hacer algo!», se dijo, apurada. Entonces, recordó lo que le había dicho Papá Noel, y empezó a gritar, muy alto, muy fuerte:

—¡Jou, jou, jou! ¡Feliz Navidad, Feliz Navidad! —Y más alto, más alto, más alto... intentando que llegara a todos los rincones del mundo, que alcanzase todos los corazones.—
¡Jou, jou, jou! ¡Feliz Navidad, Feliz Navidad!

Ciertamente, era un conjuro, y resultó ser una de las magias más antiguas y poderosas del mundo. El viento llegado del Polo Sur trató de resistir, zarandeándoles en un último intento rabioso, pero la tormenta se detuvo con un gemido, bruscamente.

Como por arte de magia...

Las nubes se abrieron, mostrando una noche muy tranquila y hermosa, llena de estrellas. El mar reflejaba la luna.

El llanto del niño rasgó aquella repentina quietud.

Sarah miró hacia allí, intentando localizarlo. Ahora las olas eran apenas ondas muy suaves, pero la cesta había derivado, y estaba demasiado lejos. Se inclinaba peligrosamente hacia un lado. Según lo vio, se dio cuenta de que no podría llegar a tiempo de salvar al bebé.

Entonces, repentinamente, vio una silueta blanca que nadaba con firmeza hacia la cesta, ya alcanzándola. La cogió, evitando en el último momento que el niño se hundiese en las aguas. ¿Quién podía ser?, se preguntó. La figura llevó la cesta hacia la orilla. Sólo cuando salió del agua, con el bebé en brazos, pudo reconocerla.

¡Era la señora Peña!

—¡Jou, jou, jou! ¡Feliz Navidad, Sarita! —exclamó Papá Noel, entre grandes carcajadas, palmeándose la enorme barriga—. ¡Vamos, vamos, mi pequeña! ¡Haz más magia navideña! ¡Eh! ¡Y sin haberlo intentado, me ha salido un pareado! ¡Jou, jou, jou!

En aquella noche tranquila resultó muy sencillo conducir los renos, al menos para una niña, posiblemente un adulto que no hubiese sido Papá Noel lo hubiese tenido más difícil. Sarah dirigía el trineo mientras él iba subiendo a los viajeros de la patera, y los iba colocando sobre los sacos de regalos, con mucho cuidado. En pocos minutos rescataron a todos y los llevaron a la casa.

La primera en bajar del trineo, con cara de ansiedad, fue la jovencita que había perdido la cesta. La señora Peña, que había cambiado su elegante vestido por un grueso y esponjoso albornoz, le entregó el bebé, que dormía plácidamente envuelto en mantitas que habían sido de Sarah cuando era así de pequeña. La chica lloró, y empezó a besarlo y abrazarlo. Luego, también besó las manos de la señora Peña, y le dijo algo en su lengua.

—Dice que se lo agradece, y que le hablará siempre al niño de la hermosa mujer que arriesgó su vida por salvarle— tradujo el pequeño Hassan, que resultó ser el único que conocía el idioma. En realidad, no hubiera sido necesario que dijera nada. La expresión de la chica transmitía un profundo agradecimiento, y no dejaba de llorar, ni de besar las manos de la señora Peña. Esta la miró de una forma extraña, y le acarició la mejilla.

—Dile que no hace falta, no es necesario el agradecimiento. Me siento feliz de haber podido ayudarles.

Todos la miraron con sorpresa. Todos, menos Papá Noel, que sonrió.

—Rosita tiene muchos defectos, muchos. —Le revolvió la melena húmeda en que se había convertido su sofisticado moño de fiesta, como si fuera una niña.— Le cuesta compartir sus juguetes pero, en el fondo, tiene un corazón de oro. Yo lo sé, por eso hace un tiempo le hice un regalo muy especial, algo que no tiene precio, que no puede envolverse, y que espero que no deje que se pierda.

Ella le miró, primero con sorpresa, luego, entendiendo.

—Mi familia... —susurró. Papá Noel asintió, el señor Peña la contempló con una sonrisa por primera vez en toda la noche.

—No dejaré que se pierda —dijo, y se acercó a abrazarla—. Yo la ayudaré a conseguirlo.

Entraron todos en el gran salón, alegre y cálido gracias a la chimenea. El abuelo había alimentado generosamente el fuego, y estaba avivándolo con ganas. La abuela y la madre de Sarah habían preparado caldo, leche caliente y galletas, y los repartieron entre todos. También añadieron grandes bandejas con dulces. Los viajeros fueron envueltos en mantas.

Antes de irse, Papá Noel repartió los regalos, hubo paquetes para todos. Además, el señor Peña les dijo a los viajeros de la patera que él arreglaría sus papeles, y que les

daría trabajo en su fábrica y en su casa. No tenían que preocuparse, el riesgo sufrido no iba a ser en vano, podrían iniciar una nueva vida allí, en el pueblo.

Cuando pequeño Hassan lo tradujo, hubo grandes muestras de alegría.

—¡Es que, realmente, no sé cómo no les dio miedo la idea de viajar así, joven! —dijo la señora Hortensia, a gritos. Oía mejor con su trompetilla nueva, regalo de Papá Noel, pero hay costumbres que son difíciles de quitar—. ¡Con toda el agua que hay en el mar!

—No crea, señora, hubo varios momentos terribles, en los que me hice la misma pregunta —respondió pequeño Hassan—. Incluso al final, cuando nos perdimos definitivamente en la tormenta, todo estaba negro como la boca de un león, y el viento nos zarandeaba... Pensé que estábamos perdidos pero, de pronto... —la voz pareció llenarse con una emoción especial— vimos una luz en el cielo, una luz muy hermosa, y la seguimos, remando como pudimos con las manos. Creo que era una estrella.

—Una estrella... —dijo la chica del bebé, asintiendo con expresión embelesada. Su acento era muy cerrado.

—Una estrella... —dijo otro, y otro, con emoción, y otro, y otro... Un coro de susurros respetuosos llenó el salón.

—¿Una estrella? —preguntó el abuelo, finalmente—. Una estrella en Navidad, qué apropiado. ¿Y qué ocurrió?

Hassan suspiró. Estaba cansado, débil, con una experiencia terrible a sus espaldas y mucho miedo respecto al futuro. Pero, en ese momento, se sentía contento y feliz, porque no se sentía solo, y la vida le ofrecía un nuevo comienzo.

—Nos guió hasta aquí. Y nos dio esperanza.

Fue una buena Nochebuena, ciertamente. La celebraron ellos, sus vecinos, aquellas gentes de lejanas tierras y Papá Noel, que se quedó un rato más, aunque no mucho, porque tenía que seguir repartiendo alegría e ilusión a todos los

niños del mundo, a todos sin excepción, tanto los grandes como los pequeños.

Ya en la cama, bien arropada, cuando Sarah estaba empezando a dormirse, oyó el repiqueteo de unas campanillas. Las cortinas susurraron, moviéndose por una brisa ligera, y pudo ver el trineo, alejándose en la noche.

Papá Noel saludó alegremente con una mano. Y le oyó decir:

—¡Jou, jou, jou! Feliz Navidad! ¡Hasta el año que viene!

